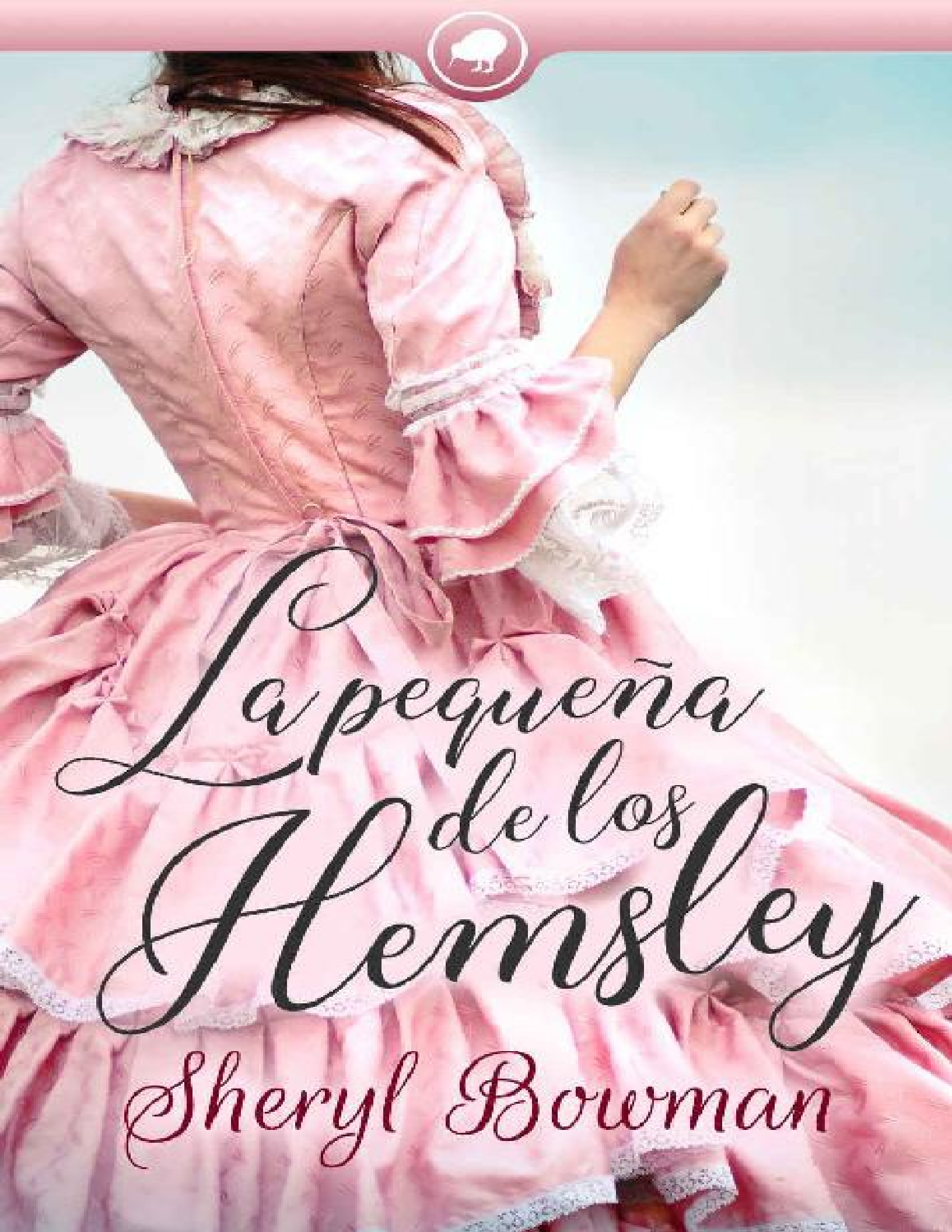

La pequeña de los Hemsley
Sheryl Bowman

Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, abril 2020

© 2020 Amber Lake
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
Nota del Editor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo
Agradecimientos

A mamá, por confiar siempre en mí cuando ni yo misma lo hago. Gracias por darme fuerza, valentía, gracias por tu sabiduría, por las largas conversaciones, gracias por capear el temporal mejor que nadie. Porque sé que siempre, siempre vas a estar.
A papá, por su paciencia cuando la cuchillita está bien afilada, por desvivirte siempre en todo lo que lo he necesitado, porque puedo decir con orgullo que tengo el mejor padre del mundo.
Os quiero mucho.

Prólogo

Hampshire, febrero de 1856

El día se había levantado denso y muy frío, el escaso sol apenas iluminaba escondido tras los nubarrones que amenazaban con descargar sin piedad. Eran las diez de la mañana cuando el enorme reloj del salón empezó con su cántico habitual; no había terminado de marcar la hora cuando un grito agónico resonó en la casa. Los pasos se volvieron acelerados, la subida y bajada de las escaleras demasiado frecuente, por no hablar de la colección de toallas y barreños de agua que desfilaron por la mansión aquella mañana.

Lady Emilia Hemsley, marquesa de St. Abbey, estaba de parto y contra eso nada se podía hacer, salvo esperar que todo fuera bien.

Nicholas Hemsley, marqués de St. Abbey, se paseaba en círculos por el salón principal, mordiéndose los nudillos cada vez que un grito de su mujer retumbaba tras los techos y las paredes de la casa. Cuando eso ocurría, y cada hora que pasaba eran más fuertes y seguidos, Nicholas miraba a su padre, contemplaba el semblante calmado del duque de Blashword y se le llevaban los demonios. No entendía cómo su padre podía estar tan tranquilo, tan sosegado… De acuerdo, iba a ser abuelo por cuarta vez, pero él también iba a ser padre por tercera, y estaba nervioso. Las dos veces anteriores Emilia no había gritado tanto, y el parto no había sido tan largo. Nicholas miró el reloj y comprobó que Emilia llevaba ocho horas de parto. Algo no iba bien. Desesperado, dejó de dar vueltas por el salón principal y caminó para subir directo a la habitación.

—Quédate donde estás.

—¿Cómo demonios puedes estar tan tranquilo? Ya son las seis de la tarde.

—Tu hermana Cassandra tardó en nacer catorce horas; cuando el parto de Emilia supere ese tiempo, me empezaré a preocupar, y tú deberías hacer lo mismo. El doctor Clark es el mejor, él y la señora Benks van a hacer que todo salga bien, Emilia es fuerte, y es la tercera vez.

—Sí, ya sé que Emilia es fuerte. ¡Joder!, es mi mujer, pero con Ian y Beverly no tardó tanto. —De pronto, otro grito hizo que Nicholas se estremeciera y clavara sus ojos en el techo—. Y no sufrió tanto, necesito saber qué pasa.

Volvió a caminar en dirección a la puerta, y la voz pausada de su padre sonó tan suave y llena de calma que lo enfadó mucho más.

—No vayas. El doctor Clark y la señora Benks no te van a dejar entrar, te van a echar sin piedad alguna, y créeme, Emilia no quiere que estés arriba con ella. Haz el favor de sentarte e intentar calmarte, todo irá bien.

—¡Mi mujer está sufriendo y tú me pides que me calme! ¡Te has vuelto loco!

El duque clavó sus ojos en su hijo menor y de pronto un grito ensordecedor, acompañado de un llanto, interrumpió sus pensamientos.

—Ahora ya puedes subir. —Devon, duque de Blashword, sonrió mientras contemplaba cómo su hijo salía disparado escaleras arriba, cerró los ojos y, cuando los abrió, sonrió de nuevo —. Gracias.

Aquella palabra apenas fue un susurro, pero sabía que su dulce Beverly, donde quiera que estuviera, lo había escuchado. Después de eso, se levantó despacio.

Nicholas, que había subido las escaleras de dos en dos, llamó a la puerta de la habitación con energía mientras respiraba con dificultad.

—Milord, puede pasar, *lady* St. Abbey está perfectamente, y el bebé también. —El doctor Clark miró a Nicholas sabiendo a la perfección lo que sentía en esos momentos.

—Enhorabuena, milord, es una niña preciosa.

El doctor Clark y la señora Benks, se retiraron sin hacer ruido, dejando solos a los marqueses de St. Abbey.

—Una niña —susurró Nicholas, que fue hasta la cama, se sentó al lado de Emilia, y miró la carita sonrojada con ojos cerrados que acababa de llegar al mundo.

—Otra niña, Nick.

—Sí, y es preciosa.

—Es perfecta, ¿verdad?

—Lo es. —Nick besó la cabeza de su mujer, y volvió a mirar a la niña—. Entonces… ¿Ofelia?

Emilia lo miró, sonrió y asintió.

—Ofelia.

Capítulo 1

Brighton, marzo de 1870

En una zona apartada del pueblo, a la que se accedía por un camino de tierra donde crecía la vegetación debido a la humedad del ambiente, se levantaba la enorme mansión de piedra blanca, que Devon, el anterior duque de Blashword, había mandado construir, y donde el actual duque y su familia, preferían vivir. Según las costumbres, al acabar la temporada y finalizar las reuniones en el Parlamento, las familias se marchaban a pasar el invierno a sus casas de campo, a la espera de que la siguiente temporada empezara. Pero Nick y Emilia Hemsley, nunca habían hecho las cosas según las costumbres: se habían saltado las reglas hacía años casándose, volvieron a quebrantar las normas cuando decidieron vivir todo el año en Londres y, cuando se vieron rodeados de hijos, volvieron a incumplir los dictados sociales viviendo en la región de Brighton. Ellos preferían la playa al campo y, aunque la casa de Hampshire era una maravilla, sabían a ciencia cierta que sus hijos eran más felices cerca del mar. Y aunque aquello era razón suficiente para seguir viviendo en la playa, siempre tenían que solventar los murmullos de las gentes curiosas que les preguntaban, cada vez que podían, la razón fundamental por la cual eran reacios a seguir las costumbres sociales.

En aquella casa, los hijos de Nick y Emilia habían crecido y se sentían satisfechos sabiendo que sus padres eran la antítesis de la clásica nobleza. Para ellos, aquel lugar era especial. Habían crecido mirando al mar, se habían educado en el arte de contemplar el atardecer perdiéndose en las profundidades marinas, y eso era mucho más de lo que sus amigos y el resto de la sociedad, podía contar.

Aquella mañana de marzo, el cielo estaba despejado. Corría una ligera brisa agradable, y la casa estaba en silencio. Tan en silencio que se podía escuchar el leve sonido del trajín que había en las cocinas. Pero al llegar las once de la mañana y el cartero hacer acto de presencia, la casa volvió a recobrar la vida acogiendo con alegría los gritos de los dos jóvenes que se pelean por la correspondencia.

—Ian, te he dicho que lo tenía yo.

—Verly, tardas un montón, eres una pesada. ¿Cuánto más puedes tardar en leer la carta?

—El tiempo que sea necesario, me gusta leerla varias veces.

—Puedes leerla las veces que quieras, pero primero deja que lo hagamos los demás que con una vez tenemos suficiente.

—Dejaré que la leas cuando yo haya terminado.

—Pero ¿por qué no puedes ver que yo tengo razón?

—Porque no la tienes, Ian. —Verly le arrebató la carta, y de nuevo Ian fue a por ella.

Estaban intercambiándose la carta de mano a mano, peleándose con ella, cuando Lia entró por la puerta, sonrió ante la escena y contempló el papel blanco escrito, que estaba completamente arrugado y si no hacía algo, pronto roto en mil pedazos. Ladeó despacio la cabeza y caminó hacía el epicentro de la batalla, esperó a que la mano delicada de su hermana tuviera el papel y cuando eso ocurrió, con un gesto ágil se apoderó de ella, se sentó en el suelo

colocándose las faldas y empezó a leer tranquila, mientras Ian y Verly luchaban por nada.

—¿Dónde está? —Verly se miró las manos y clavó su mirada azulada en Ian que levantó las manos y miró hacía la esquina—. ¿Cuándo nos la ha quitado?

—Cuándo ha llegado, más bien. —Ian contempló a su hermana pequeña y sonrió—. ¿Qué pone?

—Que llegará en una semana. Tiene fecha del viernes pasado, así que llegará hoy o mañana.

—¿Por qué el correo tarda tanto? —Verly lanzó un resoplido y se sentó en el sofá.

—Porque lo traen desde Hampshire. —Ian se acercó, se agachó junto a Lia y le besó la cabeza—. ¿Me la dejas?

Ella levantó la vista, sonrió a su hermano y le dio la carta. Verly había perdido ya el interés en ella.

Emilia, ahora duquesa de Blashword, acababa de llegar de tomar el té y esperaba encontrar a tres adolescentes revueltos, pero encontró a tres jovencitos tranquilos.

—¿A qué se debe esta tranquilidad? No es que me disguste, al contrario, es maravilloso, pero me sorprende.

Los tres levantaron la vista y se encogieron de hombros. Emilia paseó su mirada por ellos y no averiguó nada.

Verly estaba sentada en el sofá mirando distraída la tela y jugando con el dedal, mientras que Ian leía atento el periódico. Fijó su vista en Lia y ella le sonrió, cerró el libro y se levantó del suelo colocándose las faldas, se acercó a su madre y el olor a rosas la inundó.

—Papá ha llegado. —Lia le susurró aquellas palabras, pero Emilia comprendió que era una aclaración a porque esa tranquilidad.

—¿Hace mucho?

—Una hora. Le dijimos que estabas fuera, pero dijo que no mandáramos aviso, que no tardarías en volver.

Emilia sonrió y Lia se encogió de hombros, para después desaparecer en dirección al jardín.

La duquesa caminó hacia el estudio, y abrió la puerta sin molestarse en llamar.

—Como siempre que regresas, los niños están tranquilos.

—Sí, hasta mañana que vuelvan a convertir la casa en un campo de batalla. —Nick se levantó de la silla de escritorio y se acercó a su mujer—. Qué bien hueles, como siempre.

Le colocó la mano en la cabeza, con cuidado de no deshacer el peinado, y con la otra atrajo el cuerpo femenino hacia él, para demostrarle lo mucho que la había echado de menos. Veintidós años de matrimonio y tres hijos, y quería a su mujer más incluso que el primer día.

Londres, mayo de 1872

Aquel mes de mayo la familia se había trasladado a Londres, para que las niñas disfrutaran de un poco de diversión, y aunque aún les faltaban unos años para ser presentadas en sociedad, los duques pensaban que un poco de distracción por las calles de la capital no les iba a perjudicar. Se habían entretenido paseando por las tiendas, habían visitado la biblioteca y montado a caballo por Hyde Park, siempre bajo la atenta mirada de su madre o de las doncellas que las acompañaban, y que llevaban escritas a fuego las normas. Además, solo salían por la mañana, y en ocasiones a primera hora de la tarde y desde luego siempre tenían hora para volver a la casa. Ya podrían disfrutar más adelante de las horas restantes del día y volver de madrugada

después de un encantador baile o una entretenida velada. Mientras tanto sabían que Blashword House era el sitio donde más horas debían de pasar.

En la habitación principal, Emilia estaba sentada frente al tocador poniéndose los pendientes: unos pequeños brillantes engarzados en oro blanco que formaban parte de la colección de joyas de la familia.

Nick, en el otro extremo de la habitación, se colocaba los gemelos en la camisa sin la ayuda de Dave, su ayuda de cámara, sabiendo con toda seguridad que el pobre hombre debía sentirse perturbado al querer prescindir de su ayuda, pues esa noche asistían al estreno en el teatro, y Nick tenía que vestirse de etiqueta.

—Desde luego no me hace ninguna gracia mandarla a París.

—No te sulfures, Nick, solo será un tiempo; además *lady* Vermont cuidará muy bien de ella. Piensa que es una oportunidad maravillosa para Lia, aprenderá francés a la perfección y conocerá otro estilo de vida.

—Eso es lo que me preocupa. Francia vive en una república, Mac-Mahon lleva un año en el poder, y la burguesía está desplazando a la aristocracia, tu hija es aristócrata y *lady* Vermont y su marido también.

—Lo sé, pero es un país distinto. Los Vermont van a París para hacer negocios, van a invertir en Francia y se quieren llevar a Lia para que conozca algo nuevo, va a tener excelentes maestros y va a vivir exactamente igual que aquí, con la diferencia de que en París va a pasar inadvertida. Nadie va a saber que su padre es el duque de Blashword porque tu título es importante aquí en Inglaterra, poco va a importar en Francia que tu hija tenga sangre noble. Como tú has dicho, Francia vive en una república y la burguesía está tomando partido. Ahora mismo lo que importa es el dinero, y afortunadamente, tanto los Vermont como nosotros, podemos permitírnoslo. Nick, Lia va a ser muy feliz.

Nick frunció el ceño y miró a su mujer.

—Claro que sí, haciendo todo lo que no puede hacer aquí.

—Practicar esgrima no es nada comparado a la libertad que tienen las jóvenes damas parisinas, y si eso es lo que te preocupa puedes estar tranquilo. *Lady* Vermont sabe que tu hija es una dama inglesa, no va a permitir que Lia se revolucione.

—Emilia por favor, que sabemos cómo es tu hija… Si *lady* Vermont la presiona excesivamente e intenta retenerla a la fuerza, va a ser capaz de volver ella sola sin que la duquesa se dé cuenta.

—¿Exactamente qué es lo que te preocupa?

—Que *lady* Vermont y Lia no se pongan de acuerdo porque tu hija ha decidido que ella en París va a hacer lo que quiera.

—¿Eso es lo que te preocupa de verdad? Porque los dos sabemos que a pesar de que tu hija es una rebelde, sabe comportarse perfectamente. Que tiene una educación esmerada y no va a hacer nada que haga que *lady* Vermont se arrepienta de haber tenido la idea de llevársela. Así que, sinceramente, dudo que sea eso lo que te preocupe. —Emilia miró a su marido a la espera de una reacción.

—Tienes razón, no es eso lo que me preocupa. —Nick agachó la cabeza y la volvió a levantar—. Son dos años, dos años que los Vermont se han empeñado en pasar en París… Emilia, es mucho tiempo.

—Parece mucho tiempo, pero ya verás cómo pasan enseguida, cuando menos te lo esperes tu hija estará de vuelta. —Nick clavó su mirada en la pared del fondo y suspiró.

—Más me vale estar entretenido estos dos años, porque de lo contrario, voy a echarla mucho de menos.

Emilia sonrió, se acercó a su marido y lo besó, sabía que Lia era el ojito derecho de Nick.

Lady Ofelia Hemsley llegó a París en septiembre de 1872, acompañando a los duques de Vermont. Iba a permanecer allí dos años, lejos de su casa y de su familia, pero tenía ganas de vivir todo aquello. Insistió en que Beverly la acompañara, pero la duquesa de Vermont puso como excusa que con una jovencita rebelde ya tenía suficiente. Y a pesar de que las niñas, al principio, mostraron sin cargo de conciencia su desacuerdo, al final, por el viaje, cedieron. Más valía que al menos viajara una, a que por capricho las dos se quedaran.

París, A Ofelia le encantó. No se parecía a Londres. En la capital francesa se respiraba otro tipo de ambiente, y desde luego el pensamiento no era el mismo.

Durante los dos años que residió en París al cuidado de los duques de Vermont, Ofelia aprendió prácticas y disciplinas que en Inglaterra no habría aprendido. Tuvo desde un principio un maestro de esgrima. Un campeón nacional que los Vermont llamaron para que dos veces por semana instruyera a Ofelia en ese arte. Por supuesto, todos los días acudía a la casa, una institutriz francesa, que enseñó a *lady* Ofelia a expresarse correctamente en lo que llaman el idioma del amor. Además, también acudía un profesor de equitación, que terminó de rematar las lecciones que ya había aprendido, pero que para escándalo de *lady* Vermont añadió la monta a horcajadas. A pesar de que *lady* Ofelia era una amazona increíble, y era una intrépida joven, adaptada a un mundo moderno, la duquesa de Vermont la prohibió que se paseara a caballo montando de esa manera, así que *lady* Ofelia no tuvo más remedio que dejarlo solo para sus clases de equitación, aunque siempre reconocía que esa forma de monta era mucho mejor y más cómoda.

También para escándalo y pesar de la duquesa, su marido insistió en que tuviera práctica de tiro, y aunque *lady* Ofelia habría prescindido de esa disciplina, la acogió, como se acogen las novedades, con la mente abierta. El resto de las horas las pasaba tocando el piano, leyendo o paseando, ya que desde pequeña había mostrado su disgusto para la costura, y en vista de que no funcionaba, fingió su falta de talento para ello. Por supuesto y a escondidas de la duquesa de Vermont, el duque enseñó a Ofelia a jugar a las cartas; solía decir que nunca está de más saber cuándo se tiene una buena mano. También la enseñó a fumar puros y beber whisky, y aunque Ofelia prefería la limonada, el té o cualquier otra bebida, sabía que el duque añoraba el haber tenido un hijo, así que para compensar la hospitalidad, la oportunidad y el gasto que tenían con su aprendizaje, en las largas horas que se pasaba mirando sus cartas se bebía un vaso de whisky y daba un par de caladas al puro que el duque siempre fumaba. La respuesta ante eso siempre era que el duque quedaba contento y no se enteraba de que Ofelia corría, al principio, a la cocina a masticar menta; después al cajón de su mesilla de noche, a tomarse un caramelo mentolado que compraba en una tienda de los Campos Elíseos.

Salvo por las prácticas que el duque le recomendaba, la estancia aquellos dos años en París fueron un soplo de aire fresco para Ofelia, que pensaba que esa oportunidad, jamás recaía en las

jóvenes de la alta sociedad, que solo viajaban una vez contraían matrimonio.

Capítulo 2

Londres, marzo de 1874

En la calle South Audley, en el corazón del barrio de Mayfair, se levantaba la mansión Blashword, una construcción absolutamente preciosa de estilo renacentista, que llamaba la atención sobre el resto de mansiones de esa misma calle.

Lady Emilia Hemsley, se afanaba aquella mañana para que todo quedara impecable; su hija menor volvía de París y quería que a su regreso se encontrara la casa perfecta, y aunque tenía sus dudas de que se fuera a acordar de la residencia, quería que todo le recordara a su hogar. *Lady* Ofelia había nacido en la casa de campo de Hampshire y residido en Brighton toda su infancia, pero durante las cortas estancias en las que había viajado a Londres, siempre había vivido en la mansión del marquesado de St. Abbey, título que heredó su padre como único hijo varón, cuando su abuelo Devon heredó el ducado. Apenas había vivido en la mansión principal que la familia tenía en Londres y donde habían residido todas las generaciones de duques de Blashword, mientras estaban en temporada. Pero Emilia era consciente, de que no habría ningún problema si por casualidad Ofelia quería volver a visitar la casa del marquesado, donde ahora residía su hermano Ian. La duquesa sabía a la perfección que el actual marqués de St. Abbey la esperaría con los brazos abiertos. Pero eso solo eran conjeturas, de momento tenía que centrarse en el presente y ese no era otro que su vuelta a Londres.

Emilia estaba nerviosa, a pesar de que se había escrito bastante a menudo con su hija, por razones que correspondían a su título no había podido ir a visitarla; eso significaba que llevaba dos años sin ver a su hija pequeña y esta situación la alteraba.

Pero no era la única. Verly, su hija mayor, estaba correteando por toda la casa comprobando lo que su madre ya había comprobado, se había cambiado tres veces de vestido alegando que no era perfecto para recibir a su hermana, y había bajado tres veces a la sala de costura a comprobar que estaba todo ordenado, aunque sabía de sobra que Lia en esa sala solo se dedicaba a leer. Por su parte, el duque de Blashword se había encerrado en su despacho; la idea de que su hija favorita volviera lo traía de cabeza, por eso había decidido inteligentemente no salir de su escondite. Sabía de sobra que si asomaba la nariz por la casa se pondría histérico, y tenía que mantener el talante serio e impasible de un duque.

En la mansión St. Abbey, dos calles más abajo de la mansión Blashword, en Hill Street, el ambiente que se respiraba era tranquilo, la casa no iba a recibir visita, al menos no ese día, pero lord St. Abbey —Ian— había hecho lo mismo que su padre, encerrarse para mantener el tipo, al mismo tiempo que constantemente miraba el reloj para no llegar tarde a casa de sus padres para recibir a su hermana.

Toda la familia estaba nerviosa; sin embargo, Ofelia realizó el viaje tranquila, ajena a todo lo que ellos sentían. Pero cuando puso los pies en tierra firme y fue alejándose del vapor que la había traído desde Francia, los nervios empezaron a florecer y se intensificaron cuando el suntuoso carruaje, con el escudo de armas grabado en la puerta, apareció ante ella para recogerla y llevarla a casa.

A las doce de la mañana, Londres ya se hacía eco de la noticia, desde luego era el cotilleo del día. *Lady* Ofelia Hemsley, hija de los duques de Blashword, había vuelto.

En su bajada por la rampa del vapor, Ofelia no se había percatado de la cantidad de gente que se había arremolinado en los muelles de Londres, y si se hubiera dado cuenta del alboroto hubiera pensado que era lo normal: un barco procedente de Francia trae consigo muchas cosas y mucha gente. Ni por un segundo habría pensado que todo ese jolgorio que se encontraba a su alrededor era para ver si conseguían verla a ella. Y como estaba sumida en su vuelta, en sus nervios y en sus ganas de ver a su familia, no se molestó en disimular su presencia para que no la vieran. Debido al trajín que se formaba en torno al vapor, la curiosidad de los presentes no fue satisfecha, no pudieron ver a *lady* Ofelia con claridad, pero lo que sí pudieron distinguir en la lejanía es que la hija de los duques no parecía la misma.

Cuando el carruaje paró frente a la entrada de la mansión Blashword, Ofelia respiró hondo. Desde que había entrado en el suntuoso carruaje de su familia, admirando los cómodos asientos, y el revestimiento suave y delicado, había mantenido durante casi todo el trayecto la respiración acelerada; por eso, ahora necesitaba deshacerse de los nervios con una profunda exhalación.

Con la ayuda de Simon —cochero fiel de la familia— bajó del carruaje donde fue recibida por Michael, el mayordomo de la casa. Fue subiendo los escalones hacía la entrada de la casa y arriba, junto a la puerta, encontró a su madre. *Lady* Emilia la esperaba con los brazos abiertos, y con las ganas esperanzadas de que su hija no hubiera cambiado demasiado.

—¡Mamá! —Ofelia entró en la casa y abrazó con fuerza a su madre, que la apretó fuerte contra ella—. Te he echado de menos. Emilia sonrió agradecida y le limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Yo también te he echado de menos. Nick apareció detrás de su esposa.

—¡Papá! —En esta ocasión, Ofelia se arrojó a los brazos de su padre, que sonrió importándole un comino el protocolo.

El duque se separó un poco de su hija y contempló durante casi un minuto, lo que dos años habían hecho.

—Estás preciosa, Lia, no puedes estar más guapa, has crecido y te has hecho mayor.

—Papá, solo han sido dos años.

—Dos años muy largos, Lia, larguísimos.

—¡Lia! —Verly, se acercó a ella corriendo y la abrazó fuerte—. Te he echado de menos hermanita.

—Y yo a ti, ¡pero mírate! Estás preciosa, Verly.

—Y tú también. La casa ha estado demasiado vacía sin ti.

Lia sonrió al ver aparecer a su hermano, que fingía estar disgustado.

—Mi hermana pequeña vuelve de París, y tiene halagos para todos menos para mí, ¡qué desgracia la mía, con lo mucho que te he echado de menos!

Lia sonrió y se arrojó a los brazos de su hermano.

—Ian, te prometo que has sido al que más he echado de menos. —Lia le susurró aquellas palabras al oído, y su hermano por respuesta la abrazó más fuerte.

—Papá tiene razón, te has hecho mayor, y estos dos años han sido eternos. —Las palabras de Ian, sonaron suaves en su oído haciéndola sentir de nuevo en familia.

—¡Quiero que me lo cuentes todo! —Verly agarró del brazo a su hermana, y la condujo

dentro de la casa.

Cuando Verly consideró que su hermana podía subir a su habitación a descansar, Emilia la acompañó y dejó que fuera Lia la que abriera la puerta y pasara primero. Esperaba que su hija sintiera cierto asombro al ver su habitación, pero Lia se comportó de manera normal, miró a su madre y sonrió haciendo que Emilia se sintiera orgullosa: dos años no habían cambiado a su hija, se acordaba perfectamente de aquella estancia. Cuando Lia miró sorprendida a la joven que esperaba junto a la puerta, su madre le explico:

—Lia, esta es Anna, será tu doncella. Adele se marchó cuando te fuiste, que se quedara hubiera sido rebajarla a criada y era una doncella muy preparada.

—No importa, seguro que Anna estará a la altura.

—Será un placer, *milady*. —Anna agachó la cabeza y esperó a recibir órdenes. Emilia iba a empezar a hablar cuando su hija se adelantó.

—Me gustaría darme un baño, Anna, y por supuesto cambiarme de vestido para la cena; supongo que Michael ya ha subido mis baúles.

—Sí, *milady*, y su ropa estará lista para la cena. Iré a preparar su baño.

—Perfecto, gracias, Anna.

La doncella se sonrojó ante la respuesta, agachó la cabeza y entró en el baño privado de la habitación.

—Bueno, veo que te las apañas bien, te dejaré para descansar —dijo Emilia.

—Gracias, mamá, me alegro de estar en casa otra vez.

—Y yo de que estés aquí de nuevo.

Emilia dio un beso a su hija en la cabeza y se retiró.

Cuando el baño estuvo listo, Anna ayudó a Ofelia a entrar en la bañera, el agua cubrió el cuerpo suave y delicado de la joven y la doncella se retiró para esperar ser llamada.

Lia disfrutó del relajante baño y cuando estuvo lista, llamó a Anna, que muy servilmente la ayudó.

Una vez frente al espejo del tocador, Anna le colocaba los rizos formando un bonito peinado y los sujetó con las horquillas. Lia solo llevaba puesto el corsé, la camisola y las enaguas, esperando ponerse el precioso vestido que Anna había preparado para la cena de bienvenida.

—Sé que te resultará raro lo que voy a pedirte, pero la verdad es que detesto que me llamen de usted. Soy consciente de que el consabido *milady* tiene que estar presente en público, como muestra de respeto a mi reputación y mi posición social como hija de un duque y hermana de un marqués. Pero no considero que tú, que eres mi doncella, la persona que me ve en la privacidad y me deja impecable para salir a la sociedad, tenga que dirigirse a mí con tanta rimbombancia.

—Pero *milady*, yo…

—Sé que no es normal pedir estas cosas, y que será la primera vez que escuchas algo así, pero prefiero que por el bien de las dos nos lleguemos a entender, y la única forma es que me llames Lia.

—*Milady*…

—Anna, no me estás faltando el respeto, y te estoy dando permiso para que me llames Lia,

solo por supuesto en la habitación y entre nosotras. En cualquier otra circunstancia me llamarás *milady*, pero si no te sirve mi permiso puedes hablarlo con mi padre. El duque te dará su consentimiento para hacer tal uso; Adele tampoco quería llamarme así y mantuvo esa misma conversación con su excelencia.

—Prefiero seguir los pasos de Adele, *milady*.

—Perfecto, el duque hablará contigo.

Las escaleras de Blashword House eran anchas y blancas, de mármol pulido, se encontraban en la zona principal de la casa y daban acceso a un corredor totalmente iluminado, en esta ocasión por la luz de la luna, que entraba a raudales por el inmenso ventanal. Ofelia había salido de las dependencias privadas de la casa y ahora recorría el pasillo, mientras caminaba con paso seguro. Cuando llegó a las escaleras, se paró un momento arriba, y clavó su mirada en la espalda ancha de su hermano.

—¿Voy a tener el placer de entrar contigo en el comedor?

—Casi me lío a golpes con papá por ese honor, él también quería entrar contigo, pero le he hecho ver que su duquesa no puede entrar sola. Coincidirás conmigo en que mamá no se merece tal agravio, aunque sea por su hija.

—Desde luego que no. —Lia sonrió y empezó a bajar las escaleras.

Ian la contempló durante su bajada: el vestido lavanda con pasamanería en color marfil que llevaba aquella noche resaltaba con el blanco del mármol. Mientras Lia bajaba las escaleras, el vestido iluminado por la luz de la luna ofrecía un espectacular juego de luces con la rica tela y los bordados, consiguiendo así un efecto plateado. Aquella noche Anna le había rizado y recogido su largo cabello, a la altura de la coronilla, y como colofón, para darle más estilo, le había sujetado los mechones más rebeldes con las horquillas que llevaban engarzadas unas perlas.

Lia bajaba las escaleras rozando suavemente la fuerte barandilla. Cuando sus pies se alejaron del último escalón, se acercó a su hermano, el marqués de St. Abbey, que le ofrecía con diligencia su brazo. Al llegar a su altura, Lia le acarició suavemente la mejilla perfectamente afeitada, e Ian sonrió mientras le cogía la mano enfundada en un guante de piel de cabritilla y la depositaba en su brazo, dejando que reposara. Ambos hermanos miraron al frente y caminaron hacia el comedor, donde el resto de la familia esperaba con ansia la aparición de Ofelia. *Lady* Wescliff, la hermana mayor de Nicholas, se adelantó a saludar.

—Ofelia estás deslumbrante.

—Gracias, tía Cassandra.

—Desde luego que sí. Si tu abuelo pudiera verte, estaría feliz de ver la dama que eres.

—Robert, Conde de Wescliff, le apartó la silla y dejó que se sentara.

—Gracias. —Lia sonrió a su tío Robert.

—Emilia —volvió a intervenir tía Cassandra mirando a su madre—, estoy segura de que Ofelia va a ser la sensación de la temporada, y desde luego, no tienes de que preocuparte;

tanto Beverly como tu prima Elizabeth, te ayudarán a sobrevivir; al fin y al cabo, para ellas es su segunda temporada.

—Tía Cassandra. —La voz de Verly, que terminaba de sentarse, sonó tranquila—. Ofelia no

necesita ayuda, está perfectamente cualificada para sobrevivir ella sola. Estoy segura de que va a recibir más atenciones que nadie, y de que todos los caballeros van a querer bailar con ella—. Verly sonrió a su tía, y miró con cariño a Lia.

—Tampoco hace falta que pongáis las expectativas tan altas —repuso esta—, no sabemos qué va a pasar, y desde luego cabe la posibilidad de que, al contrario de vuestra especulación, no rellene todas las hojas de mi carnet de baile. Es preferible que no pongáis el listón tan alto; si finalmente sucede lo que yo digo, os vais a llevar una terrible decepción.

—Tonterías, vas a ser la sensación, la debutante más solicitada, ¡Oh Nicholas, prepárate, tengo la sensación de que vas a rechazar muchas peticiones de mano!

—Espero que no. —Nick gruñó tras decir esas palabras y recibió la sonrisa de su mujer.

—Emilia, mi querido hermano es un iluso, deberías de prepararlo.

—Te prometo, Cassandra, que haré lo que pueda.

—Sí, aunque ambas sabemos que tu esposo tiene tendencia a rehusar los consejos solícitos…

—¿Puedes dejar de hablar como si yo no estuviera aquí? —interrumpió Nick—. Hace que me sienta como un monigote de feria.

Cassandra iba a volver a atacar, pero Lia empezó a hablar primero.

—Papá, estoy convencida de que la tía Cassandra no tiene la intención, al menos no consciente, de hacerte sentir como un monigote de feria. Tal vez deberías de optar por sonreír y fingir indiferencia; al fin y al cabo, en ocasiones es mejor callar que utilizar las mismas armas. Corres el riesgo de que te tilden de… poco caballero, y estoy segura de que tus modales están por encima de dicha caballerosidad.

Ian soltó una carcajada que enseguida transformó en una tos fingida, sonrió complacido cuando Lia le colocó la palma de la mano en la espalda y fingió darle golpecitos.

—Gracias. —Ian cogió la copa de vino y bebió—. Me he atragantado, ya veis que tontería.

—Ian. ¿Vendrás a los acontecimientos este año también?

—Por supuesto, igual que la temporada pasada acompañé a Beverly, esta temporada acompañaré a Ofelia.

—¿Aunque eso implique ser perseguido por las jóvenes y reclamado por sus madres? —preguntó Cassandra, y miró a Lia—. Supongo, querida, que sabes que tu hermano está considerado de los mejores partidos, todo Londres lo sabe, y desde luego las madres están como locas porque sus hijas consigan que tu hermano les haga caso. Pero por algún motivo, el marqués de St. Abbey ha decidido vivir la soltería. Este año hay buenas debutantes, sobrino, tal vez deberías considerarlo.

—Como bien has dicho tía, la soltería se ha convertido en mi modo de vida, y desde luego lo va a seguir siendo unos cuantos años más.

Cassandra iba a responder, pero otra vez Lia decidió guiar la conversación a otro punto.

—Sí, tía Cassandra, estoy al corriente de que, con llegada de la temporada, las damas están más que solícitas y con ojo avizor en los solteros disponibles. Y claro que Ian está más que solicitado. ¿Dónde una joven dama va a encontrar semejantes dotes como las de mi hermano? Al fin y al cabo, es hijo del duque de Blashword, tanto él como mi hermano, están destinados a llamar la atención, aunque el ambiente de personas a las que están obligados a frecuentar debido a los lazos familiares, no sea del todo agradable, pero supongo que esos aspectos… secundarios,

se pueden tratar con la consabida diligencia.

Ahora fue Nick el que fingió que la carcajada era una tos y su mujer la que apoyó su delicada mano en la espalda del duque.

—Parece ser que en la cocina han añadido demasiado limón al pescado, hay muchos atragantamientos. En tal caso estoy seguro de que Ofelia aprovechará su debut en la temporada, y que Beverly y Elizabeth acogerán con la misma ilusión la llegada. Por cierto, Elizabeth lamenta no haber podido venir, pero el resfriado ha llegado a su punto álgido, y el doctor, le ha recomendado reposo, para que pueda asistir al baile de inicio de la temporada.

—Por favor, tío Robert, dile de nuestra parte que la hemos echado de menos, y que repose todo lo que pueda, tiene que estar con nosotras en el baile de inicio. —Verly sonrió a su tío que asintió ante la petición de su sobrina.

—Se lo diré. —La voz del conde de Wescliff, sonó segura al tener claro que el resto de la cena sería apacible.

Cuando los condes de Wescliff se marcharon y la mansión Blashword quedó en reposo, la sonora carcajada del marqués rompió un silencio innecesario.

—Lia, ha sido esplendoroso.

—Esplendoroso es poco, aunque es una pena que la tía Cassandra no se haya percatado de nada.

—¡Verly! —exclamó Emilia.

—¡Mamá!, solo es la verdad, me llamas la atención a mí y no a Lia que lo ha provocado todo…

—Ahora iba a llamar la atención a tu hermana, pero te has adelantado. Lia no puedes hacer eso.

—Mamá, por favor, estaba atacando sin ningún motivo.

—Lo sé, pero sabes cómo es tu tía, siempre ha sido así. ¿Acaso no has visto el bochorno de tu tío?

—Claro que he visto el bochorno del tío Robert, y lo siento por él, porque no tiene la culpa de que su mujer tenga la lengua de una víbora, pero hace años que está casado con ella, tienen una hija maravillosa y lo ha querido voluntariamente, yo tampoco tengo la culpa de haber encontrado la manera de…

—¿Reírte de ella? —Emilia miró a su hija, sabiendo que tendría una respuesta demasiado buena a su pregunta.

—Para nada, reírme de ella sería muy notorio y se daría cuenta, cosa que no ha hecho, solo la he bandeado de manera diplomática.

Ian soltó una carcajada.

—¡Uy! Me parece, excelencia, que su hija le ha salido algo rebelde.

—¡Ian por favor! No metas más leña al fuego, por mucho que seas marqués sigo siendo tu madre.

—Mamá, te aseguro que ese hecho no se me va a olvidar nunca, pero reconoce que la velada ha sido gratificante gracias al descaro diplomático de tu hija pequeña.

Lia sonrió a su hermano y se acercó a él.

—Descaro diplomático, que manera más sutil de definirlo… —dijo Emilia esperando que Nick se pusiera de su parte.

—En realidad es una elección de palabras bastante acertada, cariño.

—¿Tú también? —Emilia miró exasperada a su marido.

—Cariño, no está bien que Lia tome por costumbre… bandear a mi hermana, pero que lo haga de vez en cuando nos va a proporcionar cierta diversión. ¿No estás de acuerdo?

Emilia suspiró y dio la razón a su marido.

—Lia por favor, procura no hacerlo en público.

—De acuerdo.

Emilia le dio un beso en la cabeza a su hija, acarició a Ian la mejilla y dio otro beso a su hija mayor.

—Buenas noches —se despidió la duquesa.

—Buenas noches, mamá.

Ian se levantó con un movimiento ágil.

—Yo también voy a marcharme, mañana he quedado con Cherton para montar temprano.

—El conde de Cherton por lo visto no aprende —repuso Verly. Ian sonrió a su hermana.

—No lo hará nunca, o eso espero, me divierte bastante.

—Ian, eso es cruel.

—Verly, es él el que no se cansa de retarme a una carrera.

—Y eres tú el que no se cansa de ganarle, déjate ganar, aunque sea una vez, así dejará de querer hacerlo.

—Verly, mi orgullo nunca dejará que pierda aposta; lo siento, pero mientras Cherton quiera, yo seguiré en mi línea. —Verly soltó un bufido e Ian le dio un beso—. Buenas noches.

—Yo también me voy a retirar, necesito descansar. —Verly abrazó a su hermana y dio las buenas noches a su padre; después subió por las elegantes escaleras.

—¿Tú también te retiras? —preguntó Nick a su hija menor. Lia miró a su padre y negó con la cabeza.

—No, esperaba poder hablar contigo un rato.

El duque sonrió y abrazó con fuerza a su hija.

—Vamos al despacho.

—¿Me dejas entrar en tu refugio?

—¿Cuándo te he prohibido la entrada?

—Nunca.

El despacho que el duque tenía en su casa de Londres era el lugar favorito de Lia.

Cuando era pequeña, Nick siempre dejaba que su hija se durmiera en el cómodo sofá, y luego era él quien la llevaba a la cama todas las noches. En las escasas ocasiones en que sus hijas estaban en Londres durante su infancia en la mansión St. Abbey, Lia hizo de ese sofá su propiedad, y cuando su padre heredó el ducado, le pidió que el mueble fuera trasladado a la nueva casa. Nick no pudo negarse; le encantaba tener a su hija todas esas noches leyendo en su despacho, observarla tan tranquila y serena le daba paz interior. Ahora que Lia había vuelto, Nick volvía a sentir que su refugio cobraba la vida de antes, al menos por las noches, y durante la temporada en Londres.

—¿Quieres un poco de oporto? Lia miró a su padre y sonrió.

—¿Sabes que en estos dos años he aprendido a beber *whisky*? Nick miró a su hija perplejo.

—¿Que has aprendido a qué?

—A beber *whisky*. El duque de Vermont, en su desilusión por no haber tenido hijos, aprovechaba las ausencias de la duquesa y me llevaba a su despacho para jugar a las cartas. —Lia observó cómo su padre bullía y sonrió—. Por supuesto sigo prefiriendo cualquier otro tipo de bebida, pero cuando me dijo que jugando a las cartas se bebía *whisky*, porque otra bebida faltaba al respeto a la belleza del juego, no pude negarme. Han sido muy generosos conmigo, y era la única forma que encontré de darle las gracias.

—¿Hay algo más que Vermont te haya enseñado en la ausencia de su mujer?

Lia torció los labios y desvió su mirada hacía la mesa. Hacía años que sabía del compartimento secreto que dicho mueble tenía en la parte inferior.

—¿Fumar puros? ¡Te ha enseñado a fumar puros!

—No te sulfures, al igual que el *whisky*, detesto también fumar y nunca he fumado uno entero, solo le daba dos o tres caladas, y enseguida corría a tomarme un caramelo mentolado.

—¿Ese hombre no se da cuenta de que eres una dama?

—Claro que se da cuenta, simplemente ha aprovechado que en esta ocasión *lady* Vermont estaba en desventaja en cuanto a educación se refiere, y ha incluido prácticas que le hubiera gustado enseñar a su hijo.

—¿Qué me quieres decir exactamente con eso?

—Que en el continente se piensa de distinta forma, y las damas no están… en una jaula de oro, por así de decirlo. *Lady* Vermont aprobó la esgrima, al igual que mamá, pero armó un escándalo cuando su marido sugirió la práctica de tiro.

—Bueno, normal que armara un escándalo, con toda la razón… Una dama no tiene por qué tratar esos menesteres, menos mal que *lady* Vermont tiene sentido común.

—Te he dicho que *lady* Vermont armó un escándalo, no que dicho que el escándalo ganara al sentido común.

Nick miró a su hija de hito en hito, y dio un trago al *whisky*, para después tragar con fuerza. Esperaba que el licor le quemara la garganta, pero lo dejó indiferente.

—Por favor, dime que no has cogido un arma, dime por favor que no te he entendido bien. —Lia agachó la cabeza y después volvió a mirar a su padre—. Voy a matar a Vermont.

—¡No!

—¡Cómo que no! ¡Te dejé que fueras porque iban a cuidar de ti! ¡Pero resulta que el duque lo único que ha hecho ha sido ponerte en peligro! ¡Acepté la esgrima, porque de acuerdo, todas las mujeres en París practican esgrima! ¡Pero, joder, darte un arma! Eso es demasiado.

—Papá, yo tampoco quería, pero ha sido productivo.

—Dime en qué sentido es productivo que sepas disparar.

—En que me ha hecho ser fuerte, me ha enseñado la importancia de estar vivos, me ha enseñado que no somos nadie para quitar la vida a otra persona, y que la vida es muy corta como para desaprovecharla y querer perderla en un estúpido duelo; he aprendido que los agravios que te pueden llevar a retarte con una persona a duelo se pueden solucionar de múltiples formas, y que mandarle al infierno con una bala en el pecho no te hace ser digno ni del respeto ni mucho menos del honor. —Nick dio un paso para atrás y observó a su hija perplejo—. Puede que haya formas mejores de aprender la lección, no te lo discuto, pero sostener un arma y disparar, sentirme con el poder suficiente de decidir si una persona tiene derecho o no a vivir, ha sido el modo en el que yo lo he aprendido, y ha sido productivo.

Nick se quedó de piedra y tuvo que volver a beber y pestañear, para creer lo que acababa de escuchar.

—¿Cuándo te has hecho tan mayor? Si llego a saber que dos años en París te iban a arrebatar la inocencia, no te hubiera dejado ir.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan importante para ti que sea inocente?

Nick sonrió abatido a su hija y respondió con la verdad y el miedo más absoluto.

—Porque es el modo de que sigas conmigo y quieras que te proteja, perdiendo la inocencia no vas a necesitar que el fósil de tu padre esté a tu lado para salvarte del peligro; vas a querer hacerlo sola, porque has descubierto que sola puedes hacerlo.

Lia se acercó a su padre, se levantó del sofá, y volvió a sentarse, pero esta vez en su regazo.

—Papá, en primer lugar, no eres ningún fósil y, en segundo lugar, inocente o no, siempre voy a necesitar que me protejas, siempre voy a querer que me salves; incluso cuando esté casada y tenga un marido dispuesto a ello, me sentiré más que orgullosa si tú apareces para cooperar en la hazaña. —Lia miró a su padre, y vio en sus ojos el monstruo de las dudas—. Pero como veo que no es suficiente, te prometo, excelencia, que, aunque me haya casado con el mismísimo rey de Inglaterra, tú siempre serás mi héroe.

Nick miró a su hija y sonrió, la estrechó fuerte en sus brazos, y saboreó ese momento.

—Gracias. —Esa escueta palabra fue la única que el duque pudo pronunciar.

Capítulo 3

Cuando Lia abrió los ojos aquella mañana sonrió feliz. Estar de vuelta en Londres le parecía la cosa más maravillosa, había echado de menos a su familia, su hogar. Había añorado lo poco que había visto de aquella ciudad, pero sabía que Verly la ayudaría a ponerse al día. Contempló el techo de su habitación y fue bajando la vista, paseó su mirada por los elegantes muebles blancos y decidió que ya era hora de levantarse. Tenía ganas de ver a su prima Elizabeth, quería asegurarse de que estaba mejor; también quería ver a Michelle, sin duda la pelirroja se hacía querer… Llamó a Anna y la doncella apareció en la habitación a los pocos minutos.

—Buenos días, *milady*. ¿Ha dormido bien?

Lia miró a su doncella y ladeó la cabeza.

—¿No has hablado con su excelencia?

—Sí, *milady*. Lo hice esta mañana.

—¿No te dio permiso?

—Sí, *milady*. Lo hizo.

—¿Entonces…?

—*Milady*, no es apropiado. Ya sé que su excelencia me ha dado permiso y también me ha dicho que no me preocupe, que las cosas en esta casa no funcionan como en otras residencias. Pero, *milady*, no está bien.

—Anna, mi padre te ha dado permiso, yo te lo pedí. No le des más vueltas —dijo levantándose de la cama. Empezó a soltarse la trenza con la que se peinaba para dormir cada noche—. Si no me llamas Lia y no me tuteas, esto no va a funcionar. Ninguna de las dos estaremos cómodas.

—De acuerdo. Supongo que… tienes razón.

—Gracias, Anna. Esta mañana mi hermana y yo vamos a ir a Wescliff House, la residencia de mi prima.

—Perfecto. ¿Qué te parece el vestido rosa?

Lia asintió y la doncella la ayudó a quitarse el camisón mientras la bañera se iba llenando, observó cómo Anna echaba en el agua algo de un pequeño frasco y le preguntó lo que era mientras ella le recogía el pelo con dos grandes horquillas de carey.

—¿Qué has echado en el agua?

—Aceite de jazmín. —Anna bajó la vista al suelo unos segundos y después miró a Lia—. Hablé con tu anterior doncella, está trabajando en una residencia de Park Lane. Me comentó que solía preparar tus vestidos con polvos de talco y romero para que siempre olieran bien. Pero como ya te vas a presentar en sociedad, pensé que era un buen momento para dejar el talco y pasar al aceite y el perfume. Creo que el aroma del jazmín es perfecto para ti.

Lia sonrió y le dio un beso a Anna, sorprendiendo a la doncella, que agachó la cabeza.

—Es maravilloso, Anna, muchas gracias.

—De nada, Lia. También quería preguntarte… No vi en tu neceser ningún producto de maquillaje, supongo que no los utilizas, pero quiero cerciorarme.

—En efecto. No los utilizo, no me gustan. Sé que están muy de moda porque ya no solo los

utilizan… bueno, ya sabes… —La doncella asintió—. Esos productos taparían mis pecas y me gustan, quiero lucirlas y que se vean.

—Me parece muy bien.

Dos horas después, las hermanas Hemsley estaban frente a Wescliff House. La casa de sus tíos era preciosa, y *lady* Cassandra la mantenía impecable. Debido al resfriado de Elizabeth, las jóvenes damas habían decidido ir allí para ponerse al día, ahora que Ofelia había vuelto de París.

—¡Lizzie! Te he echado mucho de menos. —Lia abrazó a su prima y apretó fuerte.

—Yo también, Lia. Mírate, estás preciosa.

—Esperamos que estés mejor y puedas ir al baile —dijo Verly quitándose el sombrerito.

—No pienso perderme el baile en el que mi prima y la pelirroja debutan.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Supongo que esa pregunta es por mí. —Michelle, que acababa de llegar, se sujetó la falda de su vestido de mañana y corrió hacía Lia.

—¡Me alegro tanto de verte! Te he echado mucho de menos. No vuelvas a irte.

—Te lo prometo.

Las jóvenes damas se sentaron en una pequeña sala a tomar el té, hablaron de todo e hicieron miles de preguntas a Lia, que les fue explicando los detalles de su vida en el continente.

—En París, aparte de la institutriz de francés, tuve un profesor de esgrima.

—¿Has practicado esgrima? —preguntó Lizzie sorprendida.

—Sí, y os aseguro que es un deporte muy divertido y además ayuda a la postura. Creo que en los tiempos que vivimos, donde todo se está revolucionando, las mujeres deberíamos poder practicar la esgrima.

—A mí me encantaría, siempre me ha parecido un deporte con mucho estilo. —Elle se tocó el pelo y ajustó una de las horquillas.

—Y lo tiene, créeme, además, como ya he dicho, beneficia no solo a la postura, sino también a la elasticidad.

—¿En eso quedó todo, prima? ¿En francés y esgrima?

—¡Uy! Eso es lo de menos, Lizzie, prepárate para lo que va a contar ahora. —Lia miró a su hermana y esta sonrió.

—*Lady* Vermont se escandalizó cuando el maestro de equitación me enseñó a montar a horcajadas.

—¿A horcajadas? ¿Cómo los hombres? —Elle abrió mucho los ojos al ver cómo Lia asentía —. ¿Y cómo es?

—Mucho mejor. Es más cómodo y sin duda tienes menos riesgo de caerte, además de esa forma te amoldas mucho mejor al caballo y dirigir al animal es más fácil.

—Te creo en ambas cosas. Estoy segura de que cuando *lady* Vermont te vio sentada de esa forma gritó que «no es postura para una dama». —Verly, según decía eso, hizo un gesto teatral con su mano.

—Exacto. Grito a pleno pulmón, echó un rapapolvo bien fuerte al maestro Jean Pierre y le pidió encarecidamente que no me volviera a enseñar esa práctica de monta. Pero él dijo que me iba a dar la formación completa, que él a medias no enseñaba, que no entendía que aquí nos trataran como damiselas inútiles y que, si no estaba de acuerdo, buscara a otro maestro. *Lady* Vermont puso de nuevo el grito en el cielo y se aseguró de que nunca montara de esa manera

fuera de las clases de equitación.

—¿No despidió al maestro? —preguntó Lizzie, dejando la cucharilla sobre el plato.

—Despedir a Jean Pierre hubiera sido un insulto. Fue cuatro veces campeón en la modalidad de equitación más alta, además de tener otros trofeos en otras modalidades inferiores. *Lady* Vermont ni se lo planteó, simplemente me dio una charla sobre cómo debe comportarse una dama y me prohibió que montara de esa manera tan…

—¿Vergonzosa? —sugirió Verly.

—Aunque cuando más se escandalizó, tanto que pensaba que nos volvíamos a Londres, fue cuando el duque hizo llamar a un maestro de tiro.

—¿De tiro? ¿Un arma? ¡Por Dios, Lia! ¡Te has vuelto casi una salvaje! —Lizzie ironizó esto último y se rio cuando Lia puso los ojos en blanco.

—¿Qué tal se te da? —preguntó Elle con curiosidad, ya que a ella le gustaba ir de caza y por consiguiente había disparado un arma.

—No le puse un interés supremo, aunque he de decir que tiene cierto mérito contra el estrés. Había días que *lady* Vermont me sacaba de mis casillas, pero me liberaba bastante cuando acudía al campo de tiro. No es una práctica que me guste, de hecho la habría suprimido de la formación, pero fue por darle el gusto al duque. De alguna manera, tenía que compensarle a él sus esfuerzos por mi nueva educación.

—Y que lo digas, pero que te dijera que con las cartas se ha de beber *whisky*… —Verly negó con la cabeza.

—Uf, yo lo probé por accidente y me pareció asqueroso, enseguida mi padre me quitó la copa y se lo agradecí mil veces, no sé cómo los hombres pueden beber ese licor —apuntó Lizzie con gesto de disgusto.

—Quema la garganta y es tan fuerte que te hace toser, pero una vez que te acostumbras no es tan malo, le encuentras cierto sabor agradable, aunque desde luego, sigo prefiriendo cualquier otra bebida.

La conversación entre las amigas siguió fluyendo de manera divertida. Era obvio que habían echado de menos estar las cuatro juntas. Por un instante, Lia se quedó en silencio y se limitó a escuchar. En París había disfrutado de una gran libertad y de muchas experiencias nuevas, y aunque en ciertos momentos echaba de menos aquella vida, nada era comparable con estar de nuevo con sus amigas.

Verly y Lia volvían de casa de su prima en el carruaje familiar. Lia miraba por la ventana, distraída, mientras Verly se miraba los dedos entrelazados en su regazo. Habían hablado de París, de cómo habían ido las cosas por allí, de cuánto se habían echado de menos, habían comentado sobre baile y cómo abordar la próxima presentación en sociedad, pero no habían mencionado a Gabriel en ningún momento. Cuando Elle disimuladamente se lo había preguntado, mientras Lia le contaba a Lizzie como eran las tiendas de París, Verly no había sabido contestar. Ellas tampoco habían hablado de Gabriel, ni desde que Lia había vuelto ni tampoco durante los dos años que no habían estado juntas. En sus cartas, Lia no había preguntado por él, pero sí se lo había mencionado a Elle en la correspondencia que mantuvieron aquel verano.

—No hemos hablado de Gabriel. No es que tenga una importancia suprema, pero se me hace raro que después de llegar a París ni siquiera preguntaras por él, al menos en la primera carta.

—No te pregunté por él, porque no quería saber nada.

—Pero Lia, aquel verano estuvisteis…

—¿Estuvimos qué, Verly?

—Unidos.

—Si hubiéramos estado unidos, yo le habría contado que me iba a París, y él lo habría entendido, se habría puesto triste y habríamos mantenido el contacto estos dos años, pero te recuerdo que yo no le conté nada, y que él se sintió defraudado conmigo y se enfadó.

—¿Y eso no te da pistas de que le importabas de verdad? Además, ¿por qué no se lo contaste?

—Porque no le interesaba. Él estaba todo el rato con Ian, cosa que entiendo; son amigos desde que los dos ingresaron en Eton, han estado siempre juntos… Solo se interesaba por mí cuando Ian me hablaba o incluía en la conversación; si le hubiera interesado de verdad, me hubiera llamado Lia, pero se pasó todo el verano llamándome Ofelia. Y encima se enfada cuando no le cuento que me marcho a Francia.

—Lia, eso no es así, sabes tan bien como yo que sí estaba interesado en ti, hablaba contigo mucho, aparte de cuando estaba Ian. Así que esa no es la razón por la que no le contaste que te ibas.

Lia soltó un suspiro, y miró a su hermana.

—No le conté que me iba porque me dio miedo. Yo… Verly, me gustaba de verdad, me ponía nerviosa, sentía que todo estaba bien cuando él estaba cerca, y me dio miedo decirle que íbamos a estar dos años sin vernos. A eso añádele que él nunca me dijo nada, no mencionó si yo le gustaba, no me llamó Lia… Yo solo intuía que estaba interesado, al igual que a él le pasaba conmigo, pero nunca hubo confirmación. Cuando se enteró por Ian de que me marchaba, y me lo reprochó, fue cuando me di cuenta de todo. No sabía qué hacer en aquel momento y dejé que el miedo me dominara. Al llegar a París, fui consciente de que tal vez si hubiera hablado con Ian y él hubiera intercedido, las cosas podían haber sido de otra manera, pero al haber estropeado todo de la manera más tonta decidí no querer saber nada de él.

—¡Oh, Lia! —Verly abrazó a su hermana—. A él también le gustabas, y se enfadó porque se enteró por Ian y no por ti; pensó que habías estado jugando con él y después fuisteis demasiado orgullosos para hablar y solucionarlo, él se marchó a Hampshire enfadado y tú a París desolada.

—¿Has sabido algo de él?

—Solo lo poco que nos ha contado Ian. Lo típico, que las tierras lo tienen ocupado, que ha tenido unos problemas con los arrendatarios y que por eso no estuvo en la temporada anterior.

—¿Se perdió la temporada pasada?

—Sí, Ian estuvo con nosotros toda la temporada, pero él estuvo en Hampshire, solucionando el problema, por lo visto los arrendatarios no estaban de acuerdo con algunas partes de los nuevos contratos, él no quiso moverse de allí hasta tenerlo todo solucionado.

—Querer solucionar las cosas con los arrendatarios lo honra.

—Estoy segura de que es un hombre que se viste por los pies. No creo que mi hermana

pequeña tenga mal gusto, y tampoco mi hermano mayor a la hora de elegir amigos.

—Verly acarició el pelo de Lia—. Pero si quieres saber algo más de él, solo tienes que preguntárselo a Ian.

—No, prefiero no hacerlo, si lo hago querrá saber todos los pormenores del porqué le estoy preguntando.

—Lógico.

—Y normal, pero prefiero dejar que las cosas sigan su curso.

—Según he oído, lo han visto en Londres, así que es posible que esta temporada no se la pierda. Así podrás verlo y solucionar las cosas.

—No creo que haya nada que solucionar, Verly, han pasado dos años.

—Los problemas hay que arreglarlos, Lia, no podemos dejar que las espinas nos hagan daño.

—Las espinas no hacen daño, lo que hace daño son los recuerdos.

—En ese caso, sacar los recuerdos y hablar de ellos hace que todo se arregle y los acontecimientos sigan el curso preestablecido. ¿Quién te dice que, después de todo, no podéis ser amigos?

—Supongo que tienes razón, pero no voy a forzar nada. Lo que tenga que ser… será.

—¿Se lo dejas al destino?

—Se lo dejo al instinto, que me dice que las cosas no son tan fáciles como un simple recuerdo.

El taller de Helen, la mejor modista de Londres, estaba ubicado en una de las esquinas de Alford Street, antes de llegar a la Rex Place. La boutique era acogedora y muy elegante. Estaba decorada con un gusto exquisito y era la única tienda que ofrecía las comodidades de estar sentada con una taza de té mientras se esperaba. Helen era la hija de una aristócrata húngara, que había huido de su país al enamorarse de un noble inglés que había perdido su fortuna. Su madre había amasado una fortuna dedicándose a coser para la alta nobleza inglesa, y la hija había seguido sus pasos hasta convertirse en una de las modistas más afamadas de Inglaterra. Su buen gusto, su trabajo impecable y todo el exotismo que la rodeaba habían jugado sin duda a su favor.

Helen conocía demasiado bien la sociedad londinense, motivo por el que no se dejaba engatusar por los halagos y las palabras vacías que le dedicaban las damas que acudían a su taller. Pero gracias a ese conocimiento había sido capaz de notar las diferencias que hacían destacar a las cuatro jóvenes que esperaban sentadas en un sillón Chester, sobre el resto de las damas de su clase. La modista jamás lo diría, pero el gusto de Elizabeth, la elegancia de Beverly, la sofisticación de Ofelia y el estilo de Michelle no podían compararse con los de nadie más, y esto solo era uno de los motivos por los que ellas se habían convertido en sus clientas favoritas.

—Espero que mi vestido esté listo para el baile, señorita Lodness —intentó confirmar la dama que Helen acaba de atender.

—No se preocupe, *lady* Webster, tendrá su vestido listo para el baile. —La modista acompañó a la señora a la puerta y cerró tras ella. Luego se volvió hacia su ayudante, que se acercó a recoger el traje a medio terminar—. Géneve, ese vestido tiene que quedar perfecto, ponte a trabajar enseguida. —Se dio la vuelta y observó a las cuatro jóvenes—. Es un placer

verlas juntas de nuevo. Espero que París nos haya traído novedades.

—Te podemos asegurar, Helen, que las influencias francesas se van a notar.

—Perfecto. *Lady* Ofelia, ¿por qué no me dice cómo quiere el vestido? Si empieza usted, será más fácil entender esas influencias.

—Helen, he pensado que me niego a llevar tantos volantes. Y que el borgoña se va a convertir en la última moda. Ya sabes que, si por mí fuera, eliminaría del todo el corsé, es una prenda horrible, pero tengo un corsé que abraza completamente las caderas y es más estiloso a la hora de marcar cintura. Además, quiero que me des tu opinión acerca de los encajes y que hablemos de poner más vuelo a los vestidos, y no tanta cola.

Helen y Lia se sumergieron en una conversación sobre la última moda francesa y cómo adaptarla a los vestidos ingleses, mientras las otras tres jóvenes escuchaban atentas para idear sus vestidos.

—Como le he dicho, los encajes quedan estupendamente en los vestidos de noche, podemos incluirlos en alguno sin problema, ya que usted se atreve con ellos.

—Me parece perfecto, Helen. También había pensado en algún vestido de muselina decorado con un cinturón que se ajuste a la cintura.

—Sin duda, *milady*, será la última llamada al glamour.

—Que no se nos olviden los trajes de baño —recordó Verly—. Los necesitaremos cuando estemos en Brighton.

—Y también los bordados con filigrana que nos comentaste, Lia. —Elle miró a la modista y le preguntó—: ¿Qué piensas de esos bordados, Helen?

—Si los ponemos en dorado o plateado pueden resaltar mucho en los vestidos de noche. —Hizo una pausa y continuó—. Sin duda voy a tener mucho trabajo con todas estas novedades. En cuanto el resto de las damas vean la sutileza que provocan estos cambios, van a venir a pedir un guardarropa nuevo.

—Nos alegraremos de que vengan; si de alguna manera ayudamos a que te conviertas más aún en la mejor modista del mundo, quedaremos satisfechas. —Lizzie sonrió—. ¿Qué opinas de las decoraciones con flores?

Helen se enfrascó de nuevo en la conversación, disfrutando con todas las nuevas influencias que las jóvenes le iban comentando. Contestó con opinión sincera a todas las dudas que le planteaban, y cuando la puerta de su tienda se cerró dejándola con una carga de trabajo que sin duda iba a disfrutar, supo que lo que se avecinaba era aún mejor.

El inicio de temporada de aquel año empezó con la fiesta de los Condes de Barlow. La excéntrica condesa había congregado en su mansión londinense a la alta sociedad que estaba lista y preparada para la temporada, además de recién llegada de sus casas de campo.

Cuando el elegante carruaje de la familia Blashword paró frente a la casa de los condes, los ecos de su llegada corrieron por el salón de baile. A los pocos minutos la duquesa de Blashword estaba rodeada de amigas, o como decía Emilia, de «amigoenemigas». El duque había desaparecido por el salón con un grupo de hombres que hablaban de cómo andaba la economía, y Beverly había corrido junto a su prima Elizabeth, que estaba con un grupo de damas, todas en su segunda o primera temporada.

—¿Dónde está Lia? —preguntó Lizzie curiosa al no ver a su prima.

—Ahora viene, quería llegar con Ian.

—¿Por qué?

—Porque es su primera temporada, su presentación en sociedad, y qué mejor manera que llegar de la mano de Ian.

—El primo Ian es marqués, el tío Nicholas es duque, mejor entrar con un duque que con un marqués.

Verly sonrió y negó suavemente con la cabeza.

—Sí, pero si entra con papá no va a servir de nada; con él vamos mamá y yo, Lia pasaría inadvertida y es justo lo que queremos evitar, además el primer baile lo tiene que bailar con papá.

—¡Oh, por favor! Lia es la comidilla de todo Londres desde que ha llegado, si toda esta gente está aquí es porque habéis confirmado que vendría y el rumor ha corrido como la pólvora. Con tu padre o con tu hermano todo el mundo la habría mirado.

—Puede ser, pero con mi hermano te aseguro que llamará más la atención. Lizzie asintió.

—Y máxime cuando se hace tanto de rogar.

Beverly comprendió lo que su prima le quería decir y prestó atención al corro de damas que estaban a su lado.

—Los duques de Blashword ya han llegado con su hija mayor, es posible que esta noche no veamos a la pequeña de los Hemsley —dijo una de las damas sin molestarse en bajar la voz.

—Tonterías, la duquesa confirmó la asistencia de la familia, eso implica también la de su hijo.

—Lord St. Abbey volverá a ser el partido de la temporada, bailaría una giga si se interesara de alguna manera por mi Adeline.

—Querida, creo que todas las que tenemos hijas casaderas bailaríamos si el marqués de St. Abbey se fijara en ellas, pero a ese casanova la vida de soltero le encanta, es igual que su padre.

—Sí, pero no olvides que el duque acabó casándose, St. Abbey hará lo mismo, solo hace falta que se cruce alguien en su camino.

Verly dio un resoplido y las miró con ira bajando la voz para no ser descubierta.

—¡Esas arpías capaces son de tenderle una trampa a mi hermano con alguna de sus insulsas hijas! —exclamó indignada.

—No lo dudes, pero el primo Ian sabe a lo que atenerse, el año pasado ya lo intentaron, acuérdate de cómo *lady* Blanche intentó arrojar a su hija a los brazos del primo.

—No me lo recuerdes, la pobre Dolly lloró lágrimas como puños cuando vio que finalmente se casaba con el conde de Dunham.

—*Lady* Blanche quería casar a su hija en su primera temporada sí o sí y lo consiguió —contestó Lizzie.

—Sí, a costa de Dolly, que comparte vida con un conde que puede ser su padre.

Las dos jóvenes volvieron a prestar atención a las palabras del corro de mujeres, que seguían hablando sin percatarse de la presencia de Verly y Lizzie.

—Lo que está claro es que los hermanos Hemsley son los partidos de la temporada, la duquesa de Blashword sí que debe estar contenta.

—Desde luego; su hijo en boca de todas las damas, su hija pequeña volviendo del continente después de dos años de desaparición, y su otra hija recibiendo la misma atención que la temporada anterior.

—Que lord St. Abbey es el mejor partido para todas las damas está claro, es un marqués

heredero de un ducado, y por supuesto no de cualquier ducado, sino de uno de los más antiguos y respetados.

—Claro que sí, y a eso añade que el marqués de St. Abbey es condenadamente atractivo, cosa que no sabemos de *lady* Ofelia. Al fin y al cabo, lleva dos años sin aparecer y no es que antes fuera una maravilla, y *lady* Beverly… bueno, tampoco lo es.

Elizabeth abrió desmesuradamente los ojos y cogió del brazo a Beverly apartándola de allí.

—¿Cómo puede decir eso? Lia es absolutamente preciosa, y tú… —Lizzie miró a su prima —. Estás increíble y maravillosa. —Beverly sonrió.

—Gracias. —Dio un beso y abrazó ligeramente a su prima.

En ese instante el rumor de que el carruaje del marqués había llegado se escuchó con claridad por toda la estancia, y unos segundos después el marqués de St. Abbey entraba en el salón acompañado de *lady* Ofelia, que se presentaba oficialmente en sociedad. Al llegar al pie de las escaleras, Lia apretó el brazo de su hermano y este la miró guiñándole un ojo. Todo el mundo observaba a los recién llegados. Sin duda, aquellas damas tenían razón: los hermanos Hemsley iban a ser los partidos de la temporada. Caminando por el salón con paso firme y con seguridad, Lia e Ian escuchaban los murmullos mientras saludaban a unos y a otros. Todo el mundo se interesaba por la recién llegada, todo el mundo quería verla de cerca, y eran muchos los curiosos que apartaron sus ganas y esperaron su turno, mientras ellos se mostraban educados y el baile continuaba con la música de fondo. En el extremo del salón esperaba Emilia junto a su marido y un grupo reducido de amigos.

—Ya estáis aquí. —Emilia saludó con afecto a sus hijos.

—Mi hermana tenía razón, todo el mundo está pendiente de ti. —Nick saludó a su hija y esas palabras apenas las escuchó Lia.

—Excelencia. —Lia sonrió a su padre y de pronto se vio acorralada.

Cuando fue oportuno, Lizzie y Verly caminaron por el salón llevándose a Lia, que acababa de concluir su primer baile en sociedad con su padre, lo que significaba que a partir de ese momento todos los caballeros podían bailar con ella.

—Nunca pensé que dos años en París levantarían tanta expectación —murmuró Lia.

—Lia, es el cotilleo, la hija pequeña de los duques de Blashword de pronto se marcha a París y vuelve dos años después. Estamos de acuerdo en que no fuiste víctima de ningún escándalo, pero entiende que levantó revuelo el hecho de que te fueras, el mismo revuelo que significa que ahora vuelvas.

—Es precisamente eso, Verly. ¿Qué revuelo tendría que haber porque me fuera? ¡Solo fue un viaje educativo, por Dios!

—Lo saben, Lia, pero la sociedad necesita un cotilleo que impregne la temporada, son los temas de conversación en los salones de baile —dijo Lizzie colocándole un rizo que se le había escapado del peinado.

—Lia, ya lo entenderás cuando lleves dos o tres bailes, pero los temas de conversación no solo versan sobre el tiempo, se habla de lo acontecido durante los bailes anteriores, sobre lo más interesante de la temporada…

—Y sin duda tu vuelta es parte del cotilleo de este año, al igual que Ian. Todas las damas quieren casar a su hija con él —concretó su prima.

—Y por lo visto con el marqués de Dexter.

Las tres damas se dieron la vuelta y saludaron con alegría a la recién llegada.

—¡Elle! ¡Por fin te vemos! ¿Dónde has estado? —preguntó Verly.

—Saludando a diestro y siniestro, y el próximo baile es el de presentación, deseadme suerte.

—No la necesitas, bailas de maravilla. —Elle sonrió y dio un beso a Lizzie.

—¿Gabriel ha vuelto? —La voz de Lia se escuchó en un susurro, y Elle asintió.

—Lo acabo de ver de refilón hablando con mi hermano.

—Hace tiempo que no lo vemos, se trasladó a Hampshire cuando su padre le cedió todos los asuntos de la finca —aclaró Verly.

—Es extraño que digas eso —dudó la pelirroja—, si mal no recuerdo ayer mi hermano mencionó que estuvo en Hampshire con Ian, pero lord Dexter no apareció.

—Pues la temporada anterior no pisó Londres —informó Lizzie.

—Sí, e Ian dijo que estaba demasiado ocupado, por lo visto tuvo problemas con los arrendatarios de la finca. —Verly fue bajando el tono de voz cuando vio que dos damas se acercaban a ellas.

—*Lady* Ofelia, que alegría verla, espero que sus años en el continente la hayan tratado bien.

—Sí, han sido unos años muy especiales, siempre los recordaré con cariño, muchas gracias, *lady* Gretchen.

Lia se iba a marchar junto a su grupo cuando la otra dama insistió:

—La verdad es que yo siempre he querido visitar París, dicen que es toda una revolución.

—Desde luego, en el continente las cosas varían en ciertos aspectos, pero nada de lo que escandalizarse ni tampoco darle mayor importancia.

—¿Eso quiere decir que su educación esos dos años en el continente no se ha visto afectada? —insistió la dama.

—Para nada, *lady* Joceline, al fin y al cabo, he viajado con los duques de Vermont, y ellos han respetado en todo momento los principios y modales de nuestro país. Lo único que se ha visto afectado en mi educación, si es que se puede decir así, es que tenía una institutriz que me hablaba solo en francés, era necesario que me entendieran en las tiendas de los Campos Elíseos.

—¿Compraba mucho por allí? —curioseó la otra dama.

—Era el único sitio por donde me movía, *lady* Vermont no quería que me alejara de la zona alta de París; al fin y al cabo, soy una dama, londinense, sí, pero una dama, y como estarán comprobando, mis modales siguen siendo los mismos, por tanto mi estancia en el continente no tiene ningún cambio o mérito a destacar.

Las damas, satisfechas y convencidas con las palabras, se despidieron dispuestas a divulgar la información.

—¿Cómo puedes mentir tan bien? —preguntó Lizzie.

—Sin duda lo ha aprendido en París —puntualizó Verly.

—Muchas cosas ha aprendido allí. —Elle miró a Lia y esta sonrió.

—Ya sabes, pelirroja, que mi educación ha sido muy exhaustiva.

—Y que lo digas, lo que más envidia me da es el tema de la esgrima.

—¿Y qué me dices de la monta a horcajadas? —añadió Lizzie.

—O de fumar puros y beber *whisky* —concluyó Verly.

—Lia, definitivamente te has convertido en un peligro para la sociedad, que una joven dama haya probado esas cosas tan escandalosas no te hace ser una buena compañía.

—Elle tiene razón, eres una mala influencia para nosotras, deberíamos buscarnos otras compañías más recomendables —dijo Lizzie sonriendo.

—Podéis buscar otras compañías si queréis, pero antes de marcharos, recordad que sé utilizar un arma —rebatió Lia entornando los ojos y dando énfasis a sus palabras.

—Yo me quedo. ¿Y tú, pelirroja?

—Yo también, quiero seguir viviendo.

—Dado que eres mi hermana y le tengo aprecio a mi vida, seguiré a tu lado.

Las cuatro damas se divertían mientras el resto de jóvenes de su edad las miraban con resquemor, ellas también querían compartir su diversión. Eran las cuatro chicas más admiradas de todo el salón, y no había ningún caballero que no deseara pedirles un baile.

Desde un rincón del salón, unos ojos azules observaban al grupo. Las manos masculinas rascaron el mentón perfectamente afeitado, para después coger una copa de vino de una de las bandejas que el servicio estaba pasando. Dio un trago al líquido burdeos y dejó la copa olvidada en una mesa repleta.

El marqués de Dexter había llegado a la casa de los condes poco después que Ian y evitando que lo presentaran. La idea era pasar desapercibido el mayor tiempo posible, y en su desvío hasta situarse en aquel rincón olvidado del salón había conseguido que solo lo viera con claridad lord Keswick. James había sido compañero de correrías en Eton y hacía tiempo que no lo veía.

Gabriel era consciente de que se había mantenido bien alejado de *lady* Ofelia; sin duda, observarla de lejos le producía intriga. Desde la otra punta del salón contemplaba lo que acontecía entre baile y baile, pero no podía negar que la pequeña de los Hemsley tenía algo que lo incitaba a mirar, aunque no quisiera hacerlo, y cada vez que la observaba compartir juego y risa con las otras tres damas, estaba más y más convencido de que aquello en lo que sus ojos no podían dejar de fijarse, era lo mismo que llamaba la atención de tantos otros caballeros.

Lady Ofelia le parecía la perfección hecha mujer, nada en ella estaba mal. Parecía una diosa bajada del Olimpo para burlarse de todos los presentes en aquel inicio de temporada. Todo en ella llamaba la atención: destacaba la melena cobriza, que bailaba entre el rojizo y el castaño y que hacia brillar a los ojos que se parecían al chocolate negro y fuerte, con unas espesas pestañas negras. Sus labios llenos y bien definidos prometían ser devastadores, al igual que su cuerpo bien moldeado que formaba las sinuosas curvas que lo estaban volviendo loco. Ese cuerpo resaltado por aquel vestido de noche azul oscuro hacía que Lia fuera el centro de atención. Ofelia era como una Venus y, al igual que la diosa, era un bocado prohibido para cualquier mortal.

Gabriel seguía observándola desde ese punto estratégico del salón, pero cuando las jóvenes se movieron por la amplia estancia para huir de un grupo de mujeres en busca de información, los ojos de Lia se cruzaron con los suyos.

Las pupilas se dilataron, ladeó ligeramente la cabeza y clavó su mirada en aquellos ojos azules que la observaban. Gabriel había cambiado, era como si sus rasgos suaves hubieran dado paso a otros más fuertes cargados de indiferencia. Paseó su mirada por el cuerpo del joven hasta descubrir que dos años habían sido suficientes para hacer de Gabriel alguien mucho más formado y elegante. Aquel traje hecho a medida, seguramente confeccionado por el mejor sastre de Londres, se ajustaba de tal manera a su cuerpo que dejaba ver sin ápice de dudas que el marqués

de Dexter era un hombre fuerte y seguro. A pesar de la distancia, Lia podía notar cómo Gabriel la miraba sin interés, como quien mira arte sin tener ni idea de él. Sin duda, los años habían hecho de Gabriel alguien decidido y con carácter.

Lia trataba de decidir si acercarse a él o no, pero en ese instante, Gabriel se dio la vuelta dejándola sin opción. Ella contempló su espalda ancha y corpulenta, lo vio alejarse con aquellos pasos elegantes que se mezclaban con la multitud, mientras una cantidad considerable de ojos femeninos se asombraban al descubrir su presencia. Lia bajó la mirada al suelo, sabiendo a ciencia cierta que aquel desinterés era culpa de ella.

Capítulo 4

—¿Se puede saber qué le pasa?

Lia parpadeó tratando de salir de la burbuja en la que se había sumido desde el momento en que había visto a Gabriel y levantó la vista para descubrir a Michelle y a Lizzie, que acababan de llegar a su lado. Detrás de sus dos amigas, Gabriel estaba conversando ya animadamente con otras damas. Lia suspiró y contestó, resignada:

—No le pasa nada.

—¿Cómo que no le pasa nada? ¿Por qué no te ha saludado? —preguntó Lizzie indignada. Verly se acercó a ellas, con expresión de haber presenciado lo ocurrido.

—Porque no tiene por qué hacerlo —repuso Lia.

—Claro que sí. La única excusa que puede tener acerca de ese comportamiento es que sea un maleducado. Y todas sabemos que no lo es.

Elle ladeó la cabeza a la espera de la contestación de Lia.

—Chicas… no me ha saludado porque llevo dos años sin verlo. Y en estos dos años no he preguntado por él.

—Siento decirte, prima, que eso tampoco es excusa.

—Las cosas no acabaron muy bien hace dos años —murmuró Verly, dando pie a su hermana.

—Veréis, yo no le conté a Gabriel que me iba a París. Se enteró por Ian, y precipitadamente, al final del verano.

—¿Pasaste todo el verano con él y no le contaste nada? —quiso saber Lizzie con tono escéptico.

—Sí. No encontré el momento. Había veces que pensaba que estaba interesado en mí, otras en las que notaba una increíble falta de interés, y eso me llevó a dudar si le hubiera gustado saberlo o no, y a no tener claro cuándo decírselo.

—Pues ahora ya has visto que no solo le hubiera gustado saberlo, sino que además está enfadado porque no se lo contaste. —Elle acarició la cara triste de Lia.

—¡Qué rencoroso! Después de dos años… —Lizzie, en su impulsividad, hizo reír a todas.

—Bueno, es normal. Lia y él no han tenido la oportunidad de hablar, supongo que por eso ha querido dejar patente que está molesto —añadió Verly.

Lizzie resopló y de nuevo provocó que las demás rieran.

—Lizzie, cielo. No te preocupes, si él quiere hablar conmigo de lo que pasó en verano, solo tiene que acercarse.

—¿Y por qué no te acercas tú? Al fin y al cabo, la culpa es tuya. —Elle parpadeó rápido y sonrió.

Lia se mordió el labio. Elle tenía razón, tal vez la que tenía que acercarse era ella.

Volvió a observar la ancha espalda de Gabriel, que hablaba con una mujer que no paraba de tocarse el pelo, y negó con la cabeza.

—No. Aunque reconozco que la culpa de que esté molesto es mía, me niego a acercarme a él. Considero que está en su pleno derecho de estar así, pero no hay excusa para que se comporte

de esa manera tan maleducada con una dama. Porque no dejo de ser una dama. Además, si está molesto, que lo supere, pasó hace dos años, ¡qué madure!

Lia se dio la vuelta y caminó hasta el otro extremo del salón, dejando confusas a sus amigas.

—Pues sí que tiene carácter, sí… —masculló Lizzie riendo.

—Y más carácter va a sacar como Gabriel vuelva a desinteresarse de esa manera —informó Verly.

—Pues si está enfadada y se molesta tanto, es que Gabriel le gusta más de lo que quisiera.

Elle movió la cabeza con gracia y siguió a Lia a través de la multitud. Lizzie las contempló y se volvió hacia Verly, que continuaba de pie junto a ella.

—¿No crees que tu hermana es demasiado impulsiva?

—Sin duda —Verly cogió dos copas de champán de la bandeja de un lacayo que pasaba junto a ellas y le tendió una a Lizzie—. Pero intentar corregir eso solo serviría para acabar con su espíritu.

Lizzie asintió y descubrió a su madre con otras damas tan entrometidas como ella.

—Mírala —resopló asqueada—. Ya está cotilleando otra vez.

Gabriel había estado conversando con las tres simpáticas damas que se le habían acercado sin variar su expresión cortés e interesada típica del caballero que era. Sin embargo, durante ese rato no había dejado de pensar ni por un segundo en la mirada sorprendida y penetrante de Lia al descubrirlo frente a ella.

Cuando las jóvenes se alejaron, Ian se acercó a él con una sonrisa burlona.

—Me he sentido deleitado por vuestro interés mutuo en ese maravilloso reencuentro —comentó con su sarcasmo característico—. Eres consciente de que has quedado como un inmaduro, ¿no?

Gabriel alzó la cabeza con orgullo y respondió calmadamente:

—Para nada. He quedado como un caballero molesto y ofendido por los desplantes y las mentiras de una dama.

—Sí. Con un suceso que pasó hace dos años.

—Y que no hemos podido solucionar.

Ian negó con la cabeza. Era evidente que ninguno de los dos daría su brazo a torcer.

—¿Has visto a James?

—Sí, anda por ahí. Lo he saludado hace un rato.

—Antes de que tu inmadurez saliera a raudales contra mi hermana. Gabriel ignoró el comentario mordaz de su mejor amigo.

—Está allí —se limitó a decir señalando a James.

Ian dirigió su mirada hacia donde señalaba Gabriel, localizando al marqués de Keswick. Cuando este miró, Ian le hizo una señal para que se acercara.

—¿Qué tal, Ian? —saludó James cuando llegó al lado de los dos caballeros.

—Te echamos de menos ayer en White’s.

—Tuve un asunto en el banco. Necesitaban que acudiera por un problema con el cheque que me hizo Brandon. Al parecer, la tinta de la pluma había borrado el último número. Querían que les facilitara su nueva dirección para enviarle aviso.

—¿Trenton está en la ciudad? —preguntó Gabriel, agradeciendo el cambio de conversación.

—Sí. Llegó hace dos días de Berkshire —contestó Ian.

—¿Por qué siempre soy el último en enterarme de las cosas?

—Porque estás más interesado en mostrarte molesto con *lady* Ofelia que en estar pendiente de tus amigos —lo rebatió James.

Ian soltó una carcajada y palmeó el brazo del hermano de Michelle, mientras que Gabriel daba un largo trago con el que vació su copa.

—Me tenéis harto. Que lo sepáis.

—Con lo fácil que sería hablar con ella… —sugirió Ian.

—Que hable ella conmigo.

James se encogió de hombros e Ian soltó una risa. Su hermana acercándose a Gabriel, eso sería digno de ver.

—¿Ya sabes lo que comentan de ti? Gabriel miró extrañado a James.

—¿De qué hablas?

—Las solteronas, ante tu ausencia en la temporada pasada, están informando de que has estado visitando a una viuda en Hampshire y que la has dejado preñada. Además de que quieres darle tus apellidos al niño.

—¡No me jodas! ¿En serio? Ian silbó sorprendido.

—Joder con las solteronas, cada vez indagan más.

—¿No tendrán otra cosa que hacer que rebuscar en las vidas ajenas? —Gabriel, visiblemente molesto, no cambió su mala cara cuando una joven dama quiso acercarse a ellos. La pobre chica pasó de largo, con gesto ofendido.

—Compañero, si sigues poniendo esa cara no vas a bailar con nadie —lo provocó Ian.

—No tengo interés alguno en bailar y tampoco en cambiar mi cara. Sin embargo, parece que tú tienes muchas ganas de danzar.

Gabriel levantó la ceja divertido. Se había fijado en cómo Ian miraba con disimulo a Michelle, que conversaba con un caballero en la otra punta del salón.

—Yo tampoco tengo ganas de bailar —bufó Ian.

—Si lo que quieres es sacar a bailar a mi hermana, tendrás que darte prisa —le aconsejó James—. Cómo verás, es una debutante muy solicitada.

Esta vez fue Gabriel quien se carcajeó.

—Estás muy fino esta noche, Keswick —contestó Ian en tono molesto.

—Tengo ojos en la cara, St. Abbey. Y lo único que veo es a este —dijo señalando a Gabriel —, cabreado con tu linda hermana pequeña, mientras todos los caballeros la sacan a bailar. Y a ti, mirando embobado a la mía, mientras regala sonrisas a todos los invitados que no sean tú.

—Vete a la mierda —murmuró Gabriel.

—Estoy de acuerdo —añadió Ian.

James levantó las manos y, sonriendo, les dijo:

—Está bien, yo me voy a la mierda. Pero vuestros problemas se solucionarían de fácil manera. Teniendo pantalones para hablar con Ofelia y teniendo pantalones para sacar a bailar a Michelle.

Gabriel e Ian resoplaron y, antes de que pudieran decir algo, James añadió:

—Os veo mañana en White’s para el aperitivo. Tratad de relajaros un poco para entonces. Por cierto, también viene Brandon.

El marqués de Keswick los dejó solos, alejándose con un aire muy poco modesto.

Los tímidos rayos del sol se asomaron por las ventanas de las dependencias privadas de Blashword House. Cuando esa tenue luz se filtró e invadió la habitación, Lia apretó unos

segundos los párpados, arrugó la naricilla y frunció levemente los labios en un gesto gracioso y tierno. Cuando relajó el rictus se puso boca arriba y se estiró sobre la mullida cama de dosel. Al abrir los ojos, lo primero que contempló fue el techo, después las paredes, y finalmente dejó que su cuerpo se hundiera todavía más sobre el colchón y los almohadones. Minutos después, cuando estuvo despierta del todo, hizo llamar a Anna, que apareció con una sonrisa.

—Buenos días, Lia.

—Buenos días, Anna —contestó con voz clara y familiar.

—¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien, aunque no estaba cansada.

—¿Los bailes no agotan? —La doncella miró a la joven sorprendida.

—Todas las damas te dirán que sí, que es agotador, que las deja exhaustas y necesitan un sueño reparador. Pero no es verdad, es cierto que pasas tiempo de pie y bailando, pero también hay sitio para sentarse y es divertido, así que en lo último que piensas es en el agotamiento.

—Es la primera vez que alguien me dice algo así, mi anterior señora se agotaba solo de estar sentada y no hacer nada, y además lo decía, que el no hacer nada también agota.

—¡Qué suplicio de mujer! El no hacer nada aburre y te deja mentalmente muerta, pero agotarte… ¡Por Dios, qué ganas de querer ser una damisela en apuros!

—Ella decía que las señoritas y las damas de bien tienen que mostrarse delicadas y frágiles, que la debilidad es parte de la belleza de la mujer, y que tienen que demostrar cierta languidez en sus actos y su manera de ser.

—¡Qué soberana tontería! No te creerías algo así, ¿verdad? —Lia miraba a su doncella anonadada, como si estuviera descubriendo algo nuevo.

—Hasta que te conocí no sabía qué pensar; estoy segura de que el resto de las damas y señoritas de bien se comportan así, y las educan precisamente en el arte de la delicadeza. En cambio, tú y *lady* Beverly sois lo opuesto a eso, incluso su excelencia es diferente, vosotras no os comportáis de esa manera.

—Ni esperes que lo haga. ¿Debilidad, fragilidad, languidez? ¡Ja! Ni que fuera una princesa que necesita ser salvada de un dragón.

—No, sin duda tú te harías amiga del dragón y lo engañarías para salvarte sola.

—Es posible, y te admito que la idea tiene su mérito, pero tampoco quiero salvarme sola todo el tiempo, quiero también compañía en mis aventuras como guerrera.

—Así que… a pesar de ser diferente a todas las damas, ¿quieres casarte?

—Quiero casarme y tener una familia, pero no quiero que mi marido piense que soy una princesa o una damisela que necesita ser rescatada todo el tiempo, no quiero que sea mi salvador, quiero que sea mi compañero además… —Lia pensó en la idea unos segundos y después se la expuso con elocuencia a su doncella—. No necesito ser salvada de nada, mi vida es maravillosa.

—Es cierto, pero quizás en algún momento tengas que ser salvada de cierto peligro.

—Anna movió los dedos en señal de comillas.

—Si tengo que ser salvada del peligro. —Lia imitó con sus dedos el gesto de Anna—. Estoy segura de que mi marido, mi compañero, acudirá a mi rescate al igual que papá.

—Y tu hermano; estoy segura de que lord St. Abbey también acudiría. Lia sonrió y asintió.

—Como ves, quedaría a salvo en el caso de que tuviera que ser salvada de algo, mientras tanto… no necesito comportarme ni demostrar la belleza en la languidez de la mujer.

Anna asintió y terminó de peinar a Lia.

Cuando Anna terminó su trabajo con Lia, la doncella se quedó en la habitación mientras ella bajaba a desayunar.

Salió de la zona privada de la casa y se adentró en el largo corredor con inmensos ventanales. Lia sonrió. Aquel sitio de la casa le encantaba; siempre estaba iluminado, siempre resplandecía. Estiró el brazo y acarició una de las enormes hojas del gran ficus que decoraba la estancia, después siguió caminando y bajó las majestuosas escaleras de mármol.

—Buenos días —saludó a sus padres.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido? —Emilia dejó la taza de té en el platito y miró a su hija.

—Muy bien. ¿Dónde está Verly?

—Aún no ha bajado, pero no tardará, hace un minuto estaba correteando por su habitación —dijo Emilia mientras fingía un gesto de exasperación.

—Volviendo loca a Daphne, seguro.

—Muy propio de Verly —comentó Nick.

—¿Qué es propio de mí?

—Volver loca a tu doncella. —El tono de Nick sonó tranquilo y muy seguro.

—Ah sí, pero, por algún motivo, Daphne me tolera.

—Bueno, cielo, es su trabajo. —Emilia ladeó la cabeza, a la vez que señalaba una de las sillas para que Verly se sentara.

—Su trabajo es atenderme, no dejar que la vuelva loca. Con lo buena doncella que es podría estar sirviendo a otra dama más tranquila.

—Creo que, si deja que la vuelvas loca, es porque ese ritmo le gusta. De lo contrario, habría salido por patas de la casa.

Verly sonrió y le dedicó la sonrisa a su padre.

—¿Qué tenéis pensado hacer hoy? —preguntó Emilia.

—Vamos a ir con la prima Elizabeth y con Michelle a probarnos los vestidos y comprar algunas cosas —empezó diciendo Verly.

—Sí, y esta tarde vamos a casa de Michelle a tomar el té —terminó de explicar Lia.

—Yo esta tarde tengo visita, *lady* Betland viene a casa a tomar el té —informó Emilia.

—La madre de Michelle viene a casa y nosotras vamos a la suya, que casualidad.

—¿La tía Cassandra no viene? —indagó Lia curiosa.

—No, gracias a Dios. Sabéis que quiero a vuestra tía, pero es un suplicio compartir con ella el té.

—Lo sabemos. ¿Por qué crees que normalmente la prima no toma el té? —Verly estiró el brazo y alcanzó un pequeño bollito de crema—. Dice que no entiende cómo su madre puede ser

así, y le da miedo no ser un buen partido por culpa de ella.

—¡Qué tontería! —exclamó Nick—. Elizabeth es un buen partido y encontrará a alguien perfecto para ella, porque afortunadamente no se parece a su madre, y eso la sociedad lo sabe. Tiene más que comprobado que ella y mi hermana son polos opuestos; además, Elizabeth se encargará de dejar bien claro a su futuro marido que sabe de sobra cómo capear a su madre.

—Sí, menos mal que no se parecen en absoluto. —Lia hundió la cuchara en su taza de té.

—Habéis formado un grupo muy apetecible. Lo sabéis, ¿verdad? —Emilia miró a sus hijas.

Verly terminó de masticar y levantó la cabeza hacia su madre con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ayer en el baile, uno de los chismes que circulaba por el salón era el grupo tan importante que formáis.

—Pues no entiendo por qué, somos cuatro damas de la alta sociedad que acudimos al inicio de temporada. —Lia dejó la cuchara y cogió con delicadeza la taza.

—Sí, a primera vista puede parecer eso. —Nick apartó el periódico.

—¿A qué te refieres con *a primera vista*?

—A eso precisamente, a que, al primer vistazo, sois cuatro jovencitas con clase y sangre noble, presentadas en sociedad. Pero si nos fijamos, y ahí es donde entra lo que vuestra madre quiere decir, es que sois un grupo importante ya que vuestro rango lo es.

—Exacto, no dejáis de ser las hijas de un duque y un conde, con los títulos más antiguos y respetados. Si a eso añadimos que tres de vosotras sois familia y que sois las cuatro damas más guapas de la temporada, hacéis un grupo muy suculento para los caballeros que buscan esposa.

—Las cuatro tenéis una gran dote, tenéis prestigio, os acompaña el revuelo y os habéis juntado hasta haceros íntimas. Sois uno de los chismes del salón —continuó diciendo Nick—. Anoche, todas las jóvenes de vuestra edad os miraban con recelo, y con ganas de entrar en vuestro círculo.

—¿Tú te diste cuenta de algo de eso? —preguntó Lia a Verly.

—No, la verdad es que no. Pero tiene todo el sentido, entre nosotras estás tú, que eres el cotilleo principal.

—Ya estamos otra vez con eso.

—¡Uy! Y más que lo vamos a estar, no se va a dejar de hablar —señaló Emilia.

—¿Por qué? Ya me han visto. Fin del cotilleo.

—Sí, pero no todos han hablado contigo, y solo te han visto un rato. Con un momento no se sacan todas las conclusiones, solo parte de ellas.

—¡Qué horror!

—Vas a tener que acostumbrarte. ¿Qué te crees que pasó con tu hermana la temporada pasada? —Nick levantó las cejas.

Lia miró a su hermana y esta le sonrió.

—Sobrevivirás, si yo pude, tú también, además no te vamos a dejar sola.

—Está bien, intentaré acostumbrarme a que se hable de mí.

—¿Sabes cómo te llaman? —Nick se volvió hacia su hija y torció ligeramente el labio.

—¿Qué…? ¿Cómo me llaman de qué? Me llamarán Ofelia, digo yo. Ese es mi nombre.

—Sí, *lady* Ofelia, «el dulce Eclair».

A Lia la boca se le abrió de golpe y miró con horror a su padre.

—Será una broma, ¿no?

—No, para nada, fue como te empezaron a llamar anoche los caballeros y las damas, sobre todo los caballeros. —Nick gruñó y miró a su mujer.

—Cariño, el año pasado ya rechazaste solicitudes para la mano de Verly; pues este año te toca también para Lia.

—Lo sé, pero no esperaba que fuera tan desde el principio, esperaba tener un poco más de tiempo.

Emilia miró a su marido, ladeó la cabeza y torció la sonrisa. Nick contempló a sus hijas y sonrió.

—Sabéis que, aunque yo rechace todo lo que no sea apropiado, todo lo que sea arrastraros a una vida de tristeza y todo lo que conlleve casaros con un buscadotes, vosotras tenéis la última palabra, ¿verdad?

—Claro que sí, papá. —Lia estiró el brazo hasta alcanzar la mano de su padre y cogérsela con fuerza—. Sabemos que tú nos vas a proteger de todo lo que no sea bueno, y que no estás dispuesto a entregarnos a un vividor, a un fósil o a un buscadotes. Pero tranquilo, que no nos olvidamos de que nuestra opinión cuenta.

—Lia no está acostumbrada a estas conversaciones, pero te prometo que la tendré al corriente. —Verly estiró también el brazo y cogió la otra mano de su padre.

—Está bien, solo os quiero recordar que vosotras sois las que elegís, porque es vuestra felicidad la que está en juego.

—Lo sabemos, papá. —Lia se levantó y dio un beso a su padre.

—No todas las hijas, y menos las de un duque, tienen voz y voto en cuanto a su futuro se refiere. Y puedes estar tranquilo, porque para nosotras es un orgullo tenerte como padre. —Verly imitó a su hermana, y también dio un beso a su padre.

—Al igual que es un orgullo tener la oportunidad de poder elegir por nosotras mismas. Aunque sabemos que tú vas a estar para ayudarnos.

Las dos sonrieron y se marcharon.

—Me va a resultar muy duro el día que se vayan —murmuró Nick.

—Lo sé, pero es ley de vida, y ten por seguro que elegirán correctamente.

—Eso es lo que me tranquiliza, después de ver la temporada pasada de Verly, y ver cómo rechazaba con cabeza todas las peticiones, estoy algo más calmado.

—Te lo noto querido, pero esta temporada va a ser peor. Lo sabes, ¿verdad? Nick asintió.

—Este año tienes a las dos, y Lia…

Nick cogió aire y negó con la cabeza.

—Por aquí van a desfilar todos los caballeros habidos y por haber; los que quieran casarse con Verly, los que quieran con Lia, y los que quieran con las dos. ¡Qué suplicio! Ojalá acabe pronto.

—Cariño, acaba de empezar.

—Lo sé, pero va a ser horrible. El dulce Eclair. ¡Emy, la comparan con un delicioso postre!

—Nick, mi vida, ¿la has visto bien?

—Y tanto que la he visto, es mi hija, y eso es lo peor. ¿Por qué han tenido que salir tan guapas las dos? ¿Era necesario?

—Nick, uno no decide el físico de la descendencia, aunque eso ya lo sabes. —El duque

resopló.

—Y para colmo, son inteligentes. Lo tienen todo para llamar la atención del buitre. —Emilia suspiró y encontró la manera de tranquilizarlo.

—Si hubieras podido elegir, ¿habrías elegido algo diferente? —Nick la miró, sonrió y contestó con amor:

—No, para nada, bajo ningún concepto, mis hijas son perfectas. No hubiera querido que fueran de otro modo.

La duquesa sonrió a su marido y asintió, ella tampoco las cambiaría. A pesar de todo lo que conllevaba.

—El vestido es precioso, tiene un verde muy bonito —dijo Verly mirando a Elle en el espejo.

—Sí, además te favorece. —Los ojos de Lizzie miraban el contraste del pelo con la tela.

—Está perfecto, Helen, muchas gracias. —Elle sonrió a la modista mientras se miraba al espejo.

—Es un placer, *milady*. Envolveré el vestido, y se lo enviaré a Betland House.

—Gracias, Helen.

Cuando las cuatro salieron de la tienda de la modista después de que Elle se probara su vestido nuevo, recorrieron las calles en busca de un sombrero y unos pañuelos.

Lizzie miró a su prima Lia.

—Supongo que odias lo que te voy a decir, pero ya sabes cómo te llaman, ¿verdad?

—Sí, y es verdad, lo odio.

—¡Cielo, no es para tanto, solo es un mote! —la consoló Verly.

—Lo sé, pero no era necesario.

—Esta sociedad se nutre de eso, poco puedes hacer. —Lizzie sonrió y le dio un beso.

—Cierto, pero mejor no hablemos de ello, hay un tema de conversación mucho mejor que el nuevo nombre de Lia.

Las tres miraron a Elle y sonrieron.

—Desde luego que hay un tema de conversación mucho mejor —dio pie Verly.

—¿Os referís a ese tema que empieza por Ga y acaba por briel? —concluyó Lizzie juguetonamente.

Las cuatro soltaron una carcajada y siguieron hablando con confianza.

—Ya os lo dije ayer, tiene todo el derecho a estar molesto, no me despedí de él y no he preguntado por él en dos años, es normal. —Lia miró a Elle y esta sonrió—. La verdad es que no esperaba que Hampshire le hubiera sentado tan bien.

—¿Tan bien? Por Dios, Lia, ¡le ha sentado de maravilla! —exclamó Elle.

—Creía que tenías otras miras —Lia sonrió y guiñó un ojo a su amiga.

—Y tengo otras miras, pero hay que reconocer que el marqués de Dexter también es impresionante.

—Con otras miras supongo que te refieres al marqués de St. Abbey, ¿no? —Elle se mordió el labio y asintió.

—Verly, tu hermano es una perita en dulce, Hampshire también le sienta bien.

—¿Bien? Por Dios, Elle, ¡le sienta de maravilla! —exclamó Lia imitando las palabras de su amiga.

Las cuatro se volvieron a reír.

—¿Hablaste con él? —Lizzie miró a Elle y le sonrió.

—Nada, es que ni me miró, aunque me consuela que tampoco mirara a otras.

—No creo que lo haga, no tiene intención de casarse —añadió Verly—. Al menos, no por ahora.

—Eso dice mi madre, no para de hablar de que su sobrino ha decidido permanecer soltero, es un suplicio —masculló Lizzie.

—Lizzie… —empezó diciendo Lia.

—Lo sé, lo sé, es mi madre. Pero ¿por qué tiene que meterse tanto en la vida de los demás? Si quiere estar soltero que haga lo que quiera, él que puede…

—Sabes que tu madre es así, llevas conviviendo con ella diecinueve años —dijo Elle.

—Y cada año se me hace más cuesta arriba, y no se me presenta una oportunidad buena para salir corriendo. Puede que nunca la tenga y me tenga que conformar.

—¡Ah, no, eso sí que no! No te voy a permitir que pienses que, porque tu madre es así, los caballeros decentes van a huir de ti —añadió Elle enfadada.

—Gracias. —Lizzie sonrió y abrazó brevemente a la pelirroja.

—Lizzie, mamá dice que la sociedad sabe que no tenéis nada que ver, que ha comprobado que tú no eres así, así que te casarás con un buen partido que te va a querer a ti y juntos lidiaréis con la tía Cassandra —dijo Verly situándose al lado de su prima.

—Es verdad, Lizzie. Además, mamá también dice que somos un grupo muy suculento y que llamamos mucho la atención, así que levanta ese ánimo y no pienses cosas raras —concluyó Lia.

—En cualquier caso, no pasa nada por rechazar peticiones, no te vas a casar con el primer caradura que se acerque a tu padre y se lo pida. —Elle movió la mano con gesto teatrero—. Tienen el concepto de que hay que casarse para hacer un buen negocio, y qué mejor negocio para un varón que casarse con la hija de un conde o de un duque.

—Sí, pero como ya hemos comprobado, no corremos el riesgo de que nos vendan de esa manera. —Verly miró a su prima—. ¿Te acuerdas del conde de Kelsey? Qué desfachatez tuvo al presentarse en tu casa alegando que tú le habías dado esperanzas.

—¿Qué hizo el tío Robert?

—Echarlo diplomáticamente. Dijo que había estado hablando conmigo y que yo le había dado esperanzas, que quería su permiso para cortejarme como era debido. Papá se limitó a decirle que bajo ningún concepto se iba a creer que yo había dado esperanzas a un vividor que necesitaba desesperadamente una buena dote para saldar sus deudas con el juego. Por lo visto, había hecho una apuesta con unos amigos de que, sin lugar a dudas, encontraría un buen partido que le aportaría el dinero necesario. —Lizzie se encogió de hombros—. Empezó por la escala más alta y fue indagando hacia abajo.

—La cuestión es que sigue buscando esposa, ninguna parece convencerlo —explicó Verly.

—Necesita una buena suma de dinero y no todas las dotes son igual de sustanciosas, cualquier esposa no le vale —corroboró Lizzie.

—Qué cara más dura tienen algunos. —Elle arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—Fue divertido, papá me lo contó entre risas y lo llamó «pobre diablo». También mandó

aviso al tío Nick por si lo intentaba con Verly.

—Y lo intentó —aclaró la aludida.

—¿También quiso casarse contigo? —preguntó Lia—. Eso no me lo habías contado.

—Sí, y papá le dijo lo mismo que el tío Robert, y, si mal no recuerdo, también se divirtió y lo llamó «pobre diablo».

—Es que es un pobre diablo, ¿a quién se le ocurre? —comentó divertida Elle.

—La gente en la desesperación de buscar dinero hace cosas tan estúpidas como una apuesta a la caza de una buena dote… —empezó a argumentar Verly.

—Buenos días, señoritas.

Las cuatro se sobresaltaron y se dieron la vuelta.

—De compras, por lo que veo.

—Buenos días, lord St. Abbey. —Elle hizo una reverencia e Ian agachó la cabeza y le besó la mano.

—Buenos días, *lady* Baxter.

—Hola, primo Ian. —Lizzie hizo lo mismo que Elle y la respuesta fue la misma.

—Hola, Lizzie.

—¿Qué haces por aquí? ¿No estarás de compras tú también? —pinchó Lia a su hermano, para al final sonreír y guiñarle un ojo.

—No, hermanita, tenía asuntos en el banco —contestó Ian con voz burlona.

—Supongo que esos asuntos en el banco te tendrán entretenido mucho tiempo, ¿no?

—Verly sonrió y se cogió del brazo de Lizzie.

—No demasiado, y menos si lo dices por el pastel de carne que nos tiene preparado la cocinera. En efecto, voy a ir a comer; su excelencia tuvo el detalle de informarme esta mañana.

Verly sonrió y asintió a su hermano, satisfecha. Ian se volvió hacia su acompañante.

—Supongo que recordaréis a mi buen amigo lord Gabriel Bucker, marqués de Dexter.

Las cuatro damas le hicieron una reverencia y él inclinó la cabeza.

—Sin duda es un placer volver a verlas, hacía tiempo desde la última vez.

—Desde que milord se marchó a Hampshire y nos privó de su compañía —dijo Verly al tiempo que sonreía amable.

—He de decir que tengo excusa, los asuntos en Hampshire son de máxima importancia.

—¿Tanto como para perderse una temporada?

—No esperaba estar recluido tanto tiempo, *lady* Reicks, pero tenía que ponerme al día. Sin embargo, como ve, esta temporada estoy dispuesto a disfrutarla.

Elle, que parecía nerviosa por la presencia de Ian, concentró su atención en Gabriel:

—¿Contaremos entonces con la presencia de milord esta noche?

—Sí, tenía pensado acudir al baile de los Lisson —contestó Gabriel, que miraba a todas menos a Lia, mientras que la tensión entre ellos aumentaba.

—Pues allí lo veremos, lord Dexter —dijo Lizzie con tono concluyente, y cogió la mano de Lia.

Ian se percató de aquel gesto, y dirigió la conversación hacia la despedida.

—Pasen una buena mañana, señoritas.

—Muchas gracias, lord St. Abbey, lord Dexter.

Las cuatro hicieron la reverencia y continuaron su camino. Antes de girarse, los ojos

chocolate de Lia se fundieron en la tormenta azul de Gabriel.

—¡Por Dios! ¿Tiene que ser tan condenadamente guapo? —exclamó Lizzie.

—¿Quién? —preguntó Verly, divertida.

—Los dos, aunque a Ian estoy algo más acostumbrada…

—Una pena que quiera seguir soltero.

—Pues sí, me gustaría tenerte de cuñada. —Lia miró a Elle y le dio un beso.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Estoy bien, pero ha sido incómodo, me ha mirado solo una vez, y esperaba que en la siguiente ocasión que nos viéramos me saludara, por lo menos.

—Lo sé, debería haber sido más amable contigo. —Elle enganchó su brazo y logró que Lia sonriera—. ¿Y qué te parece?

—Que es rematadamente guapo.

—Cierto. —Verly sonrió a su hermana—. Y estoy segura de que se le pasará, Ian hará algo para lograrlo.

—Y esta noche vamos a hacer que baile contigo. —Lizzie cogió del brazo a Verly—. ¡Ya puedes ponerte guapa!

—Y tú también —añadió Verly mirando a Elle.

—Yo pienso ir de estreno, pero vosotras dos también tenéis que ir preciosas.

—Creo que mi hermana tenía en mente un vestido azul; créeme, va a ir guapa.

—Y tu Lizzie, más vale que hagas lo propio —dijo Verly apretando suavemente el brazo de su prima.

—Lo prometo. —Lizzie miró a Lia—. Y no te preocupes, hablarán de ello, estoy segura. Todo irá bien.

—Pues más vale, va a estar toda la temporada presente.

—Siempre tuve la impresión de que os gustabais —murmuró Lizzie.

—Él siempre me llamó la atención, pero nunca hizo nada para que yo supiera que también tenía interés por mí; claro, que yo tampoco hice nada, siempre hemos sido amigos.

—Tal vez que fueras la hermana de su mejor amigo lo cohibía —sugirió Elle.

—No lo sé, prefiero esperar y ver qué pasa.

Capítulo 5

—Espero que la próxima vez que la veas al menos la saludes.

—La he saludado.

Ian y Gabriel caminaban sin prisa en dirección a White´s. Habían quedado con James y Brandon para tomar una copa rápida antes del almuerzo.

—No, has saludado en general. Eso y nada es lo mismo. —Ian levantó la ceja y esperó la respuesta de su amigo.

—No me parecía oportuno saludarla solo a ella —afirmó Gabriel encogiendo los hombros.

—Pon las excusas que quieras. Pero sigo pensando que deberías hablar con ella.

—¿Hablar de qué, exactamente?

—Creo que deberíais solucionar las cosas. No podéis estar sin hablar. Además, el ambiente se pone muy tenso e incómodo.

—Ella fue la que se marchó a París sin decirme nada. Se pasó todo el verano sin abrir la boca. Si no llega a ser por ti, a lo mejor ni me entero.

—¿Y no quieres saber por qué no te lo dijo?

—Falta de confianza. Estoy seguro.

—Y yo estoy seguro de que no fue por eso. Y si alguien conoce a mi hermana soy yo.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Gabriel parándose en seco.

—Sugiero que vengas a comer a casa y hables con ella. Repito, la situación es incómoda.

—Está bien, iré a comer. Avisa a su excelencia. Ian asintió conforme y siguió andando.

—¿Has recibido la carta?

—Esta mañana. A primera hora.

—¿Y está todo bien? —indagó Ian.

—Sí. El dinero llegó bien. Era más bien una carta informativa para dar las gracias.

—Sigues pensando que fue lo mejor, ¿no?

—Sí. A pesar de que tuve mis dudas acerca de si había hecho lo correcto, al final asumí que tampoco tenía otra alternativa, que no fue un arrebato del momento. —Gabriel miró a Ian con el convencimiento en sus ojos.

—Yo nunca tuve ninguna duda sobre si fue un arrebato o no. Siempre he tenido claro que lo que hiciste era la única solución.

—Lo sé, pero asumirlo no fue fácil. No es algo que quisiera que pasara.

—Nadie en tu situación quiere que pase algo así. Estarías loco si lo hubieras deseado.

Pero me alegro de que las cosas ahora estén bien.

—Están bien y tranquilas. Con todo aclarado, solo falta solucionar algunas cosas. Pero estoy seguro de que se acabaran resolviendo. —En la voz de Gabriel se podía escuchar el alivio.

—Eso es lo mejor. Con todo más o menos en su sitio, ahora puedes centrarte en otras cosas más importantes.

—Como en hablar con tu hermana.

—Por ejemplo, sí. También puedes centrarte en buscar una marquesa de Dexter que te ayude.

Gabriel soltó una risa burlona ante la provocación de Ian y contestó:

—¿Por qué no buscas tú una buena marquesa de St. Abbey que te enseñe a comportarte?

A Ian se le escapó una carcajada y miró a su mejor amigo.

—¿Crees que tenemos remedio? —preguntó con diversión y en broma.

—Desde luego. Estoy seguro de que *lady* Baxter puede enseñarte educación y formas.

Ian entornó los ojos y soltó una risa después de que Gabriel se carcajeara a su costa.

—Está bien —dijo levantando las manos en señal de derrota—. Tú ganas.

Anna estaba detrás de Lia, peinándola. Estaba enganchando con elegancia dos pequeños mechones que acababa de trenzar al recogido que anteriormente le había hecho. Cogió el bonito cepillo de carey y peinó el resto del cabello cobrizo que caía en cascada hasta la altura de la cintura. Perfumó la piel de Lia con unas gotas de jazmín y sonrió a través del espejo.

—Lista —anunció la doncella.

—Muchas gracias, Anna. Siempre me dejas perfecta.

—Es mi trabajo, Lia. Pero me gusta que te sientas bien. ¿Está tarde vas a salir?

—No, tengo pensando pasar toda la tarde en la sala de costura con Verly.

—Perfecto. Entonces solo tengo que preparar el vestido para esta noche.

Lia sonrió a su doncella y se dio la vuelta al escuchar que alguien llamaba a la puerta.

—Adelante.

—Hola, cariño —saludó Emilia entrando en la habitación—. Veo que ya estás lista.

—Sí, Anna acaba de terminar de peinarme.

Emilia se fijó en el recogido que la doncella había elaborado y asintió. Se acercó a su hija y acarició el cabello que estaba suelto, colocándolo por delante.

—Un peinado perfecto, Anna. Como siempre.

—Gracias, excelencia. —Anna inclinó la cabeza y recogió el vestido que Lia se había quitado—. Tendré preparado su vestido para esta noche, *milady*.

—Muy bien, Anna. Gracias.

La doncella se retiró, dejando solas a madre e hija.

—Si ya estás lista, deberíamos ir bajando. No podemos hacer esperar a los invitados.

—¿Invitados? ¿Te refieres a Ian?

—No. Hablaba de Gabriel.

—¿Gabriel viene a comer? —preguntó nerviosa. Empezó a juguetear sin darse cuenta con unas horquillas que había sobre el tocador.

—Sí. Tu hermano lo ha invitado. Creía que lo sabías.

—No. Hemos visto a Gabriel y a Ian esta mañana, pero no han dicho nada de que lord Dexter fuera a venir.

—No se habrán dado cuenta. En todo caso, no podemos hacernos esperar demasiado. Verly aún no está lista —dijo Emilia negando con la cabeza.

Lia sonrió y dio un beso a su madre.

—Sabes que es una perfeccionista a la hora de escoger vestido. Tiene que bajar más que perfecta. Y a Daphne le encanta que sea así. Creo que poco puedes hacer.

—Entre el perfeccionismo de tu hermana, tu insistencia en que te tuteen y la dejadez que

tenía tu hermano, van a pensar que tengo unos hijos demasiado especiales y raros.

—Mamá. —Lia ladeó la cabeza, y levantó el brazo para que su madre le cogiera la mano—, te encanta que seamos especiales y raros.

Emilia alcanzó la mano de su hija y asintió.

—Es un alivio que lo seáis.

—¡Ah! Ya estáis aquí. Estaba a punto de ir a avisar a Scotland Yard para que os fueran a buscar.

Nick se acercó a su mujer y le tendió la mano.

—Sentimos mucho el retraso. Pero los cambios de vestuario nos entretienen. —Emilia hizo un gesto teatrero y miró a lord Dexter—. Gabriel, me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo.

—Dos años, excelencia. —Gabriel inclinó la cabeza y besó los nudillos a Emilia—. La última vez que nos vimos fue en Brighton, en verano.

—Cierto. Espero que lo que te haya tenido tan ocupado durante tanto tiempo esté solucionado.

—Problemas con los arrendatarios en la finca de Hampshire. Pero todo arreglado, y justo a tiempo para la temporada.

Lia, que había entrado en el salón con su madre, cansada de ocupar un segundo plano, se acercó hasta el marqués y lo miró orgullosa, sin ápice de nervios.

—Lord Dexter, me alegro de verlo tan pronto. —Lia saludó a Gabriel según el protocolo y él le besó la mano.

—Su hermano me ha invitado a comer. Dice que vuestra cocinera hace el mejor pastel de carne de todo Londres.

—A Ian le encanta el pastel de carne. No se lo tengas en cuenta si al final resulta que los has probado mejores —dijo Nick dando una palmada a Gabriel en la espalda.

—No hay mejor pastel de carne —intervino Ian—. Te lo puedo asegurar.

—Yo te apoyo, hermano. Es el mejor de todos —aseguró Verly entrando en el salón.

Saludó a Gabriel y se colocó al lado de su hermano, que la sonrió con dulzura.

—Gracias por ser la mejor hermana y apoyarme.

—¡Oye! Que yo también te apoyo —exclamó Lia fingiendo indignación.

—Discúlpame, *lady* Ofelia. Tú también eres la mejor hermana.

—Ya, claro. Arréglalo ahora.

Ian se acercó a su hermana pequeña y la abrazó fuerte.

—Como verás, Gabriel, ninguno de mis hijos tiene arreglo. —Emilia, que ya había tomado asiento, hizo un gesto de resignación que no ocultaba lo orgullosa que en realidad estaba de ellos.

—No se preocupe, excelencia, si yo tuviera hermanos, también me gustaría tener la relación que tienen ellos. —Gabriel sonrió a Emilia y esta le devolvió la sonrisa.

—¿Vas a ir esta noche al baile de los Lisson? —preguntó Nick.

—Sí, excelencia. Tengo pensado asistir. Voy a estar presente toda la temporada, y los condes son famosos por poner el mejor champán.

—Si es el mejor o no, se lo puede decir Lia. Dos años en París han hecho que haya probado las mejores burbujas francesas. —Verly sonrió y miró con cariño a su hermana.

—En ese caso, será un placer buscar a *lady* Ofelia para compartir nuestras opiniones.

—Estaré bailando, lord Dexter, pero si en algún momento de la velada me aburro estaré

encantada de darle mi opinión acerca del champán.

Gabriel, entendiendo su desplante, sonrió y saboreó el destello de inocencia que se le había escapado.

—Entonces tendremos que bailar, *lady* Ofelia. ¿Qué le parece? ¿Le gustaría compartir conmigo el primer vals?

—¡Eso es una gran idea! —exclamó enseguida Emilia para asegurarse de que Lia no volvía a cortar otra vez a Gabriel.

A Lia, tras el entusiasmo de su madre, no le quedó más remedio que aceptar.

—Será un placer, lord Dexter, compartir el primer vals con usted.

—Claro que sí. —Ian le dio unas palmaditas en el hombro a su hermana menor—. Por cierto, Gabriel, ¿no habías dicho que querías ojear un libro de la biblioteca? Lia, ¿por qué no lo acompañas? Eres la que mejor sabe dónde están los libros, y aún hay tiempo hasta que pasemos a comer.

—Por supuesto. ¿Me acompaña?

—No faltaba más.

Lia no acababa de entender la estrategia de su hermano al querer dejarlos solos, pero tenía claro que Ian pagaría por la encerrona que acababa de hacerle.

—Apenas me mira a la cara y delante de mi familia se reserva el primer vals. ¿No le parece un poquito sobreactuado?

—Preferiría que me siguieras tuteando.

—¿Se debe a algo en particular o es que somos amigos?

—Vaya, sabía que París te iba a cambiar. Pero no imaginaba que te iba a aportar tantas ganas de pelea.

—No me estoy peleando contigo, Gabriel —suspiró ella, pasando a llamarlo de tú a pesar de que seguía molesta con él—. Solo te digo que apenas me has dirigido la palabra desde que nos hemos visto. Perdona si me resulta raro que quieras bailar conmigo.

—Quiero bailar contigo porque me parece una buena idea. Al igual que me parece una buena idea que hablemos de todo lo que pasó. Me parece de niños pequeños el estar enfadados por algo que ocurrió hace dos años.

—Yo no estoy enfadada. Eres tú el que lo estás. Pero también entiendo el porqué.

—No estoy enfadado.

—Ah, ¿no?

Gabriel levantó las manos en señal de rendición y decidió continuar por otro camino.

La pequeña de los Hemsley no se lo iba a poner fácil.

—No. No lo estoy. Solo estoy molesto.

Lia esbozó una ligera y desganada sonrisa, y clavó sus ojos en él.

—Lo sé. Entiendo que lo estés. No te conté nada y te enteraste de mi partida precipitadamente.

—No fue por la precipitación de las cosas. Fue porque no confiaste en mí para contarme que te ibas. Me tuve que enterar por tu hermano. Verás, pensaba que después del verano tan bonito que estábamos pasando, tendrías la suficiente confianza para decirme que te ibas dos años.

—No fue por falta de confianza, Gabriel. Fue porque no encontré el momento, no sabía

cómo decírtelo. Tenía la sensación de que no te importaba lo suficiente. Veía que hablabas con Ian y solo a veces conmigo, notaba que algo fallaba y lo achaqué a una falta de interés.

—Me interesabas, yo… Me gustabas, solo que no sabía cómo reaccionar cuando estabas cerca. Siento que eso hiciera que pensaras justo lo contrario.

—Supongo que ya no importa, pero quiero que sepas que no fue por falta de confianza. Solo…

—No encontraste el momento. Lo entiendo. No te preocupes. —Gabriel ladeó la cabeza y contempló el rostro de Lia—. ¿Qué te ha hecho querer hablar conmigo?

—Verly.

—Tu hermana podía haber intervenido antes. Nos habría ahorrado dos años de dudas. Lia cerró los ojos y soltó una pequeña risa.

—Verly siempre hace las cosas en el momento oportuno.

—Deberíamos ir al salón. Seguro que el pastel de carne ya está listo.

—Claro. Vamos.

—Detrás de ti, Ofelia.

Gabriel observó cómo Lia arrugaba la nariz: señal de que algo no le gustaba, y frunció el ceño. ¿No le gustaba su nombre?

Capítulo 6

El vestido de seda color aguamarina se ajustaba de maravilla a las curvas de su cuerpo, el generoso escote dejaba ver la cremosa piel y el principio de unos senos que subían y bajaban con la respiración. Aquella noche su doncella le había recogido el cabello en un moño informal que le daba un toque especial al elegante traje de noche. Aquella tela entre el azul y el verde resaltaba sus ojos y sus mejillas rosadas, mientras que las luces del salón de los Lisson proporcionaban un increíble juego de brillos cuando caminaba o bailaba.

En la mano derecha llevaba el carné de baile, un pequeño libro en forma de abanico que, a pesar de haber bailado con la mayoría de los caballeros, estaba en blanco. Con aquello, Ofelia demostraba que no era muy dada a escribir sobre los éxitos, si llevaba aquel carné de baile era porque todas las damas lo llevaban, ya que era esencial para ellas. Las acompañaba durante toda la temporada y lo mostraban felices y orgullosas a las demás.

En el salón de baile se podía encontrar a lo más jugoso de la temporada y mientras unos preferían danzar al ritmo de la música que tocaba la orquesta aquella noche, otros preferían mantenerse en grupo y charlar sobre esto y lo otro, mientras observaban cómo acontecía el evento.

Muchas de las damas se arremolinaban en torno a los grupos de caballeros, con la esperanza de que alguno les pidiera el siguiente baile, aunque la mayoría de las jóvenes estaban más interesadas en hacer amistad. Sin duda, ser amiga de los partidos de la temporada te daba acceso a que los caballeros con posición elevada se acercaran con más facilidad.

Las cuatro amigas estaban en un lado del salón y, mientras los demás grupos de señoritas cotorreaban sobre con quien habían bailado y con quien querían bailar, ellas se centraban en otro tipo de conversación:

—No entiendo por qué tenemos que llevar esto a todos los bailes, no sirve para nada —masculló Elle agitando con desprecio el carné de baile que pendía de su muñeca—. ¿Tú has escrito algo?

Lia sonrió y abrió su carné de baile en blanco mostrándoselo a su amiga.

—No, me parece una tontería.

—¿Dónde está Lizzie? —preguntó Verly.

—Está bailando con su padre. Cuando te fuiste a hablar con tu madre se acercó y le dijo que bailara con él. Ya sabes que la tía Cassandra no es muy buena bailarina.

—La verdad es que yo nunca la he visto bailar —apuntó Elle.

—Siempre lo evita, lo que hace que el tío Robert tenga que bailar alguna pieza con Lizzie; menos mal que a ella no le importa bailar con su padre —comentó Verly observando a su prima.

Las tres damas seguían observando a Lizzie bailar cuando un grupo de solteronas que andaban por el salón de baile las empujó ligeramente echándolas hacia atrás, sin percatarse de la situación. Ni siquiera las habían visto.

—Tengo entendido que los asuntos en Hampshire lo tienen ocupado, por lo visto ha tenido ciertos problemas con los arrendatarios —comentó una de ellas.

—Problemas con los arrendatarios, ¡ja! Qué descaro llamarlo así, los rumores indican que

visitaba la casa de una joven viuda a la que ha dejado embarazada.

—Según yo tengo entendido —añadió otra mujer que estaba en el grupo—, todo este tiempo ha estado allí haciéndose cargo de la criatura, por lo visto quiere hacerlo legítimo.

—¡Qué escándalo! Siempre supe que lord Dexter era un notorio sinvergüenza, pero de ahí a que no quiera ocultar el asunto y le dé sus apellidos a la criatura, me parece una broma.

—Desde luego, si sus planes son los que dices, no entiendo por qué pone la excusa de los problemas con los arrendatarios, debería decir la verdad.

—¿De qué están hablando? —La voz de Lia apenas se escuchó.

—Parece que los rumores acompañan a Gabriel —susurró Verly.

—¿Por qué estáis hablando tan bajito?

Las tres se dieron la vuelta y vieron a Lizzie, que acababa de terminar de bailar con su padre.

—¿Tú has escuchado el rumor de que Gabriel ha dejado embarazada a una viuda de Hampshire y ha estado todo este tiempo cuidando del bebé? —le preguntó Elle sin levantar la voz.

—¡Por Dios, no! No he escuchado nada de eso.

—Por lo visto, y según esas mujeres, quiere que sea legítimo y darle sus apellidos —añadió Lia visiblemente molesta.

—No me creo que Gabriel esté metido en un escándalo como ese. —Verly se acercó más a su hermana.

—Yo tampoco me creo nada de eso. Como os he dicho, mi hermano comentó que estuvo en Hampshire y vio a Ian, pero no a Gabriel —dijo Elle intentando tranquilizar la situación.

—Eso no significa que el rumor no sea verdad —apostilló Lia.

—Cierto, pero ya sabes cómo funcionan los corros de mujeres solteronas, se inventan de todo con tal de hablar de algo. —Lizzie torció la cabeza y se llevó a Lia de allí.

—¿Por qué no vas junto a tu hermano e indagas sobre ese viaje a Hampshire? A lo mejor Ian le comentó dónde estaba —le sugirió Verly a Elle.

—Voy a intentar bailar con él, dadme unos minutos.

Elle se alejó del grupo y se dirigió hacia donde estaba su hermano, la siguiente pieza estaba a punto de sonar y sus amigas vieron cómo la pelirroja conseguía engatusarlo.

—Lia… sinceramente, no creo que Ian te haya mentido en algo tan serio como eso —dijo Lizzie.

—Es verdad, una cosa es que no cuenten con detalle lo que les sucede durante el año, y otra muy diferente es no decir que su mejor amigo quiere darle sus apellidos a un hijo bastardo. —Verly sonrió a su hermana.

—Ian jamás contaría algo así y mucho menos si Gabriel se lo ha pedido.

—Puede que tengas razón y el primo Ian esté ayudando a Gabriel en el asunto. —Lizzie miró a Ian que estaba en la otra punta del salón y añadió—: Pero si algo tengo claro es que jamás permitiría que Gabriel se acercara a ti, si eso fuera verdad.

—Es verdad, nunca dejaría a Gabriel acercarse a ti. Sin embargo, lo ha llevado a comer a casa para que pudierais solucionar las cosas. Y delante de él, Gabriel te ha pedido el vals. —La voz de Verly sonaba tranquilizadora.

—Todavía tienes que bailar con él, así que deja de hacer caso a los rumores maliciosos de

un grupo de solteras aburridas, y céntrate en que Ian siempre te va a proteger.

Lia miró a Lizzie y asintió, desvió su mirada a Elle y se dispuso a escuchar la información de la pelirroja, que acababa de regresar junto a ellas.

—Mi hermano me ha dicho que fue a Hampshire por un viaje de negocios y que allí estuvo con Ian, y que no vio a Gabriel porque ni siquiera estaba en Hampshire. Está seguro de que es verdad porque primero fue a la casa de Gabriel y allí no estaba, después fue a la de Ian, y vuestro hermano le dijo que estaba de viaje. Le he preguntado si Ian le dijo dónde se había marchado, pero no me lo ha querido decir.

—¿Cómo que no te lo ha querido decir? —quiso saber Lizzie.

—Pues que sabe dónde estaba Gabriel, o bien porque Ian se lo dijo, o bien porque Gabriel se lo ha dicho después, pero no me lo ha querido decir. Lo que es cierto es que ni siquiera estaba en Hampshire. Si tuviera un hijo al que quiere dar sus apellidos, lo normal es que estuviera allí y no de viaje.

—¿Sabéis?, esto es ridículo.

Verly sonrió a su hermana, y las cuatro amigas siguieron caminando por el salón esquivando a todos los curiosos.

El baile estaba en pleno apogeo, pero los músicos todavía no habían tocado las piezas importantes, entre ellas el vals principal, y, en vista de los acontecimientos, Lia decidió escabullirse unos minutos.

En un momento de la noche, mientras regresaba con sus amigas, se había visto engullida por una masa de solteras que se habían levantado del rincón donde siempre solían situarse, y le habían preguntado de todo lo habido y por haber. Cuando por fin pudo salir del corro que aquellas mujeres habían formado, se escabulló por la primera puerta que había encontrado abierta, se cruzó con varios grupos de mujeres y hombres que charlaban animosamente por separado alejados del ruido de la música, y se encaminó por un pasillo ancho iluminado por dos lámparas de araña. En mitad de aquel recorrido había un balcón abierto que daba a los jardines y que sin duda reducía el calor de las velas en el ambiente del pasillo. Comprobó que, a pesar de estar en medio de la estancia, el balcón estaba vacío y proporcionaba privacidad, justo lo que necesitaba ella.

Salió fuera y notó como el aire de la noche le rozaba suavemente su pálida piel, cruzó los brazos alrededor del pecho y sus dedos enguantados se apoyaron sobre la piel desnuda del brazo. Permaneció en esa postura unos minutos mientras observaba la oscuridad de los jardines.

—Ofelia, ¿qué haces aquí tan sola?

Lia se asustó y rápidamente se dio la vuelta.

—Gabriel.

—¿Te he asustado? Lo siento, no era mi intención.

—No te preocupes, no pasa nada, es que no esperaba que alguien pasara por aquí. —Gabriel asintió.

—Te estaba buscando. El vals principal va a empezar dentro de poco y quería saber si aún deseas bailarlo conmigo.

—Claro.

—Empezará dentro de dos piezas.

Lia asintió y se dio de nuevo la vuelta. Gabriel salió al balcón y se situó a su lado.

—No es muy prudente que estemos aquí solos; si alguien nos ve puede que se produzca un escándalo… —murmuró Lia.

Gabriel sonrió.

—No creo que pase nadie por aquí. Como tú has dicho, no esperabas que alguien pasara.

—Pero no podemos arriesgarnos.

—No estamos haciendo nada, solo estamos charlando. ¿Qué hay de malo en eso, Ofelia? —Lia clavó su mirada en él.

—Supongo que nada, pero si alguien nos descubre, te lo estaré recordando hasta el final de mis días.

Gabriel soltó una carcajada.

—¿Tan malo sería que te pillaran aquí conmigo? —Lia se ruborizó y tragó saliva.

—Sí… No… Bueno… Yo… —Lia levantó la mirada y vio la burla en los ojos marinos de Gabriel y apretó los dientes; no era una experta en esos menesteres, pero no era tonta como para no darse cuenta de que se estaba divirtiendo a su costa. Así que se puso firme, se tragó los nervios que Gabriel le provocaba y, con seguridad, procedió—: Puede que sí, al fin y al cabo, un escándalo nos puede reportar cosas que quizás ninguno de los dos queramos.

Gabriel abrió los ojos sorprendido y torció su sonrisa, dispuesto a provocarla.

—¿A qué te refieres exactamente, Ofelia?

—¿De verdad te lo tengo que explicar? Pensaba que un hombre con tu recorrido estaría más versado en cuanto a las consecuencias que puede producir un encuentro de esta índole. —Lia sonrió al comprobar que estaba desconcertado. Aun así, no se dejó llevar por el éxito y prosiguió —: Es cierto que si ahora nos pillaran solo nos encontrarían hablando, pero tú eres un hombre soltero, y yo una joven debutante que está sola sin la compañía de ninguna chaperona. ¿Cómo crees que reaccionaría su excelencia el duque de Blashword, cuando le llegue la información de que su hija pequeña ha sido vista en un balcón tenuemente iluminado, en compañía de un hombre y sin el respaldo de una carabina? Sin duda no le va a gustar, y aunque me crea cuando le explique que solo estábamos charlando, el escándalo será notorio, el rumor se extenderá por el salón, seremos pasto del cotilleo durante el resto de la temporada, y seguramente nos miren con los ojos de la vergüenza. Dime, lord Dexter: ¿qué opinará tu madre, *lady* Georgina, duquesa de Wells, cuando sepa que su hijo está dejando que la pequeña de los Hemsley sea pasto de la vergüenza, porque él consideró que no había nada de malo en charlar? Estoy segura de que a su excelencia *lady* Wells no le va a gustar. Pregúntate esto, lord Dexter, ¿te apremiará a hacer algo que quizás no has considerado todavía, dada tu famosa forma de vivir la vida? —Lia lo observó y sonrió—. Sin lugar a duda, el resultado sería nefasto para los dos. ¿Sigues pensando que es buena idea continuar aquí?

Gabriel no respondió y Lia torció la sonrisa con el gesto de burla en sus ojos.

—Sí, sigo pensando que es buena idea continuar nuestra charla, *lady* Ofelia, pero te he prometido un baile que está a punto de empezar…

—En ese caso vayamos al salón, lord Dexter, no seré yo quien te haga faltar a tus promesas, y mucho menos las hechas a una dama en presencia de su familia. —Gabriel parpadeó y la contempló alucinado, Lia sacudió levemente la cabeza y prosiguió en su burla—: Si te parece,

me cogeré de tu brazo, tengo entendido que esa es la postura apropiada para acompañar a una dama cuando se la va a sacar a bailar.

Lia pasó su brazo por el fuerte brazo de Gabriel y lo apoyó suavemente, y en silencio llegaron al salón donde los primeros acordes del vals principal empezaban a sonar.

—¿Sabrás moverte o también en esto te tengo que guiar? A mí no me importa, pero estoy segura de que para ti será una vergüenza, y tampoco quiero ser la culpable de que se te acuse de falta de hombría.

Gabriel abrió la boca anonadado, y para su suerte, esta vez sí encontró las palabras.

—Te sabré guiar, Ofelia, no te preocupes, mi hombría es bastante potente. —Lia soltó una risa, y se puso en posición.

El vestido rozaba las piernas de ambos y se movía al compás de la suave y deliciosa melodía. Gabriel resultó ser un compañero de baile excelente y Lia estaba disfrutando de la delicada pieza de baile, y de la fuerte sujeción que los brazos de Gabriel le proporcionaban. El roce de la mano en su espalda le erizaba la piel, pero dispuesta a no dejarse amedrentar por aquel hombre, disimuló como pudo el nerviosismo que él le provocaba.

En algún momento de la pieza, Lia lo miró directamente a los ojos y descubrió en ellos algo que no supo identificar, pues era la primera vez que la miraban con esa intensidad. Los ojos de Gabriel eran de un azul profundo y oscuro, propios del mar cuando hay tormenta en invierno, pero en ellos se podía ver el brillo de la vida y estaban lejos del enfado propio de las aguas marinas en esos días.

Durante todo el baile, Gabriel la guiaba con seguridad por el salón, y esa seguridad le encantó a Lia. Por un momento, se dejó llevar por sus pensamientos y descubrió que en sus brazos se encontraba a gusto y segura, y eso era nuevo para ella, ya que hasta ahora ese sentimiento solo lo había encontrado en su padre y en su hermano.

Se fijó en los musculosos brazos que la rodeaban y la acompañan en la suave melodía; se percató de que el calor de las manos de Gabriel atravesaba el vestido hasta llegar a la piel, y sintió ese profundo ardor en su cuerpo, pero lo achacó al sofocante calor que hacía en el salón a consecuencia de las velas que iluminaban la estancia y a la cantidad de gente que había acudido esa noche.

Mientras había estado hablando con Elle, su mirada se había desviado hacía Gabriel, y había observado cómo sus piernas fuertes acogían a la perfección el pantalón y cómo su ancha y musculosa espalda se acoplaba a la chaqueta, y ahora que lo tenía cerca, podía comprobar cómo todo aquello rezumaba masculinidad. Sin duda, Gabriel era un hombre peligroso, que le hacía sentir emociones nuevas.

—Estás muy callada, Ofelia.

—Estaba pensando en lo poco que me gusta que me llamen por mi nombre completo.

—¿No te gusta?

—No, en absoluto.

—¿Prefieres que te llamen Lia?

—Sí, así es como me llaman mi familia y mis amigas.

—¿Por qué no te gusta tu nombre? Tienes el nombre de un gran personaje de Shakespeare.

—Lo sé, sé quién es Ofelia, he leído la obra cientos de veces, y mis padres me pusieron ese nombre en honor a mi abuela, porque *Hamlet* era su obra preferida. Me gusta mi nombre, no me disgusta en absoluto, pero Lia hace que me sienta… más querida. Así solo me llaman las personas que de verdad son importantes y me conocen.

—Entonces, si te parece bien, te llamaré Lia.

—Claro… Gracias.

—Entonces, Gabriel y Lia.

Gabriel repitió los nombres para sí mismo, y comprobó que juntos sonaban bien.

—¿Por qué no te pusieron el nombre de tu abuela si querían hacerle el honor?

—Porque como ella se llama mi hermana. —Lia se encogió de hombros y miró a Gabriel a los ojos, que sintió que aquella mirada lo atravesaba.

—Así que tu abuela se llamaba Beverly. Ian nunca me lo comentó.

—No conocimos a nuestra abuela, murió antes de que naciéramos, pero era una mujer increíble, al menos eso dice papá. A Beverly, al igual que a mí, tampoco la llamamos por su nombre completo; mi hermana para la familia y las amigas es Verly. Al contrario que a mi abuela, que sí la llamaban Beverly.

—¿A tu prima *lady* Elizabeth y a *lady* Michelle las llamáis de una forma especial también?

Lía sonrió de nuevo y asintió.

—Mi prima es Lizzie y Michelle es Elle, pero solo entre nosotras. Gabriel asintió.

—Verly, Lizzie, Elle y Lia. Un grupo sin duda interesante.

—¿Tú también lo piensas?

—Como todo el mundo. Supongo que te has dado cuenta.

—Es difícil no darse cuenta, cuando todo el mundo nos mira y comenta. —Vio que Gabriel asentía—. Supongo que a ti te pasa lo mismo. —Gabriel la miró interrogante y ella le explicó—: Tú, al igual que mi hermano, eres el partido de la temporada. Todas las damas quieren casar a sus hijas con vosotros; es el rumor que corre por el salón cuando entráis.

Gabriel sonrió. Sin duda, la pequeña de los Hemsley no se dejaba impresionar y no se iba a dejar amedrentar. Aun así, lo intentó de nuevo.

—¿Qué opinas de tu nuevo nombre? —Lia resopló.

—Que me comparen con un delicioso postre francés es a lo menos un sacrilegio; los chefs franceses deben de estar planeando su venganza para cuando todo esto acabe.

Gabriel soltó una carcajada.

—Eres divertida.

Lia sonrió tragándose los nervios.

—Gracias. ¿Te parecía antes aburrida?

—No, para nada —respondió Gabriel enseguida; Lia también era inteligente—. Pero la última vez que te vi tenías dieciséis años, eras una niña. Tenía la imagen de una señorita correteando por la playa, pero dudo que ahora después de dos años fuera y sola, como quien dice, corretees por la playa, te imagino más… sentada en la arena leyendo un libro.

—La imagen del libro se acerca más. Sé que solo han pasado dos años, pero ya no me siento como la adolescente recién llegada a París.

—Ya no queda nada de la adolescente que yo recordaba. —Gabriel se interrumpió de pronto, consciente del fallo que acababa de cometer al decir aquello en voz alta.

—¿Pensabas que siempre sería una adolescente?

—Nunca te imaginé de manera diferente.

Lia intentó pasar por alto ese último comentario.

—Supongo que no podrías imaginar otra cosa. Un verano no es suficiente para conocer a una persona, y más cuando estás pasando las horas estivales con tu camarada de travesuras. Estoy segura de que, tanto Ian como tú, causasteis furor en Eton.

—Algo así.

Las últimas notas del vals sonaron, y Gabriel fue reduciendo la velocidad, comprobando cómo Lia lo seguía a la perfección. Sin duda también era una excelente bailarina.

—Me ha gustado compartir contigo el vals.

—A mí también.

—Tal vez en otra ocasión podamos bailar otra pieza.

—Tal vez en otra ocasión.

Atravesaron el salón en dirección a donde esperaban las amigas de Lia.

—Señoritas, les dejo a su amiga, como ven la he tratado bien.

—No esperábamos menos, lord Dexter.

Gabriel asintió y cogió de la mano a Lia besándole los nudillos.

—Un placer, Lia.

Ella sonrió e hizo una reverencia.

—¡Pero vamos a ver! ¿Tan fea estoy?

—Pero ¿de qué hablas, Elle?

Lizzie acarició el brazo de la pelirroja, que acaba de volver después de bailar con un caballero muy atractivo.

—¿Te ha dicho algo? —quiso saber Verly, que estaba sorprendida por la pregunta.

—No. Ha sido muy amable y muy caballeroso. Lo pregunto por tu hermano. —Verly sonrió y se mordió el labio divertida.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lia, que acababa de llegar—. Se te ve enfadada.

—¿Crees que soy fea?

—¡Elle! —exclamó Lizzie, pero se calló cuando la pelirroja levantó la mano para que dejara contestar a Lia.

—No. Claro que no, eres preciosa.

—¿Este vestido me queda mal?

Verly suspiró y Lia la miró extrañada.

—Contéstala. De lo contrario no va a parar.

—Elle, cariño, llevas un vestido lindísimo.

—¿Doy la sensación de ser desagradable o poco simpática? —Lia puso los ojos en blanco y contestó:

—No sé a qué viene este cúmulo de preguntas tontas, pero no. No das la sensación de ser desagradable ni poco simpática, porque no lo eres.

—Pues entonces ya me contarás que problema tengo para que el condenado de tu hermano saque a todas a bailar menos a mí. ¡Pero si hasta ha bailado con *lady* Brenda Gosling! ¡Qué es la mujer más fea de Inglaterra!

Las tres damas no pudieron evitar reírse ante el puchero de la pelirroja.

—Elle, de sobra es conocido que mi primo está ciego.

—Tu primo no está ciego, Lizzie. Tu primo tiene un problema conmigo. Y como que me llamo Michelle Baxter, lo voy a descubrir.

—Mi hermano no tiene ningún problema contigo, Elle, si no te ha sacado a bailar es porque no se ha dado cuenta —dijo Verly intentando animar a su amiga.

—¿Soy invisible, entonces?

—Ian es medio tonto. Eso está claro. Cariño, no sé por qué no ha bailado contigo, pero te prometo que lo averiguaremos. —Lia acarició el pelo rojo intenso de Elle y esta le sonrió sin ganas.

—Cansada me tiene, cansada y enfadada.

—Y si te digo que nos vamos a Brighton, ¿te animas?

—¡A Brighton! —corearon Verly y Lizzie.

—Sí. Mamá y papá han invitado a los duques de Betland y a los tíos. Ni la tía Casandra ni el tío Robert pueden venir, pero papá se ha asegurado de que tú vengas —dijo Lia mirando a su prima Lizzie—. Y tus padres han confirmado que vais a ir, el único que no puede es tu hermano James.

—Sí. Se marcha a Oxfordshire.

—¿Y los Bucker? —preguntó curiosa Verly.

—Sí. Para mis eternos nervios, también vienen.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar? —indagó Elle.

—Una semana.

—O sea que vas a estar una semana con Gabriel. —Lizzie sonrió de oreja a oreja.

—Sí. Y la pelirroja va a tener una semana para tentar al idiota de mi hermano.

Elle sonrió feliz y desvió su mirada hacia Ian, que estaba hablando con su hermano.

¿De qué se estarían riendo?

Michelle estaba contemplando cómo Lia bailaba de nuevo con Gabriel y sonrió. La tensión que destilaban se podía respirar con absoluta certeza. Siguió observándolos unos minutos más, hasta que alguien se puso a su lado para distraerla.

—¿Sonríe por algo en especial, *lady* Michelle?

Elle se quedó paralizada ante la figura de Ian, e intentó tranquilizarse.

—Me gusta ver bailar a Lia y a Gabriel.

—Lo hacen bien. ¿Cree que podemos hacerlo mejor?

—No, si me sigue llamando de usted. Preferiría que me llamara Michelle.

—Creía que preferirías Elle.

—Está claro, lord St. Abbey, que conoce mis preferencias. ¿Es por algo en especial?

—Para nada. Solo es porque he escuchado a mis hermanas y a mi prima llamarte Elle. No pienses que te he estado observando.

—¡Ay! ¡Qué decepción! Con lo que me gustan los caballeros observadores… Una pena, lord St. Abbey.

Ian abrió la boca, desconcertado, e intentó recuperarse.

—Veo que te gustan los caballeros observadores pero que tú lo eres muy poco.

—¿A qué se refiere?

—A que prefiero que me llamen Ian.

—¿De verdad? Estaba convencida de que preferirías Corsario[1]. Pero entiendo que me pidas que te llame Ian.

El marqués volvió a abrir la boca y la cerró rápidamente.

—¿Cuál de mis dos hermanas es la traidora que te lo ha contado? —Elle se mordió el labio juguetonamente.

—Se dice el pecado, pero no el pecador.

—Van a morir.

Elle se rio feliz y clavó sus ojos en Ian.

—Es agradable que te guste lord Byron.

—¿A ti te gusta?

—Sí. Pero prefiero a Shelley.

Ian arrugó la nariz levemente en un gesto que encantó a Michelle.

—Podemos hablar de poesía cuando quieras.

—En una semana en Brighton encontraremos el momento. Por ahora, ¿qué te parece si bailamos?

—Una idea increíble. Cómo no se me habrá ocurrido antes.

Ian cogió del brazo a Michelle y la llevó al centro del salón justo cuando las primeras notas del vals comenzaban a sonar.

Cuando el baile finalizó y lord Dexter llegó a su casa, subió directamente a su habitación y, sin llamar la ayuda de cámara, se desnudó. No paraba de pensar en la conversación que había tenido con Lia. ¡Se había burlado de él! ¡Se había quedado sin palabras! ¡Lo había manejado a su antojo como si fuera un niño pequeño en vez del hombre experimentado que en realidad era! ¿Cómo era posible que aquella joven jugara con él de esa manera? Cuando la siguió tras haber conseguido escabullirse del grupo de solteronas, lo último que pensaba es que ella se escondería en un balcón. Poético, ¿no? Y desde luego nunca se hubiera imaginado que ella saldría reforzada después de haber conseguido ruborizarla, ¡por Dios! Era como si eso le diera fuerzas para bandearlo a su antojo, que era exactamente lo que había pasado. Aún notaba en su cuerpo cómo ella le había cogido del brazo y había enganchado el suyo, cuando él no había podido reaccionar después de aquellas palabras tan directas. Aún percibía el cuerpo cálido y suave de Lia cuando la estaba llevando por el salón, sus mejillas arreboladas, su respiración agitada, sus ojos clavándose en su mirada. Le sería difícil olvidar aquella sonrisa que había conseguido marearlo, aquellos labios provocadores que quería besar y morder. Con gusto la habría llevado otra vez al balcón para acabar con aquella tortura exquisita que Lia le provocaba; con mucho gusto la habría besado hasta dejarla exhausta, le habría acariciado el cuerpo y llevado al séptimo cielo. Aquella diosa se había cruzado en su camino para reírse, para provocarle, para hacerle ver que era un bocado que él no podía tener, que para poder probarla tendría que hacerle unas promesas que desde ese mismo momento se le antojaban posibles. ¿Querría Lia ser suya? ¿Habría sentido ella la avalancha de calor mientras bailaban? Dios, por más que lo pensaba, más se excitaba, Lia había conseguido con sus palabras descolocarlo, burlarse, para finalmente torturarlo. ¿Era consciente

ella del poder que tenía sobre él?

Para Gabriel, la sensación era nueva, ninguna mujer antes había conseguido lo que Lia había provocado en una sola noche. Ninguna mujer lo había retado, no había mujer que lo hubiera ganado, ninguna le había arrebatado la cordura hasta el punto de sentirse un novato

¡Se había metido con su hombría! ¡Por Dios! Nadie había hecho eso antes.

La agitación que había sentido mientras bailaban era nueva para él; ese tipo de emoción era la primera vez que la vivía, y pensar que iba a estar bajo el mismo techo que ella una semana le parecía un ejercicio de fuerza de voluntad. Y lo peor es que no sabía qué pensaba ella, pero si algo tenía claro era que lo descubriría.

1 Corsario, famoso poema de lord Byron.

Capítulo 7

La familia Hemsley, en compañía de Lizzie, viajaban en el compartimento privado de primera clase del tren que iba a Brighton.

El traqueteo del tren durmió enseguida a Verly y entretuvo a Lizzie. Nick leía el periódico mientras Emilia escribía algo en un cuaderno viejo y gastado. Lia observaba los quehaceres de su familia, hasta que sus ojos se encontraron con los de Ian. Su hermano le sonrió, ladeó la cabeza y soltó una risotada silenciosa; sin duda, había descubierto lo que pasaba por la inquieta cabeza de Lia. Y esta lo comprobó cuando en sus labios puedo leer: «luego hablamos». Lia sonrió y asintió, convencida de que eso era lo que necesitaba.

Mientras el tren se acercaba a Brighton, Lia se relajó poco a poco. El mar la tranquilizaba, le daba paz, en esa casa sentía que lo tenía todo, estaba acostumbrada a estar allí. Londres le encantaba, pero necesitaba pasar más tiempo en la ciudad, acostumbrarse a todo lo que conlleva ser una debutante. Y en su casa, en su entorno, con el sonido de las olas a lo lejos, sabía que encontraría cierto halo de comodidad consigo misma. Pero tenía miedo de no encontrar aquello, porque durante la semana iba a estar él rondando por la casa, se lo encontraría en las estancias, en el jardín; iba a ser una tortura tenerlo tan cerca tanto tiempo, iba a ser incómodo verlo y no poder hacer nada para liberarse de aquello que la encadenaba.

¿Cómo debía reaccionar? ¿Cómo debía comportarse? No sabía lo que pensaba él ni tampoco sabía a lo que atenerse, esa sensación que la invadía cuando bailaban era desconocida para ella, todo era nuevo.

Siempre había pensado que sería fuerte, que no se dejaría acobardar cuando aquellas sensaciones sobre las que tanto había leído le asaltaran a ella. Pero a Gabriel le había bastado una noche para hacerla sentir que era mujer. Para provocarle las ganas de querer más y más, y tenía miedo, pero no podía dejar que aquello la dominara… Tenía que mostrarse entera y no desfallecer cuando él pasara por su lado. Sería capaz de demostrar que era fuerte y que podía ser igual de peligrosa que él.

La majestuosa mansión se levantaba orgullosa. Los carruajes se agolparon en la entrada y fueron saliendo; hacía calor, y los trajes de viaje no ayudaban.

Cuando entraron en la casa, el olor a narcisos reinaba. Los habían colocado en enormes jarrones repartidos por todas las habitaciones. Los suelos eran de madera de roble y la mansión estaba provista de grandes ventanales que miraban hacia el mar. Todo en ella era precioso y de un gusto exquisito. La doble escalera que se encontraba en la entrada y daba acceso a la parte de arriba tenía un pasamos tan ancho que cuando Verly y Lia eran pequeñas había sido la delicia de sus juegos; por esa barandilla firme se habían deslizado y habían caído docenas de veces. Ahora, cuando recordaban sus juegos que nada tenían que ver con los de las demás damas, se reían felices por su infancia.

—Necesito quitarme el vestido de viaje, hace calor —se quejó Elle.

—Sí, yo también —dijo Lizzie tocando la tela de su vestido.

—Pasemos al salón, hay limonada fresca y el ambiente es menos caluroso, descansaremos allí hasta que todo esté dispuesto —sugirió Emilia.

El salón era muy espacioso y tenía un enorme ventanal frontal que hacía las veces de mirador. Desde allí se podía contemplar el mar en todo su esplendor. La limonada estaba servida en jarras de cristal y fue un alivio probarla, les quitó la sed y apaciguó el calor.

Cuando todo estuvo preparado, pudieron subir a las habitaciones.

Lia abrió la puerta blanca de su estancia privada, y el olor a rosas la inundó. Localizó las delicadas flores blancas en un pequeño jarrón en el aparador que había al lado de la ventana.

—¿Quieres ponerte el vestido de tarde azul? —Lia se volvió hacia Anna y asintió.

—Sí, necesito quitarme este.

—Ya tienes listo el baño; no te lo he calentado demasiado, supongo que tienes calor.

Anna ayudó a Lia a quitarse el vestido y cuando se metió en la bañera se relajó al instante: era agradable, el agua estaba templada y Anna le había añadido aceite de jazmín. Lia jugó un instante con las burbujas de jabón, y después se acarició el cuerpo con la espuma.

Cuando su piel estuvo limpia y fresca, salió de la bañera y se soltó el pelo que había recogido con las horquillas enormes de carey. El cabello le cayó ondulado y en cascada hasta la altura de la cintura y se lo peinó con los dedos. Anna la ayudó a ponerse el vestido de tarde; era de un azul claro y con una tela ligera que se movía con gracia cuando caminaba, se lo había traído de París y le recordaba a las tardes de paseo por los Campos Elíseos. La doncella le había recogido su pelo cobrizo en una trenza ladeada en forma de espiga y le había colocado de forma elegante los mechones que se escapaban.

Cuando Lia bajó por las escaleras, lo primero que vio en la entrada fue a Gabriel, que hablaba con lord William Bucker, duque de Wells, su padre. Los dos hombres eran imponentes y de un parecido considerable; mientras lord William era moreno, Gabriel había heredado el cabello castaño claro de su madre, pero los ojos azules como el mar en las tormentas de invierno eran iguales. Estaba contemplando a Gabriel cuando su propio padre se acercó a ellos; los tres caballeros hablaron sin percatarse de su presencia hasta que Nick levantó la vista y la vio.

—Lia, estás muy guapa.

—Gracias, papá. —Lia le dio un beso en la mejilla y le sonrió—. ¿Verly, la prima o Michelle han bajado ya?

—*Lady* Michelle está en el salón hablando con mi madre —respondió Gabriel. Lia lo miró.

—Gracias.

Se agarró al brazo de su padre y con los tres hombres caminó hasta el salón. Elle se levantó en cuanto la vio entrar.

—¡Lia, mañana vamos a ir al mercado que hay en el West Pier[2] para comprar helados!

—Eso es estupendo, me muero por un helado de fresa —dijo Lizzie, que entraba también en ese momento con lord Richard Baxter, duque de Betland.

—¿De fresa? ¡Oh, Lizzie! ¿Cómo puedes ser tan cursi? —se burló la pelirroja.

—Me gusta la fresa. —Lizzie se encogió de hombros y dio un beso a Elle—. ¿De qué lo vas a tomar tú?

—De vainilla.

—¿Y eso no es cursi?

—No, no es rosa.

—¿Todo lo rosa es cursi?

—Sí.

Lia soltó una carcajada al ver que Lizzie ponía morritos.

—Si te sirve, yo lo quiero de moras, que es igual de cursi que el de fresa.

Lizzie sonrió y sacó la lengua a Elle, que ponía los ojos en blanco, lo que provocó una carcajada general.

—Está claro que los gustos de las encantadoras y jóvenes damas son muy diversos. ¿Qué os parece si mientras ellas se divierten en el mercado, nosotros probamos la pesca? —sugirió Nick.

—Me parece perfecto: una mañana de pesca —contestó Richard, duque de Betland.

—Yo también os acompaño —se animó el duque de Wells.

—Nosotros no os acompañaremos —intervino Gabriel—. Ian y yo queríamos revisar unos asuntos.

Ian, que acababa de llegar, asintió.

—Sí, hemos estado investigando y ya sabemos dónde vamos a invertir.

—Tenemos una reunión con un abogado de Brighton —añadió Gabriel.

—¿Tenéis que trabajar? —preguntó con tono quejumbroso Emilia.

—Mamá, solo será mañana.

—Lo prometemos, excelencia. —Emilia sonrió y asintió levemente.

—Verly, ¿qué te parece si después salimos al jardín a practicar el tiro con arco? —preguntó Elle.

Verly, recién llegada del piso superior, asintió enérgicamente sonriendo a la pelirroja.

—Me parece muy bien, hace tiempo que no practico.

—Yo tampoco —dijo en tono triste Elle—. Seguro que he perdido toda la práctica.

—No lo creo, siempre se te ha dado muy bien. —Elle sonrió a su amiga y miró a Lizzie y Lia.

—¿Os venís a practicar un rato?

—Yo sí, me apetece mucho. —Lizzie cogió el vaso y bebió un sorbo de limonada.

—¡Es perfecto! Podemos ir en parejas. —Elle miró a Lia—. ¿Qué opinas Lia? ¿Acabamos con ellas?

—Lo siento pelirroja pero el tiro con arco en estos momentos no me apetece nada. —Lia se encogió de hombros—. Prefiero seguir leyendo.

—Venga, Lia, no seas aburrida, ¡podemos con ellas!

—Eso está claro —dijo Verly muy convencida—. Lia y tú sois las mejores.

—Es verdad, siempre se las ha dado muy bien. —Lizzie ladeó la cabeza y miró a Lia.

—Lo siento, pero sigo prefiriendo el libro.

—¡Oh, Lia! Se supone que tienes que estar de mi parte —exclamó Elle. La aludida sonrió y se sentó al lado de la pelirroja.

—Y lo estoy.

—Pues tienes una forma muy peculiar de demostrarlo. —Lia se encogió de hombros.

—Entonces es que soy peculiar.

La conversación fluía entre los grupos; Emilia hablaba de manera distendida con Georgina

y Callie, las duquesas de Wells y Betland, respectivamente, le preguntaban acerca del pueblo. El mercado del muelle que iban a visitar al día siguiente había levantado expectación, ya que las grandes familias que residían en aquella región habían sido inversores.

Los hombres discutían sobre el nuevo proyecto de inversión de Gabriel e Ian. Estaban interesados en el abogado al que habían recurrido para la inversión; por lo visto, y según el duque de Betland, aquel hombre era experto en el campo de las nuevas y emergentes inversiones.

Por su parte, las jóvenes damas se habían sentado en torno al sofá y charlaban de lo que iban a hacer esos días. Estaban emocionadas de poder pasar una semana juntas alejadas del foco social que era Londres. Durante un momento en el que las conversaciones se mezclaron, Lia se levantó y se sentó al lado de Ian, que la sonrió.

—Bueno, chica peculiar, ¿qué te pasa? —Lia ladeó la cabeza.

—¿No lo sabes?

—Sí, pero prefiero que me lo digas tú.

—No sé… Verás… Gabriel consigue desconcertarme.

—«Desconcertarte», una manera muy diplomática de definirlo. —Ian miró a su hermana y levantó las manos en señal de rendición cuando vio que esta fruncía los labios—. Está bien, te echaré una mano: lo que quieres decir es que Gabriel te pone nerviosa y te gusta.

Lia se ruborizó y asintió.

—Lia, créeme, es normal.

—¿Normal?

—Sí. —Ian le cogió la mano y se la apretó ligeramente—. Sé que te va a resultar difícil lo que te voy a decir, pero déjate llevar.

—¿Cómo pretendes que me deje llevar? Ian, estoy intentando decirte que me aturullo, me pongo nerviosa, apenas puedo controlar esa maldita sensación de… de… no sé ni lo que es. Y aquí estás, diciéndome que me deje llevar. La verdad, Ian, siendo tan locuaz e inteligente, esperaba un consejo algo mejor, o al menos unas palabras de aliento que me sirvieran para algo.

—Eso estoy haciendo, pequeña, no puedo decirte la manera en la que te tienes que dejar llevar, porque no soy yo el que está en tu lugar viviendo todo esto. Tienes que descubrirlo tú, y créeme, sabrás cuándo hacerlo. Solo tú puedes poner los límites.

—Está bien, intentaré creerte y hacer todo lo demás.

—Hazme caso cuando te digo que es lo mejor, aunque ahora te parezca imposible. —Lia suspiró.

—¿Has hablado con Gabriel?

Ian cerró los ojos y cuando los abrió bajó la voz antes de levantarse.

—Déjate llevar.

Lia asintió y vio cómo su hermano se sentaba al lado de su padre y volvía a integrarse en la conversación. Admiraba la capacidad de Ian para que no se le notaran las cosas, para fingir indiferencia y mantener siempre el talante de un marqués. Lia se levantó y volvió al sofá con sus amigas, se sentó al lado de la pelirroja y escuchó lo que Lizzie estaba diciendo sobre su traje de baño.

—Os lo aseguro, nunca me había sentido tan cómoda.

—Bueno, es normal, la tela es muy ligera y no llevamos nada pesado —añadió Verly.

—Sí, lo sé, pero es curioso sentirse así; quiero decir, es como si no lleváramos nada.

—Siendo sincera, la verdad es que ojalá siempre pudiéramos vestir así —dijo Elle—. Los vestidos que llevamos son preciosos, pero llevan muchas capas debajo, las enaguas, la camisola, el corsé… No sabría decirte qué es lo que más detesto.

—El corsé —dijo Lia con determinación—. Sin lugar a dudas.

—Estoy de acuerdo —agregó Lizzie.

—Señoritas —las interrumpió Emilia—, ¿os parece que mañana, después de comprar los helados, vayamos a la tienda de la señora Morris?

—¡Me encantaría! —exclamó Verly —. La señora Morris tiene los mejores dulces de la zona, mis preferidos son los pastelitos de crema.

—A mí me gustaría probar los que están rellenos de chocolate —informó Callie—, tu madre dice que son una delicia.

—La verdad es que todo lo que la señora Morris vende en la tienda está delicioso.

Cuando era pequeña, me aficioné a los bombones de trufa —dijo Lia mirando a Callie.

—La cocinera tenía que esconderlos para que no se los comiera —informó Nick sonriendo y entrando en la conversación—. Pero si mal no recuerdo, siempre los encontraba.

—Siempre daba con ellos, y nunca nos contó los escondites, eso sí, siempre compartía.

—Querrás decir que siempre los compartía contigo —corrigió Verly a su hermano—. A mí no me daba ninguno.

—Alguno te daría, no seas tan mala, Verly —intervino Lia poniendo cara de pena a su hermana.

—Muy pocos en comparación con todos los que le dabas a Ian.

—¿Qué quieres que te diga? —Lia se encogió de hombros—. En aquel momento tener a Ian de mi parte era mucho más rentable.

—¡Qué bonito! —replicó el aludido—. Y yo que pensaba que me los dabas porque me querías…

—Ian, en todo cariño hay una parte oculta de aprovechamiento, es el resultado de la confianza. Deberías saberlo.

—Ahora lo sé. La próxima vez no será tan fácil convencerme.

—¡Qué tontería! —exclamó Emilia—. Todos los aquí presentes sabemos que eso es mentira, caerás en cuanto te ponga ojitos.

Aquello provocó una carcajada general, todos sabían que Emilia tenía razón. Ian miró a su hermana, y antes de sonreír le guiñó el ojo con la malicia que solo ellos conocían.

2 El West Pier, era el antiguo muelle de Brighton. Fue construido en 1866 para dejar de ser accesible en 2003.

Capítulo 8

El cambio de temperatura entre Londres y Brighton era notable. El sol del sur calentaba e invitaba a salir. Aquella mañana, las chicas después de desayunar habían salido al jardín, y en un rincón, entre sol y sombra y rodeadas por los enormes rosales, se habían sentado.

—¿Qué libro estás leyendo? Porque te tiene muy entretenida, tanto como para dejarme sola. —Elle intentó sonar enfadada pero no lo consiguió.

—*Notre Dame de París* —contestó Lia.

—¿Es bonito? —se interesó Lizzie. Lia la miró y suspiró.

—Y triste.

—Yo quiero leerlo, pero estoy segura de que hay demasiadas muertes. —Verly miró hacia abajo y acarició la hierba.

—Verly, hay que leer de todo.

La aludida miró a su hermana y se encogió de hombros.

—Cuando leo es para pasar un rato agradable, para alejarme de la realidad. Lo último que necesito es estar leyendo cosas que me pongan triste.

Elle, que estaba sentada en la zona donde daba el sol, achinó los ojos y contempló las dos figuras que se acercaban a ellas.

Ian y Gabriel habían salido de la casa para ir a buscarlas. Al darse cuenta de que los rayos del sol impedían a la pelirroja ver con claridad, Ian clavó su mirada en ella y la observó detenidamente mientras se acercaba.

—¿Cómo estáis? —preguntó Gabriel.

—Demasiado bien.

La respuesta de Verly hizo reír al grupo.

—Habíamos pensado salir a dar un paseo y visitar el Grand Hotel. ¿Nos queréis acompañar?

La pregunta de Ian les gustó.

—Yo sí, es más entretenido que estar sentada en el jardín —repuso Lizzie.

—A mí también me apetece, pero no voy a llevar la sombrilla. —Elle se levantó y colocó la falda de su vestido.

—Hace mucho sol, Elle, y hará daño a tu piel. Es mejor que la lleves.

—Verly, lo único que el sol va a conseguir hacerle a mi piel es que me salgan pecas. Y no me importa. ¿Dónde se ha visto a una pelirroja sin pecas?

—Eres el claro ejemplo de que existen.

Ian miraba con tanta intensidad a la joven, que esta casi sintió que su piel ardía. Sus ojos azules eran mucho más abrasadores que los rayos del sol; sin embargo, intentó mantener una expresión calmada.

—Existo. Y no creo que haya muchas como yo.

—Es evidente. Si no, esta ciudad sería muy peligrosa.

Después de ese comentario, Elle no pudo evitar girar la cabeza para que él no pudiera percibir su rubor. Sus ojos se encontraron con la mirada divertida de Lia, que fue consciente de

las mejillas sonrojadas de su amiga y se apresuró a intervenir.

—Yo tampoco me voy a llevar la sombrilla, a los pocos minutos me acaba estorbando.

Lia levantó el brazo en dirección a su hermano, que recuperó rápidamente la compostura y la ayudó a levantarse.

—Vaya dos señoritas. Menos mal que aún quedamos unas pocas que entendemos la utilidad de los complementos. —Verly se levantó y se situó al lado de Lizzie.

—Cierto, prima, si dependiéramos de ellas, sería el caos.

—No creo que generemos tanto caos, pero en cualquier caso vosotras dos seguís aquí —se defendió Michelle.

—Porque os queremos —apuntó Lizzie.

—Porque no sabéis vivir sin nosotras. —Lia cerró los ojos y sonrió.

—Os esperamos en la entrada principal mientras vais a coger las cosas.

—De acuerdo. —Lizzie avanzó unos pasos y esperó a Verly.

Ian se situó al lado de Michelle y le ofreció su brazo. Ella dudó un momento, temerosa de lo que podría sentir si lo tocaba, pero finalmente pasó su brazo por el de él mientras caminaban por el jardín en dirección a la casa. Mientras veía cómo avanzaban unos pasos por delante, Lia sonrió. Miró a Gabriel, que le guiñó un ojo, sorprendiendo a la joven, y se encaminaron hacia la casa. Cuando se montaron en los carruajes para ir al Grand Hotel, Lia, aprovechando que Ian y Gabriel iban en el otro vehículo, le preguntó a Elle:

—Parece que mi hermano ya no es tan tonto, ¿no?

—No, dejó de ser tonto en el baile de los Lisson cuando me sacó a bailar el último vals.

—Creo sinceramente que se estaba haciendo de rogar.

—Yo al principio pensé que mi hermano tuvo algo que ver —reflexionó Elle.

—¿Por qué?

—Porque estuvieron hablando antes de que Ian quisiera bailar, se reían y por un segundo me observaron. Y, como es lógico, me pillaron mirándolos. Por eso creí que Ian me sacaba a bailar porque James se lo había dicho, pero descarté la idea por cómo me hablaba. Y al llegar aquí y poder hablar con él fuera del entorno de una fiesta, lo sigo descartando.

—¿Crees que James también habla de mí con Gabriel?

—Mi hermano sabe todo lo que pasa con Ian y Gabriel, pero jamás va a decirnos nada. No podemos contar con él como fuente de información.

Lia asintió y se quitó el sombrero aprovechando que estaban solas en el coche.

—Me alegra que mi hermano te preste atención.

Michelle miró por la ventana. Cada vez que pensaba en Ian se ponía más nerviosa, por lo que decidió dar un giro a la conversación.

—¿Qué tal con Gabriel?

—Mejor. Desde que hablamos las cosas tras la encerrona de mi hermano, la incomodidad ya no existe.

—Pero sí la tensión —afirmó Elle.

Lia soltó una pequeña risa y acarició la suave tapicería del asiento.

—La misma que debes sentir tú con mi hermano.

—Eso no te lo puedo negar. —Michelle se rindió ante la evidencia de que iban a volver a hablar de él—. Ian me provoca ciertas cosas que no sé explicar. La manera que tiene de

mirarme…

—La forma que tienen de hablar…

—Exacto. Son solo pequeños detalles.

—Pero hacen que haya suficiente tensión como para plantearte ciertas cosas.

—¿No te enfada?

—Sí. Bueno, no me enfada que entre Gabriel y yo haya tensión. Lo que me vuelve loca es que él sabe controlarlo y yo no. Lo que significa que siempre acabo expuesta.

—Creo que se te da bastante bien lidiar con ello.

—Puede ser, no estoy segura de nada —suspiró Lia—. Ian dice que me deje llevar, que solo yo puedo poner los límites. Pero siendo sincera, no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Tal vez por dejar de darle tantas vueltas.

—Tal vez. ¿Por qué no te aplicas el consejo?

—Porque soy buena dándolos, pero seguirlos me cuesta. —Elle se encogió de hombros y sonrió.

El paseo y la visita habían resultado interesantes en cuanto a la tensión que se respiraba. Después de la cena, las jóvenes se habían querido retirar pronto, cansadas por el sol y el aire marino, pero Ian y Gabriel se habían quedado en el salón con la intención de tomar una última copa.

—Eres consciente de que si no haces algo pronto vas a estallar, ¿verdad? Gabriel miró a su mejor amigo y cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Bueno, ¿qué tal si empiezas por decirle la verdad?

—No estoy preparado para decirle algo tan grave. Ni siquiera sé qué siente.

—Te lo aclararé yo; siente lo mismo que tú.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí. —Ian se levantó y fue hacia la mesa donde estaban los vasos y las botellas de licor—. ¿Qué quieres?

—*Whisky*. Tu hermana te ha dicho…

—Gabriel, la situación sobre lo que sentís no ha cambiado, sigue siendo la misma de hace dos años, solo que el tiempo ha hecho que os tengáis que conocer de nuevo.

El marqués de Dexter cogió aire y miró el vaso que le tendía Ian.

—Sigo pensando que es pronto para decirle lo que ha pasado —dijo cogiendo el vaso.

—Se lo vas a tener que decir tarde o temprano. Lo acabará descubriendo. No es algo que puedas ocultar.

—Lo sé, pero prefiero estar seguro de que todo el asunto está aclarado y buscar un momento más propicio para contárselo.

—Porque estás seguro de querer hacerlo, ¿no?

—Por supuesto. Si esto sigue adelante, no quiero mentirle. No tengo la intención de hacerlo.

—Entonces busca el momento. Estoy seguro de que Lia comprenderá lo que ha pasado. Puede que la sorprenda e incluso que la incomode al principio, pero mi hermana, por su manera de ser, lo entenderá.

Gabriel asintió y dio un trago al licor.

—Ha cambiado mucho. Ahora está mucho más segura, es mucho más independiente.

—¿Te desagrada?

—Para nada. Al contrario. Me atrae todavía más. Su madurez, su carácter… —Gabriel ladeó la cabeza y sonrió—. Esa manera de contestarme. Consigue volverme loco.

—Ha desarrollado el don de la palabra.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos, hasta que Gabriel preguntó algo:

—¿Qué te pasa con Michelle?

Ian tragó saliva y fijó su vista en el mueble bar.

—¿Sinceramente? No lo sé.

—Claro que lo sabes, pero ¿cómo va a admitir el marqués de St. Abbey que le gusta una mujer?

Ian torció el gesto y puso mala cara a su mejor amigo.

—No tengo problemas para admitir que una mujer me gusta. Si no lo hago es porque todavía no lo sé.

—Repito: sí lo sabes. El problema es que no esperabas que fuera a ser Elle. Seguramente, porque la conoces desde siempre y hasta ahora no había llamado tu atención.

—Está más bonita que nunca, y no me refiero solo a su físico.

—Estoy de acuerdo. Michelle también ha cambiado mucho.

Ian resopló y se levantó del sofá, dejó el vaso en una mesa cercana y caminó hacia la puerta.

—Tú céntrate en mi hermana y deja que yo averigüe qué es lo que me pasa con la pelirroja.

—Descuida, mi prioridad es el dulce Eclair. —Gabriel soltó una carcajada ante la cara que puso Ian al escuchar ese apelativo y soltó el vaso—. ¡Es verdad, a mí tampoco me gusta ese nombre! Pero pienso seguir pinchándote con el asunto de la pelirroja.

Ian agitó la mano en el aire y se despidió de su amigo, que se quedó solo en el salón. A los pocos segundos, se levantó, fue hacia la biblioteca y ojeó los libros. Pero ahora que Ian se había retirado, no podía quitarse de la cabeza la imagen de Lia, lo cual resultaba incompatible con la idea de la lectura.

—¿Qué me estás haciendo, Lia? —siseó frustrado.

Decidió que lo más inteligente era intentar dormir, aunque tampoco estaba muy seguro de poder conciliar el sueño.

Llevaban cuatro días allí y Lia había conseguido relajarse. Había mantenido cierta distancia con Gabriel, pero él tampoco había hecho mucho más por acercarse a ella; se habían sentado un par de veces juntos a la hora de las comidas y ambos sentían que entre ellos había tensión, era como si sintieran que algo los atrapaba y unía, y se estuvieran resistiendo a ello. Ian le había dicho a Lia que se dejara llevar y a Gabriel que bajara las barreras, pero ahí estaban los dos, reticentes a darse una oportunidad.

Aquella noche habían cenado y tras un rato en el que las conversaciones habían fluido con normalidad, la mayoría se había retirado. Entre ellos, Lia, que sin ganas de irse a dormir le había dicho a Anna que se retirara que ya se desvestiría ella. Se había sentado en el sofá de su habitación y había leído la misma página veinte veces, cansada de las desgracias con que Victor

Hugo había atormentado el destino de la hermosa Esmeralda, se había desvestido y puesto el camisón, y después de dar mil vueltas en la cama decidió bajar al salón.

Esa noche había luna llena, por eso desechó la idea del salón y abrió la puerta de la casa, escabulléndose en silencio hasta la cala privada. Cuando llegó, se quitó las zapatillas y dejó que sus pies se hundieran en la arena. La luna iluminaba toda la pequeña playa, y poco a poco fue acercándose al agua. Se recogió el camisón y dejó que el agua le mojara los pies, y en ese instante se sintió libre. Abrió los brazos y respiró profundo, escuchó el sonido del aire acompañando el rugir de las olas, y empezó a mecerse despacio.

Gabriel, que estaba en el salón apurando el *whisky* y leyendo, había escuchado que alguien bajaba. El libro que tenía entre sus manos, la Eneida, le había tenido absorto durante la última hora, pero al levantar la vista y ver a Lia atravesando el vestíbulo, las aventuras de Eneas quedaron olvidadas y, oculto entre las sombras, la había seguido. Sus pasos lo habían conducido a través de la hondonada, que llevaba a la cala. Mientras presenciaba cómo ella acariciaba las pequeñas flores de playa, rememoró el pasaje que había estado leyendo minutos antes. Lia era como la sibila que guiaba a Eneas hacia los Campos Elíseos, solo que a él lo estaba guiando hacia aquel paraíso privado junto al mar.

Ahora detrás de ella, la contemplaba con los ojos brillantes, estaba bailando y su música eran el viento y las olas. Tenía los ojos cerrados y daba pequeñas vueltas hundiendo los pies en la arena mojada, dejaba huellas que la espuma de las olas, al estallar, borraba.

Llevaba el pelo suelto y estaba dejando que el camisón de muselina se mojara. La observó unos minutos más hasta que su cuerpo involuntariamente se movió hacia delante, caminó hacia ella y la abrazó por detrás.

Lia supo enseguida que era él, abrió los ojos y escuchó con claridad la voz de su hermano diciéndole que se dejara llevar. Intentó que la respiración fuera relajada y lo consiguió. Desde atrás, Gabriel la abrazaba con fuerza, y Lia se apoyó en su pecho y echó la cabeza hacia atrás dejándola sobre su hombro.

Gabriel notó cómo ella se relajaba en sus brazos, y sintió morir de felicidad. Sintió que se apoyaba en él y observó su cabeza reposando en su hombro, sus ojos cerrados y sus labios entreabiertos. Gabriel respiró el aroma de su piel, y aquella fragancia lo llenó por completo, olía a flores blancas, al aire de la noche y a sal. Gabriel colocó su boca en la pequeña oreja femenina y susurró con voz profunda:

—¿Bailamos?

Lia abrió los ojos y levantó la cabeza. Gabriel la abrazó más fuerte y empezó a moverse despacio; los pies de ambos volvían a dejar huellas que el agua a su paso borraba, el viento soplaba despacio y Lia se apretó más fuerte contra el pecho de Gabriel, para que este no pudiera pasar entre ellos. El sonido de las olas rompiendo en la orilla los guiaba para dar los pasos de su baile improvisado, el pelo de ella rozaba la cara de Gabriel y los brazos de él prometían la seguridad más profunda de todos los tiempos. Sus respiraciones eran agitadas y Gabriel tenía la necesidad de sentirla aún más cerca, la giró despacio y Lia quedó frente a él. Sus ojos color chocolate se mezclaron con su mirada marina haciendo que sus pupilas se dilataran y brillaran salvajes ante la necesidad de recordarla toda la vida.

Las manos de Gabriel acariciaron su espalda a través del camisón de muselina y Lia sintió que su piel se erizaba. Siguió mirando a Gabriel, que agachó la cabeza y atrapó los labios de Lia

con los suyos. Fue un roce tímido que los inflamó desde el primer contacto; los labios de Gabriel se movían sobre los de ella ágiles, y Lia lo imitó dejándose llevar. Cuando él jugueteó con su lengua pidiendo acceso y ella abrió ligeramente los labios, la lengua de Gabriel saqueó con ansia voraz la boca de Lia. Sabía a sal y a helado de moras y se le antojó deliciosa. Deslizó su lengua sobre la de ella y Lia lo dejó hacer. Sus piernas flaquearon y Gabriel la agarró con fuerza; ella le rodeó el cuello con los brazos y devoró con la misma ansia su boca.

—Lia… —La voz de Gabriel sonó en susurro, que se perdió entre el viento y las olas.

Gabriel consiguió separarse de su boca y sujetó la cara de Lia con sus manos a ambos lados —. Sabes a sal y a helado de moras.

—Compramos helado en el mercado, aún quedaba. —Gabriel la sonrió y volvió a besarla—. Tú sabes a *whisky*.

—¿Has probado el *whisky*, pequeña?

—Sí. —Gabriel se sorprendió al oírla—. En París.

—¿Qué más cosas hiciste en París? —La voz susurrada de Gabriel se perdió cuando empezó a besar el cuello de Lia.

—Monté a caballo, aprendí francés, practiqué esgrima.

—Hummm… Tienes que estar preciosa con el uniforme de esgrima. —La boca de Gabriel atrapó su delicada oreja y succionó con cuidado—. Y bebiste *whisky*. ¿Te gusta el sabor del licor?

—Llegué a acostumbrarme. Encuentro el sabor agradable y fuerte.

—Es un licor fuerte, no apto para todos los paladares, pero parece que el tuyo sabe apreciarlo. —La lengua de Gabriel empezó a recorrer el cuello de Lia.

—Me gusta más cómo sabe en tu boca.

—Lo mismo me pasa a mí con el helado de moras.

Ella volvió a tomar la boca de Gabriel, que aceptó que esta vez fuera Lia la que llevara el ritmo de aquel nuevo beso.

Capítulo 9

Al abrir los ojos y recordar lo que había pasado, Lia se acarició los labios y sonrió. Había sido un beso perfecto, lo recordaría siempre. Incluso cuando fuera una anciana y su memoria ya no estuviera intacta. Se había dejado llevar de tal manera por las sensaciones que le producía estar así con Gabriel que hubiera pasado la noche en sus brazos si él hubiese querido. Pero mientras él la besaba, un inquietante pensamiento había cruzado por su cabeza: ¿Y si para él no estaba significando lo mismo que para ella? Al pensar en esa posibilidad, había separado sus labios de los de Gabriel y, con una sonrisa intencionadamente dulce, le había dicho que ya era tarde y que debía volver a su dormitorio. Lo había dejado allí, en la cala, desconcertado y con expresión de no saber si seguirla o no. Pero no lo había hecho.

La idea de encontrarse a Gabriel la aterraba, aunque tenía hambre y ganas de contarles a sus amigas lo ocurrido. Tal vez él estaba arrepentido. Desde luego ella no haría nada para obligarlo a tener una relación, no utilizaría su encuentro para dejarle sin opciones. Ella no era así. Y en ese sentido, un beso apenas significaba nada.

—Buenos días, Lia —la saludó Lizzie cuando bajó. Su prima estaba sentada en la mesa del jardín esperando a todas para desayunar.

—Buenos días. —Lia se acercó a ella y le dio un beso.

—¿Qué te ocurre? Estás nerviosa.

—¿Tanto se me nota?

—¿Qué se te nota? —preguntó Elle, apareciendo a continuación y sentándose al lado de Lizzie.

—Que estoy nerviosa.

—Supongo que los nervios tienen que ver con Gabriel, ¿no? —Lia miró a su hermana y asintió.

—Anoche… no podía dormir, fui a dar un paseo por la playa y… bueno, Gabriel apareció. Y… nos besamos.

Lizzie, Elle y Verly sonrieron. Para ellas también era una buena noticia.

—Bueno, prima, no me extraña que estés nerviosa. Pero no te preocupes, seguro que Gabriel está igual.

—¡Qué va a estar igual! Para él no es su primer beso —dijo Lia, sirviéndose una taza de té.

—Es su primer beso contigo. Suficiente para estar nervioso. Para él no eres un beso más.

—Gracias por los ánimos, Elle. Pero eso no lo sabemos.

—La mejor forma de aclararlo es hablando con él —dijo Verly mirando a la puerta—. Y creo que vas a tener la oportunidad de hacerlo ahora mismo.

—Buenos días, señoritas. —Ian miró a todas en general y a una en particular.

—Buenos días, primo —saludó Lizzie—. ¿Cómo estás?

—Bastante bien. No puedo quejarme.

—Claro que no puedes quejarte, estás feliz. Ayer desplumaste a tu padre. —Gabriel, tras decir eso, miró a Lia.

—En realidad desplumé a todos menos a ti. Estoy seguro de que hiciste trampas.

—Los dos sabemos que no las hice.

—Ya, bueno —zanjó Ian. Luego se dirigió de nuevo a las jóvenes—. Nos preguntábamos si os apetecería ir a nadar antes de comer. Hace un día muy bueno y el agua tiene que estar bien.

—Me encantaría, tengo ganas de ir a la playa. —Elle sonrió y buscó la colaboración de sus amigas.

—Es una buena idea, Ian. Cuando acabemos de desayunar os avisaremos. —Lia cogió uno de los bollitos de crema y lo dejó en su plato.

Gabriel se acercó a ella y clavó su mirada en aquellos ojos chocolate.

—Me preguntaba si antes de ir a la playa podría hablar contigo. Lia tragó fuerte y asintió como pudo.

—Claro. Cuando acabe de desayunar iré a buscarte.

—Estaré en el estudio.

Lia volvió a asentir y vio cómo su hermano y Gabriel se marchaban del jardín y entraban en la casa.

—Pues parece que él sí quiere hablar contigo. —Verly apoyó su mano en el brazo de su hermana.

—Lia, cielo. Alegra esa cara. Está claro que está contento. Lia miró a su prima y sonrió.

—Sí, parecía contento.

Observó cómo sus amigas continuaban desayunando mientras que a ella se le había cerrado el estómago.

Cuando consiguió tomar un poco de un bollo de crema y esperar a que el resto acabara, dio aviso a Gabriel, que la esperó en la puerta para dar un paseo por el jardín.

Pasearon entre las margaritas, las rosas y un montón de flores más que decoraban el jardín. Cuando llegaron a un pequeño cenador, Lia entró y se sentó en uno de los bancos. Gabriel la siguió y se sentó a su lado.

El cenador estaba abierto, y a pesar del calor una suave brisa corría entre ellos. Uno de los mechones que se escapaba del recogido se movía ligeramente, él estiró el brazo y se lo colocó detrás de la oreja. Era suave al tacto, tal y como lo recordaba.

—¿Cómo estás? —empezó preguntando Gabriel.

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien, yo… Bueno, quería hablar de lo que pasó anoche. —Lia asintió y decidió ser ella quien le brindara las opciones.

—Sí, yo también quería hablar de lo de anoche. —Se armó de valor y continuó—. Fue bonito y creo que ambos lo disfrutamos, pero entiendo que solo fue un beso. Si tú no le quieres dar mayor importancia, no te preocupes. Podemos dejarlo como un bonito recuerdo, no te voy a obligar a nada y tampoco voy a intentar hacer algo para que te veas en la obligación de cumplir conmigo. No soy de esas mujeres que solo quieren casarse y les da igual quien caiga en el camino, el fin no justifica los medios. Así que no te preocupes, entenderé tú decisión de dejarlo correr.

Gabriel la miró sorprendido, hubiera esperado de todo menos eso.

—¿Quieres olvidarte de lo que pasó?

—No, para nada, solo digo que entendería que tú… en fin, que aceptaría que para ti solo fue un beso, y no haría nada para obligarte a hacer algo que…

—Lia —Gabriel la interrumpió y le cogió la mano—, te puedo asegurar que anoche fue la mejor noche de mi vida, y que bajo ningún concepto para mí fue solo un beso. Por más que quisiera olvidar, y no quiero hacerlo, no sería capaz ni siquiera de intentarlo.

Lia parpadeó y sintió como el corazón le latía con fuerza.

—Entonces… —intentó continuar ella.

—Entonces, quería hablar contigo para saber lo que fue para ti.

Lia sonrió y se acercó a él, le colocó la palma de la mano sobre la mejilla afeitada y la acarició.

—Lord Dexter, también para mí fue la mejor noche de mi vida y no me gustaría tener que olvidarla.

Gabriel sonrió, y antes de que pudiera hacer nada, ella lo besó.

No fue un beso cargado de pasión; fue un beso tierno, dulce, lleno de promesas, que hinchó el corazón de Gabriel. Se acercó más a Lia, hasta que su torso estuvo pegado a su pecho. A pesar de sentir aquello, la naturaleza del beso no cambió. Continuó siendo un asalto lleno de amor, algo que gustó a los dos.

—Lia, cariño, me temo que voy a tener que dejar de besarte, porque si no lo hago, entonces sí que vamos a tener un escándalo, y aunque no me importaría en absoluto, prefiero hacer las cosas bien.

Lia lo miró sorprendida y se apartó un poco de él.

—¿Has dicho que no te importaría que armásemos un escándalo?

—Sí, eso he dicho. ¿Por qué te sorprendes?

—Como te dije la otra noche, un escándalo tiene consecuencias.

—Creía que el hecho de decirte que no quiero, ni puedo olvidar lo de anoche, te dejaba claro que las consecuencias del supuesto escándalo son lo que quiero. —Gabriel entornó los ojos y esperó la reacción—. ¿Vuelves a sorprenderte?

—Sí… bueno, una cosa es que me digas que no quieres olvidar lo de anoche, y otra que me sueltes sin problemas que… que…

—Que quiero casarme contigo.

Lia sintió que el estómago se le encogía.

—Sí, entiende que una cosa no implica la otra, aunque en la mayoría de los casos vayan de la mano. En fin, ¿cuántas veces ha pasado que dos personas se besan y luego no se casan?

—Cierto, tienes razón, fallo mío en la elección de las palabras. —Gabriel ladeó ligeramente la cabeza—. Pero eso es justamente lo que quiero, casarme contigo. Si tú quieres, claro.

Lia cogió aire, y sintió que los pulmones no se le llenaban.

—Sí, sí quiero casarme contigo, pero… ¿no te parece quizás un poco precipitado? Quiero decir, solo… solo estamos al principio de la temporada, y… y apenas hemos…

—Lia, cariño…

Ella soltó el aire que había cogido y se obligó a tranquilizarse.

—Quiero mostrarte algo.

Gabriel le soltó la mano, pero no la apartó, sino que subió por el brazo acariciándola; era un roce suave y placentero que encogió de nuevo el estómago a Lia y erizó su piel. Los dedos de Gabriel llegaron hasta la clavícula y bajaron lentamente por el escote; el principio de los senos apretados por el corsé subía y bajaba. Lia entreabrió los labios y soltó un suspiro de placer que

fue recogido por la boca de Gabriel, que la besó como si no hubiera un mañana, como si fuera el último festín que iba a probar. Se devoraron con pasión, sus lenguas chocaron y se saborearon mientras la mano de Gabriel se paseaba por el pecho de Lia acariciándolo por encima del vestido, apretándolo suavemente.

Ella se volvió valiente y apoyó sus manos en el torso de Gabriel, acariciando la pequeña muestra de piel que la camisa no cubría, y notó cómo Gabriel tragaba y se volvía más salvaje. Al igual que ella, él también reaccionaba a sus caricias.

Cuando sus bocas se separaron, pudieron comprobar que respiraban con dificultad; las pupilas dilatadas hablaban de necesidad, y los labios hinchados y gastados reclamaban más.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

Lia asintió levemente, todavía atrapada por el beso.

—Sí. —Sonrió con timidez.

—Pero si quieres podemos esperar y conocernos más… La joven lo miró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Que entiendo que hemos tenido poco tiempo y que, aunque estamos seguros de lo que queremos y sentimos, podemos darnos ese tiempo. Basta con no decir nada a tu padre.

—¿Quieres decir que disimulemos hasta que nos conozcamos y estemos más seguros?

—Eso es. Sé que no es lo habitual ni lo más normal, y que eso es precisamente lo que se hace durante el cortejo y la preparación de la boda, pero en ese tiempo vamos a estar acompañados en todo momento, así que, ¿por qué no hacer un poco de trampa?

Lia soltó una carcajada.

—Mientras que su excelencia no se entere, para que no te cuelgue del palo mayor, de acuerdo.

Gabriel se rio feliz.

—Sí, estaría bien que el duque de Blashword no sepa en qué anda metida su hija pequeña.

Gabriel sonrió y le dio un último beso.

La vuelta a Londres estuvo marcada por ese nuevo acontecimiento que se aproximaba, y del que casi nadie tenía constancia. Las amigas de Lia, en la fidelidad de su amistad, le prometieron que no dirían nada mientras saltaban alegres por la noticia que ella les acababa de dar. Todas le dijeron que la cubrirían cuando fuera necesario, pero solo la respuesta de Elle le sacó una carcajada.

—Te prometo que si algún cretino interesado y cazadotes intenta aprovecharse y estropea todo esto, le saco los ojos con el tenedor de carne.

Aquellas palabras a Lia, además de hacerla reír, le mostraron el tipo de amigas que tenía; fieles, leales, amigas que no te traicionan, y que te protegen. Y en esos momentos, tener amigas así era una bendición. No solo porque se estaba saltando todas las normas sociales, sino porque, junto a ella, las estaba arrastrando a todas. Pero no las importó para nada, motivo por el que Lia les dio las gracias al menos mil veces.

—¡Qué gracias ni que nada! Para eso estamos. Hace tiempo que somos amigas, y nunca nos hemos fallado, no vamos a empezar a hacerlo ahora, menuda tontería.

A Lia las palabras de Lizzie le llegaron al alma.

También el que su hermano supiera del acuerdo la tranquilizaba. Si pasaba algo, sabía que, además de Gabriel, tenía a Ian para calmar los ánimos e interceder si hiciera falta. Si por algún motivo el acuerdo al que habían llegado llegaba a oídos de Nick, Lia sabía que se enfadaría, no porque se hubiera prometido en secreto con Gabriel, sino porque no había tenido la confianza de decírselo a él. Pero ¿cómo se le cuentan a un padre esas cosas? Ante todo, Lia no quería que Nick se sintiera defraudado con ella, quería que estuviera orgulloso, y si la noticia llegaba de una forma atropellada, Lia sabía que vería en el rostro de su padre la decepción. Por eso, cuando volvían en el tren de vuelta a Londres, estuvo cavilando la posibilidad de contárselo. Y aunque desechó la idea mil veces, el runrún seguía sonando en su cabeza, hasta que llegó a la conclusión de que tenía que pensarlo más a fondo. Solo que un tren no era el sitio adecuado. Si la veían demasiado pensativa, sospecharían. Ella siempre había sido una niña muy enérgica y lo seguía siendo. Si de pronto la notaban demasiado cabizbaja y en su mundo, sabía de sobra que Emilia acudiría a ella con mil preguntas, y había que evitar ese conflicto.

Capítulo 10

Llevaban tres días en Londres, y habían llegado un montón de invitaciones para diferentes bailes y acontecimientos. La temporada no había acabado y todo el mundo quería que la familia Hemsley acudiera a su evento. Habían rechazado dos cenas y un baile, pero sí tenían pensado acudir esa semana al baile de los Forth y al estreno en la ópera.

Aquel martes, Lia se preparaba en su habitación para el baile de los Forth. Los rumores decían que los marqueses se habían superado, y que hasta habían contratado fuegos artificiales, razón por la que todo Londres acudiría a su casa aquella noche.

Lia bajó las escaleras de su casa con un vestido elaborado en seda blanca con unos adornos en hilo dorado. Anna había rizado su pelo ondulado y lo había recogido en un moño alto, y para terminar de rematar aquella explosión de belleza, había cogido del jardín unos jazmines que había colocado con gracia a un lado del recogido, haciendo que el conjunto resultara magnífico.

Al llegar a la mansión Forth, el coche se detuvo en la entrada, y cómo era de esperar, el rumor de que habían llegado se extendió por el salón. Del carruaje Blashword bajaron los duques y sus hijas, y del carruaje St. Abbey, bajó Ian. Estaban subiendo las escaleras cuando el carruaje de los Wells, junto con el de Dexter, llegó.

Lady Wells descendió con ayuda del lacayo y se acercó a los Blashword del brazo de su hijo.

—Buenas noches, Emilia.

—Georgina, qué bien que estés aquí, tenía que contarte algo sobre la reunión en el club de lectura de mañana.

—Buenas noches, excelencia.

—Gabriel, me alegro de verte, Ian ya me ha contado lo bien que fue la inversión.

—Sí, la verdad es que después de resolver los asuntos con el abogado de Brighton, la cosa se nos puso más fácil.

—Eso está bien, cuantos menos problemas se presenten en los asuntos financieros, mejor, y aunque esta vez la suerte haya estado de vuestra parte, no os confiéis —añadió William, el duque de Wells.

—Lo tendremos presente, excelencia —dijo Ian mirando a William. Este se volvió hacia Verly y Lia.

—Veo que a vosotras no os interesa el club de lectura.

—No, excelencia, todos los libros de los que charlan son iguales, no se salen del patrón del romanticismo —aclaró Verly.

—Creía que a las damas os gustaba ese tipo de lectura.

—Para ciertas ocasiones está bien, pero tener que leer constantemente sobre el mismo tema resulta soporífero. Hemos intentado que varíen y que consideren otros libros como parte de las lecturas en el club, pero la mayoría de las damas se han negado, y sinceramente, no tenemos ganas de discutir con señoras que solo viven para suspirar por el amor de Ulises. —Lia hizo un gesto delicado con la mano.

—Yo también pensaba que el amor de Ulises era lo más bello para vosotras —dijo Nick

algo sorprendido.

—Bueno, qué quieres que te diga, papá, si lo que quieres es que tu marido se pase diez años en la guerra y tarde en volver a casa otros diez, porque se encontró dificultades en la marea… Entonces sí, claro, aprovecha los días de vida que te quedan con tu decrépito marido, mirándote al espejo mientras te lamentas por la juventud perdida.

Gabriel soltó una carcajada y miró con asombro a su secreta prometida. Lia nunca dejaría de sorprenderlo.

—Lia, por favor, ¡qué tremendista! —Nick puso los ojos en blanco.

—Son las vicisitudes de Ulises, papá, ¿qué quieres que le haga? Ian sonrió y miró a su hermana.

—Si mal no recuerdo, Penélope seguía siendo hermosa cuando Ulises volvió.

Lia miró a su hermano y simplemente replicó:

—¿Y tú te lo crees? Por Dios, Ian, qué inocente, esperaba que fueras más consecuente con la realidad.

Ian soltó una risotada.

—Está bien, hermanita, nada más que añadir, desde luego tu discurso es magnífico.

—El discurso de la pequeña de la familia siempre ha sido revolucionario, la culpa de todo la tienen papá y mamá —dijo Verly, que había estado pendiente de las palabras de su hermana.

—¿Por qué? —preguntó Nick.

—Supongo que por no haberla contenido a tiempo, aunque si lo hubierais hecho, mi hermana no sería tan fantástica hoy en día. —Verly abrazó a Lia y le dio un beso—. ¿Por qué no dejamos de hablar sobre lecturas y discursos elaborados y entramos? Al fin y al cabo, hemos venido para disfrutar de un baile, no para quedarnos charlando en la entrada.

—Sin duda, tus hijas, Nicholas, te van a dar más de un dolor de cabeza.

—Lo sé, William, ya han empezado.

Nick tendió la mano a Emilia y esta se enganchó a su brazo; Georgina hizo lo mismo con su marido. Ian se puso al lado de Verly.

—Verly, ¿quieres entrar conmigo?

—Claro. ¡Qué mayor honor que entrar con mi hermano!

Verly apoyó su brazo en el de Ian y continuaron hasta la entrada del salón de baile, dejando a Lia y Gabriel solos momentáneamente.

—Así que, ¿no quieres que tu marido desaparezca durante veinte años, aunque por ello resulte ser uno de los grandes héroes?

Lia miró a Gabriel.

—No quiero un héroe, quiero un compañero.

Gabriel regaló su mejor sonrisa a Lia y la cogió del brazo para entrar en el salón.

A nadie le pasó inadvertido que *lady* Ofelia Hemsley entrara en el salón de baile con lord Gabriel Bucker, pero procuraron no preguntar nada y seguir observándolos, hasta llegar a la conclusión de que solo había sido casualidad. Lo que hizo respirar de alivio al resto de damas. El marqués de Dexter, al igual que el marqués de St. Abbey, seguían disponibles.

—¡Qué horror de mujer!

—¿Quién, Lizzie? —preguntó Verly.

—*Lady* Halcón.

—Pero si ya lo sabes, por eso tiene ese mote. Lo mejor es sonreír e intentar quitártela de encima por todos los medios. —Elle miró en dirección hacia donde estaba la dama.

—Lo sé, pero de verdad, es horroroso. Aunque, para horror, el de Lia. Lord Cherton no la deja en paz.

—Menudo moscón está hecho —dijo Elle, que ahora miraba a Lia.

—Esperad a que enfade lo suficiente a Gabriel o a mi hermano, veréis lo rápido que acaba.

—Están conteniéndose bastante. —Lizzie buscó con la mirada a su primo.

Lia estaba aguantando de manera excelente a lord Cherton, que no paraba de cansarla con sus tonterías y sus supuestos logros. Ella simplemente asentía y de vez en cuando sonreía sin ganas.

El conde George Cherton, había llegado a Londres para pasearse de baile en baile, a la búsqueda de una esposa. No había una sola dama a la que no saturase con sus tonterías y sus continúas charlas sobre su vacía vida. A pesar de ser un hombre alto y muy apuesto, lord George carecía de las virtudes propias de un caballero, y tampoco ayudaba ese carácter engreído y orgulloso que resaltaba a los pocos minutos de hablar con él.

—Entonces ¿me concede el primer vals, *lady* Ofelia?

—Lo siento, lord Cherton, pero ya he prometido el primer vals.

—¿A su hermano?

—No, a lord Dexter.

—¿Bailará el primer vals con Dexter?

—Sí. —Lia miró extrañada a Cherton—. ¿Hay algún problema?

—No, para nada, *lady* Ofelia, tal vez podamos bailar el siguiente. Lia sonrió sin decir nada y se despidió de él.

Cuando se dio la vuelta y dejó a lord George, fue en busca de Gabriel.

—Veo que has podido librarte de Cherton.

—No sin esfuerzo. Tienes que bailar conmigo el primer vals, le he dicho que te lo había prometido a ti, y además se ha enfadado.

—¿Se ha enfadado porque vas a bailar conmigo?

—Creo que sí, su expresión ha cambiado cuando te he mencionado. —Gabriel sonrió y bajó la voz.

—Lo siento, cariño, pero Cherton y yo no nos llevamos bien, el que vayas a bailar conmigo el baile que quería bailar él le habrá sentado mal. —Gabriel se encogió de hombros y arrastró a Lia al centro del salón, cuando los acordes del vals empezaron a sonar.

—¿Lord Cherton también te reta a montar a caballo?

—Por norma general sí, y siempre queda el último.

—Claro, los primeros puestos recaen sobre ti y mi hermano. Cómo no. —Gabriel levantó la ceja, divertido.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Tienes problemas porque no dejemos ganar a Cherton?

—No, lo que hagáis con él me trae sin cuidado. Pero que alimentéis su odio hace que sea más insoportable.

Gabriel acercó aún más el cuerpo de Lia al suyo, y la apretó disimuladamente.

—Nos está mirando.

Lia miró en dirección al conde, y comprobó lo que decía Gabriel.

—¿Quieres que me ría para molestarlo más? —La ironía en la voz de su prometida le hizo reír.

—No, suficiente molesto está ya.

—Es verdad, no sabía que le iba a molestar tanto y que era una manera eficaz de quitármelo de encima.

—Piensa que dentro de poco dejará de molestarte. Hasta el momento vas a tener que lidiar con él.

—No me cae bien.

—A mí tampoco.

El baile siguió sin incidentes, salvo por dos o tres moscones que rondaban el grupo de jóvenes, pero ellas, con la espada del ingenio, supieron librarse de ellos.

—Me gustaría saber por qué no aprenden —dijo Elle, que acababa de librarse de un caballero bastante pesado.

—Eso digo yo, no es difícil de entender. Si en el baile anterior te he dicho que no, en el siguiente no esperes un sí. —El tono de voz de Verly resonó con exasperación.

—Creo que ha pensado que ese baile no te gusta, y esperará a que suene otro. —Lizzie se colocó un rizo que estaba suelto.

—Entonces es fácil, les dejaremos claro que nos encanta. —Verly les guiñó un ojo divertida.

—Cherton al ataque —comentó Lizzie moviendo la cabeza en dirección a Lia.

—Voy. —Elle se separó del grupo y fue donde estaba Lia—. Lia, tienes que venir.

Estamos hablando de la reunión de mañana, es importante.

—Lo siento lord Cherton, mis amigas me esperan. —Lia se despidió del conde y resopló.

—¿Quería bailar? —preguntó Elle una vez el conde hubo desaparecido por fin.

—Lleva toda la noche intentándolo.

—Otro que necesita con urgencia una explicación. —Lia asintió como respuesta—. Mañana podríamos tomar el té y hablar de mi viaje a los Cotswold.

—¿Vas a ir al final? —preguntó Lizzie.

—Claro, pero solo si vienes conmigo.

—¿Por qué no te quedas y vienes con nosotras al estreno de la ópera? —Verly cogió del brazo a Elle.

—Verly, sabes que la ópera me resulta tediosa.

—No entiendo cómo no te puede gustar. Sin duda eres especial, Elle.

—No, soy la única persona con agallas para decir la verdad.

—¿La verdad sobre qué? ¿O sobre quién?

Elle se dio la vuelta, encontrándose con la mirada azul de Ian, tragó fuerte y disimuló los nervios que le provocaba.

—La verdad sobre mi falta de interés por la ópera.

—¿No te gusta la ópera? ¿De verdad? —preguntó Ian sorprendido.

—No, me resulta… demasiado opulenta, lo que hace que me aburra.

—¿Y por qué vas al estreno?

—No voy a ir. Al menos no tengo la intención, todo depende de Lizzie. El conde de Welbey nos ha invitado a su finca de los Cotswold, para pasar unos días de caza. Mi intención es acudir para no tener que fingir que *La traviata* me llega al alma.

—¿Y se supone que yo te tengo que salvar? —Lizzie se cruzó de brazos unos segundos.

—Lizzie, cielo, a Verly le encanta la ópera, y odia la caza, Lia está con Gabriel, así que arrastrarla a los Cotswold no tiene ningún sentido. La única que queda eres tú, y por suerte para mí, te da igual el hecho de no asistir.

Lizzie cerró los ojos y suspiró, cuando los abrió miró directamente a la pelirroja.

—Está bien, te acompañaré al evento de caza del conde Welbey, pero más te vale hacer que me divierta.

—¿Acaso dudas de mis habilidades en cuanto a la diversión? Lizzie, no me esperaba esto de ti.

—Pues entonces nos veremos allí, yo también estoy invitado por Welbey —dijo Ian mirando a Elle.

—¿Te vas a perder el estreno de la ópera? —le preguntó Elle.

—¿Te cuento un secreto?

—Claro.

—A mí tampoco me gusta la ópera.

Elle abrió los ojos y parpadeó, miró a Verly y Lia y estas asintieron.

—Es verdad, no le gusta nada. Lleva años fingiendo su consolidada pasión. —Verly miró a su hermano negando con la cabeza.

—¿Y por qué vas? —volvió a preguntar Elle.

—Porque es la excusa perfecta para después poder librarme de mi madre.

—¿Necesitas librarte de tu madre? Emilia es maravillosa.

—Casi siempre, menos cuando insiste en que la tengo que acompañar a algún sitio. Si voy a la ópera, le doy el capricho y así para la siguiente me puedo escaquear.

—Eres increíble. —Ian sonrió.

—Solo es cuestión de buscar el truco.

—¿Puedo copiarte el plan? —inquirió Elle de forma juguetona—. Tal vez lo pueda usar en alguna ocasión, nunca viene mal tener un as bajo la manga.

—Sí es por eso, compartiremos plan.

—Perfecto, gracias por la idea.

—De nada, pero en realidad no me había acercado para revelarte trucos maestros, sino para preguntarte si te gustaría bailar el próximo vals.

Elle siguió fingiendo indiferencia como pudo.

—Claro, me encantaría, Ian.

Este asintió y se retiró. Lia alzó una ceja, divertida.

—Bailar un vals con mi hermano, es como poco un logro, ¿no?

—Pues sí, teniendo en cuenta el poco caso que me hace desde que hemos vuelto a Londres.

—Es antiópera y antibodas. —Lia se encogió de hombros.

—No tenemos por qué casarnos, siempre me ha atraído la idea de vivir en pecado. —Elle hizo un gesto teatrero y ante la carcajada de sus amigas se tapó la boca fingiendo estar asustada —. ¡Por Dios! ¡Qué escándalo!

Todas siguieron riendo unos segundos, hasta que la orquesta empezó a tocar el siguiente baile.

—¡No vas a llevar ese vestido, me niego! —dijo Nick mientras contemplaba a su hija pequeña.

—¿Por qué? Es absolutamente precioso.

—Precisamente por eso. No, no y no.

—Nick, por favor, solo es un vestido. —El tono de Emilia sonó paciente.

—Emilia, cariño, ¿la has visto bien? —preguntó el duque con sorna.

—Perfectamente, la veo estupenda. No estoy ciega, cariño.

Nick puso los ojos en blanco y se tocó el pelo; iba a decir algo cuando vio bajar a Verly por las escaleras.

—¿Tú también?

—¿Qué pasa? —preguntó Verly sorprendida.

Nick miró a su hija mayor y en un tono de fingido convencimiento respondió:

—Que no hace falta que os pongáis tan guapas para ir a la ópera.

—Papá, es el día del estreno, todo el mundo va a ir. Claro que hace falta. Verly se puso al lado de Lia y el duque resopló.

—Fatal, fatal lo voy a pasar esta noche, ya verás.

Nick se dirigió hacia la puerta de la casa, y antes de salir se dio la vuelta mirando a sus hijas y a su mujer.

—Qué desgracia tengo con vosotras, no voy a disfrutar para nada de la ópera. —Dio un paso hacia delante, y se volvió a girar—. Tú ese vestido no te lo pones más, y tú en el siguiente baile olvídate de bailar conmigo, y tú… Contigo ya hablaré después.

Emilia suspiró y avanzó hacia su marido.

—Cariño, relájate, deberías estar acostumbrado.

—Pues no me acostumbro, Emilia. No me acostumbro.

—Vamos saliendo o llegaremos tarde.

Lia avanzó hacia la puerta y salió dejando atrás a sus padres. Verly salió de la casa del brazo de Lia, sin hacer ningún caso a su padre.

—Esto va de mal en peor —susurró el duque.

—Nick…

—Está bien, ya me calmo.

Cuando llegaron, la gente se arremolinaba en la entrada, al estreno de *La traviata* había querido asistir todo el mundo. Los más afortunados la disfrutarían desde su palco, y los menos, desde las butacas, pasando por los también afortunados que estaban invitados a los palcos privados.

Cuando el carruaje de los Blashword llegó a la entrada de la ópera, todas las miradas se clavaron en él, y siguieron contemplando la escena mientras veían cómo los duques bajaban y se acercaban al reducido grupo de gente que los saludaba. Siguieron observando como *lady* Beverly avanzaba unos pasos hacia el grupo, para ser recibida por *lady* Callie Betland. Pero los

murmullos, los cuchicheos y las voces de asombro llegaron cuando Lia bajó del carruaje y caminó hasta dónde estaban su madre y su hermana. Nadie apartó la mirada de la joven debutante, y Gabriel tuvo que contenerse para no abrir la boca en presencia de todos.

El vestido que Helen había confeccionado para aquella noche era el pecado hecho tela; de un color rojo oscuro intenso igual que un rubí, el escote dejaba ver una generosa porción de carne, mientras el corsé subía sus pechos hacia arriba, produciendo un resultado maravilloso. El cuerpo del vestido estaba elaborado de un fino y precioso encaje, que llegaba hasta la altura de la cintura, dejando caer la falda de tisú, decorada con hilos de filigrana dorados, que se entremezclaban entre los ornamentos de encaje. Los guantes de piel de cabritilla subían por su brazo delicadamente hasta la altura del codo, y se abrochaban con dos pequeñas perlas de brillante. Aquella noche, había recogido su cobrizo cabello en un elaborado moño que dejaba escapar algunos mechones ondulados de manera natural, y había colocado las horquillas, con pequeños brillantes, a modo de diadema junto a las dos pequeñas trenzas laterales que se unían en el moño, dejando más a la vista los elegantes pendientes que pertenecían a las joyas de la familia. Mientras caminaba, el aire de la noche se mezclaba con su olor a jazmín y hacía que toda ella brillara con luz propia.

—Lia, estás preciosa. —La voz de Georgina sonó maravillada.

—Muchas gracias, excelencia.

—Desde luego, Helen, se ha superado. Ese vestido es una maravilla. —La duquesa de Wells miró de refilón a su hijo y comentó—. Veamos si, con un poco de suerte, dejas sin aliento a mi hijo.

Lia sonrió sin decir nada, y se situó al lado de su hermana.

—Creo que deberíamos entrar —sugirió lord Wescliff.

Emilia miró a su cuñado y asintió agarrándose del brazo de su marido.

—Robert tiene razón, deberíamos entrar.

Gabriel dio un codazo a Ian, y este entendió a la primera el significado del gesto.

—Verly, ¿quieres entrar conmigo?

—Claro que sí —respondió su hermana.

Verly se situó al lado de su hermano, mientras Gabriel se colocaba al lado de Lia.

—¿Te importa si te acompaño al palco?

—Será un placer. —Lia se agarró del brazo de Gabriel, y sonrió a su hermana—. ¿Sabes que tu madre me aprueba?

Gabriel miró a Lia sorprendido.

—Tranquilo, no sabe nada. Pero ha mencionado que ojalá mi vestido te dejara boquiabierto.

—Y boquiabierto me ha dejado, a mí y a todo Londres.

—¿Por eso me acompañas al palco?

—Por eso y porque, aunque no sea oficial, para mí ya eres mi prometida. Lia sonrió con malicia.

—No aprovecharás que piensas eso para provocar un escándalo en pleno estreno, ¿verdad?

Gabriel profundizó en sus palabras con descaro.

—Mi vida, no había pensado en eso. Pero dadas las ganas que tengo de quitarte este vestido, déjame que me lo piense.

Lia se ruborizó, pero no quiso entregarle el éxito; se tragó los nervios y fingió indiferencia.

—Puedes pensar lo que quieras, otra cosa es que te atrevas a llevarlo a la práctica. De acuerdo en que estamos casi prometidos, pero de eso a que te saltes más normas sin el consentimiento debido hay un trecho, cariño.

Gabriel, al escuchar esa palabra, se paró en seco, y Lia continuó torturándolo.

—¿Qué pasa, mi vida? ¿Tú me lo puedes llamar a mí, pero yo a ti no? ¡Ah! No, de eso nada, milord, va a tener que compartir conmigo la forma de llamarnos, cariño, mi vida… ¿Se te ocurre alguna más, mi amor?

Gabriel tragó como pudo, miró a ambos lados, comprobó que los duques no miraban, que no había nadie que se percatara de lo que iba a hacer y arrastró a Lia a un rincón del palco cubierto por una cortina que los escondía.

Empujó a su casi prometida suavemente contra la pared, y se apretó contra ella, clavó su mirada azul en sus ojos, y bajó la cabeza para besarla. La besó con pasión, saqueó su boca con frenesí, y se alteró cuando comprobó que Lia le seguía el ritmo igual de afectada que él. Sin pensarlo demasiado, pasó su brazo por detrás de la espalda femenina para sujetarla bien, y con la otra mano, estrujó el pecho cubierto de tela roja, lo acarició hasta que notó a través del tejido de encaje que este se ponía duro, con esfuerzo, liberó el pecho del corsé y el resto de capas que lo protegían, y el frío y la vergüenza hicieron que se endureciera más todavía.

Lia abrió la boca mientras Gabriel esperaba la réplica, pero fue un gesto de asombro y placer. Él sonrió con malicia y bajó la cabeza hasta la pequeña cima rosada, lo chupo con la punta de la lengua, lo saboreó, lo incitó, para después succionar y acabar mordiendo, lo que provocó en Lia un pequeño jadeo. No dispuesto a dejarse vencer por lo que ella le provocaba, bajó la mano que tenía libre, y fue subiendo despacio el vestido, mientras seguía torturando con su boca el pequeño pezón hinchado.

Cuando parte de la falda se arremolinó como una nube de tisú en torno a su cadera, Gabriel paseó los dedos por la trémula piel de su pierna, haciendo que Lia se mordiera el labio. Abandonó el pezón, para disgusto de ella, y volvió a saquearle la boca mientras sus expertos dedos la acariciaban. Cuando llegó a la zona donde nadie la había tocado antes, Lia se contrajo, pero tranquilizada por un suave susurro y un beso lleno de amor consiguió relajarse mínimamente. Los dedos de Gabriel se pasearon levemente por sus pliegues íntimos, y comprobaron como Lia respondía a sus caricias. Notarla tan excitada hizo que Gabriel tuviera que contenerse para no penetrarla allí mismo; sacó su mano de debajo de las faldas, y siguió besándola lentamente hasta que la respiración de ambos se volvió regular.

Cuando estuvieron tranquilos, Gabriel, con discreción, sacó a Lia de aquel pequeño escondite y a la vista de todos, se despidió para ir al palco de la familia Bucker.

Ninguno pudo concentrarse en la ópera, y cuando esta acabó y fueron saliendo, Lia intentó mostrarse molesta.

—¿Cómo estás? —le preguntó Gabriel nada más verla.

—Por tu culpa no he disfrutado de la ópera. —Gabriel sonrió.

—¿Por mi culpa? Querrás decir por la tuya, mi vida, has empezado tú.

—Yo no he empezado nada, solo te he llamado como me llamas tú.

—Exacto.

Lia clavó sus ojos en los de Gabriel y sonrió.

—¿Llamarte de esa manera provoca…? —Lia se ruborizó un instante—. Bueno, ya sabes lo

que provoca.

Él asintió.

—Sí, mi amor, que me trates así, provoca cosas como la de antes.

—¿Provoca más cosas? Es decir… ¿Hay más cosas así, que… que? Bueno, que no hagan que nos tengamos que casar con las prisas…

Gabriel sonrió con ternura. Claro que había más cosas, y quería mostrárselas todas.

—Sí, hay una infinidad de cosas más, que no hacen que nos tengamos que casar con las prisas, porque seguirás siendo virgen.

Lia abrió los ojos desmesuradamente, y antes de montarse en el carruaje, ayudada por Gabriel, susurró:

—En ese caso, quiero que me las enseñes todas, amor.

Lia regaló la mejor sonrisa a Gabriel, quien sintió que la Tierra dejaba de girar.

Al llegar a su habitación, Lia se tiró sobre la cama con los brazos abiertos.

—¿Estás cansada? —le preguntó Anna, que entraba en la habitación en ese momento.

—No demasiado. —Se incorporó y miró a su doncella—. Leeré un rato antes de dormir.

—¿Me dejarás el libro cuando lo termines? El otro día leí unas páginas y me gustó.

—¡Claro! Cuando lo termine es todo tuyo.

Anna sonrió y ayudó a Lia a ponerse el camisón.

—El vestido es precioso, la modista ha hecho un trabajo sensacional —comentó Anna mientras recogía el vestido rojo del suelo.

—Ha causado más de un asombro.

—No lo pongo en duda.

Lia se sentó en la silla del tocador frente al espejo y dejó que Anna con sus habilidosas manos le soltara el cabello y se lo peinara. Durante unos minutos, la doncella cepilló el cabello ondulado y lo recogió en una larga trenza que ladeó.

—Muchas gracias, Anna.

—De nada, ¿mañana harás algo por la mañana?

—No, no tengo previsto salir.

—Entonces prepararé el vestido verde.

—Perfecto, aunque es posible que por la tarde vengan *lady* Betland y *lady* Wells a tomar el té.

Anna asintió.

—Tendré listo un vestido de tarde por si acaso. Descansa, Lia, y no leas hasta tarde.

—Te lo prometo.

Lia se acercó, dio un beso a Anna y tras sonreír, la doncella se retiró.

Lia estaba leyendo en la cama cuando escuchó un ruido en el cristal. Levantó la vista del libro y volvió a bajarla otra vez para continuar con la lectura, pero no llevaba ni tres palabras leídas cuando el pequeño ruido sonó de nuevo. Curiosa, se levantó de la cama y fue hacia la ventana, la abrió y contempló la oscuridad del jardín. Entre los árboles cercanos pudo ver una sombra y momentáneamente se asustó, hasta que descubrió quién era.

Con asombrosa habilidad, Gabriel trepó hasta la ventana y ella se apartó para dejarlo entrar.

—¿Cómo has hecho eso?

—Sin mucho esfuerzo, la tubería me lo ha puesto fácil.

—¿Qué haces aquí?

Gabriel ladeó la cabeza y dio un beso rápido a Lia.

—¿No lo sabes? —preguntó a su vez. Ella negó con la cabeza—. No puedes soltar una cosa así y luego esperar que no me juegue la vida para volver a verte.

—¿Jugarte la vida? ¿No crees que es un poco exagerado? Además, un caballero no entra así de esa manera en la habitación de una joven dama aprovechando la oscuridad de la noche. Corres el riesgo de que te descubran.

—¿Qué quieres que te diga? No soy un caballero, al menos no esta noche. Además, la joven dama es mi prometida; no creo que a pesar de todo sea un escándalo si me descubren.

—¿Has hablado de eso con alguien? ¿Hay alguien más que esté de acuerdo en que no es un escándalo?

—Posiblemente tu hermano, pero supongo que el marqués de St. Abbey no cuenta, ¿verdad?

—Claro que cuenta, mi hermano es un buen aliado. Aplacará la furia de sus excelencias si al final acaban por descubrirte.

—En ese caso, estamos a salvo.

Gabriel rodeó la cintura de Lia y bajó la cabeza, deseoso de besarla, rozó sus labios sobre los de ella y con una tortura exquisita, saboreó el dulce néctar que la boca de ella le ofrecía. Los labios carnosos de Lia respondieron a la intensidad del beso y cuando abrió la boca para degustar el manjar, sintió que sus piernas flaqueaban. Por suerte, los fuertes brazos de Gabriel la agarraron con más fuerza y sus ardientes labios siguieron implacables. Su lengua recorría los rincones de la dulce boca femenina consiguiendo volverla loca, mientras que la lengua de ella saboreaba el delicioso placer que Gabriel le daba. Con las respiraciones aceleradas por la pasión del beso, Gabriel despegó sus labios con un suave mordisco, para disgusto de Lia, que hubiera seguido besándolo hasta que el sol se hiciera presente por el horizonte y entrara a raudales en la habitación.

—¿Sabes? Creo que a pesar de que seas mi prometido no estoy a salvo contigo.

—¿Por qué crees eso?

—Por la forma que tienes de besarme, nunca imaginé que un beso provocaría todo lo que me provocas tú.

Gabriel sonrió.

—Eso mismo me provocas tú a mí y nunca imaginé que me fuera a pasar.

—¿Los demás besos que has dado…? ¿No fueron así?

—Ni por asomo, tus besos son la mayor delicia y nunca querría renunciar a ellos. Sin embargo, los demás besos me dan igual. Renunciaría a ellos si con eso consigo que tú me vuelvas a besar una sola vez.

—Me gusta que pienses así —repuso ella fingiendo la tranquilidad que en el fondo no sentía —. Pero sigo pensando que estoy en peligro.

—¿Y esta vez por qué es?

—Porque no has venido aquí para besarme. Al menos, no solo para eso.

—Qué pensamiento tan delicioso. ¿En qué te basas?

—En que me puedes besar a plena luz del día y en cualquier parte donde no te vea nadie, pero ahora utilizas la oscuridad de la noche para colarte en mi habitación.

—Puede que solo necesite un beso de buenas noches, y trepar hasta tu ventana para conseguirlo me hace parecer aún más un hombre enamorado que necesita saciarse de tu boca para poder dormir.

—Pues qué decepción. —Gabriel levantó la ceja divertido, y Lia se apresuró a continuar—: No la parte del hombre enamorado, sino la parte de que solo necesites un beso.

—Así que, ¿considerarías una decepción que solo necesite tus besos? Pues quédate tranquila, amor, necesito mucho más. Y tienes razón, no he recurrido a la oscuridad solo para darte un beso, pero no te preocupes, no corres ningún peligro. Nunca dejaría que te pasara nada.

Gabriel cogió con suavidad la trenza y quitó el lazo que la sujetaba. Fue despeinándola hasta que el suave cabello ondulado estuvo suelto cayendo en cascada hasta la cintura. Entrelazó sus hábiles dedos con los mechones cobrizos y aspiró el aroma.

—Hueles tan bien… a flores blancas, a jazmín. Me vuelve loco tu olor.

Lia lanzó un suspiro de placer cuando el susurro se perdió al morder Gabriel su delicada oreja. Succionó despacio y chupó levemente con la punta de la lengua, recorriendo el cuello con delicados besos que la llevaron a un nivel más alto de placer cuando su piel, sin remedio, se erizó.

Gabriel la cogió en brazos y la tumbó sobre la cama de dosel, y luego se quitó las prendas que le estorbaban hasta quedarse en mangas de camisa. Fue hacia ella y se colocó a su lado, besándola despacio, y su mano recorrió un sendero que fue desde el nacimiento del pelo hasta su pecho. Jugó con él como había hecho unas horas antes, hasta que este se endureció como respuesta a sus caricias. Gabriel se agachó abriendo la boca en torno a él y succionó la cima rosada y endurecida por su contacto. Chupó y mordió, provocando que el cuerpo de Lia se arqueara levemente y que de su boca se escapara un pequeño gemido.

Repitió el proceso con el otro pecho obteniendo de nuevo la misma respuesta de ella.

Las tímidas manos de Lia apenas sabían dónde tocar, pero se aventuraron a bajar por el pecho de Gabriel.

—Puedes tocar lo quieras, estoy aquí para ti.

Lia abrió aún más los ojos y después bajó su mirada a la camisa decidiendo así que le estorbaba. Ayudada por Gabriel, lo despojó de la prenda y contempló su torso desnudo y fibroso, se incorporó sobre la cama y tumbó a Gabriel cambiando las posturas. Paseó sus

dedos por la piel suave y tersa deleitándose en la fuerza de sus músculos. Pensó que, tal vez, el placer que ella sentía cuando él jugaba con su pecho él también lo sentiría, por eso se armó de valor e imitó el juego de Gabriel; succionó la tetilla, chupó y mordió, comprobando que en efecto a él también le daba placer.

Gabriel se incorporó y sentó a Lia sobre su prominente erección, haciendo que ella lanzara un gemido de asombro.

—Eso… eso…

—Eso es lo que me provocas. No te asustes, mi vida, es normal.

Antes de que Lia pudiera decir nada, Gabriel atrapó la boca de ella y la besó sin piedad, la besó excitado por las sensaciones que estaba sintiendo. La mordisqueó con pasión los labios,

saboreó su boca y comprobó que ella lo besaba y correspondía con la misma fuerza.

Lia lo abrazaba con fuerza, paseaba sus manos por la piel desnuda y, cuando cambió el ritmo del beso haciéndolo más salvaje, más intenso, clavó sus uñas en la musculosa espalda haciendo que Gabriel sintiera un placer hasta ahora desconocido para él.

La tumbó de nuevo sobre la cama y la fue besando, le subió poco a poco el camisón de muselina y Lia sintió tanta vergüenza como placer cuando los labios rozaron sus rizos más íntimos. Gabriel abrió los pliegues de la suave carne femenina y paseó su lengua por la intimidad de Lia, saboreando, excitándose aún más.

Jugó con su lengua y acarició el clítoris con ella hasta que el cuerpo de Lia estalló; sintió sus temblores y succionó. Volvió a su boca, dejando que ella probara el sabor de su sexo y con sus hábiles dedos volvió a llevarla de nuevo al clímax. En torno a su cuerpo, Lia estalló de nuevo sintiendo cómo una oleada de placer le recorría el cuerpo de arriba abajo, cómo el calor sofocante se arremolinaba en el centro de su deseo, mientras Gabriel no dejaba de acariciarla con sus dedos.

Cuando su respiración se volvió regular, Gabriel abandonó los suaves pliegues de la carne rosada y la besó con dulzura.

—¿Qué… puedo hacer yo para… para devolverte…?

—Con la reacción de tu cuerpo ya me das placer.

—Pero yo quiero darte más, mereces que…

—Esta noche no, mi amor. Esta noche es para ti.

—Pero no es justo, Gabriel.

—Mi vida, deja que esta noche sea para ti. Te prometo que el resto de las noches que nos quedan por vivir dejaré que hagas conmigo lo que quieras.

—Pero Gabriel…

Él la calló con un beso.

—Tenemos muchas noches por delante. Esta noche y para toda la vida soy tuyo, mi amor.

Gabriel volvió a besarla con pasión y después la abrazó sintiendo cómo los latidos de su corazón se iban calmando. Se había quedado dormida en sus brazos y aquello provocó en Gabriel una emoción hasta ahora desconocida. La contempló mientras dormía relajada y confiada, y el corazón le dio un vuelco, se le aceleró y sintió cómo el mundo se paraba de nuevo. Antes de dormirse abrazado a la mujer que amaba, prometió que siempre cuidaría de ella. Lia en sus brazos siempre estaría a salvo.

Capítulo 11

Aquella tarde, en la región de Oxfordshire, el sol se colaba por la ventana del carruaje mientras una intrépida pelirroja miraba por ella.

Elle, que nunca había puesto ninguna pega a ir en carruaje, al bajarse del tren y ver que aún quedaba al menos media hora de viaje se sintió frustrada. Al sentarse en el pequeño espacio forrado de terciopelo había mirado a Lizzie y de una manera muy poco elegante había resoplado. Por eso, cuando el transporte paró frente a la casa de los condes de Welbey, la joven sonrió y se apresuró a bajar con la ayuda de un lacayo.

—Menos mal que ya hemos llegado. El viaje se me ha hecho eterno.

Lizzie, que también había bajado y estaba a su lado, le acarició la espalda sonriendo.

—Elle, has hecho este viaje al menos diez de veces. Te recuerdo que normalmente vives al otro lado de la región. Sabías de sobra el tiempo que tardaríamos en llegar a la casa de los Welbey, si estás nerviosa es por otros motivos. Y eso también lo sabes.

Elle miró a su amiga y ladeó la cabeza divertida.

—¿Así es como te vas a pasar todos estos días? ¿Recordándome lo nerviosa que me pone el condenado de tu primo?

—Para nada, solo te lo recordaré cuando no tenga más remedio. Por lo demás, pienso disfrutar. Pero creo que deberíamos ir entrando para que el mayordomo pueda anunciar al conde nuestra llegada.

—Tienes razón. Además, quiero quitarme este vestido. ¿Te has dado cuenta de que los vestidos de viaje no aportan nada? Es decir, al cabo de unas horas terminan siendo molestos.

—Es verdad. —Lizzie bajó la mirada hacia la falda de su vestido y agregó—: Yo también quiero cambiarme.

Las dos amigas fueron hacia la puerta de la casa acompañadas por sus doncellas, mientras los lacayos llevaban el equipaje. En la enorme entrada de la mansión, el mayordomo las recibió cordialmente según estipulaba el protocolo y anunció la llegada de las damas a los condes.

La condesa de Welbey, una mujer muy atractiva por la que los años no parecían pasar, recibió a sus invitadas en un salón de la planta baja.

—Buenas tardes, *lady* Baxter.

—Buenas tardes, *lady* Welbey —dijo Michelle en un tono dulce y educado.

—*Lady* Reicks, ¿cómo está? Espero que el viaje haya sido ameno.

—Ha sido un viaje entretenido, *lady* Welbey. Muchas gracias por su invitación, tanto a Michelle como a mí nos apetecía salir de Londres unos días.

—Me alegro de que nuestra invitación haya llegado con tan buen tino. Espero que disfruten de estos días y puedan relajarse del ambiente de Londres.

—Nosotras también lo esperamos. —Elle miró a la condesa e hizo un gesto de agradecimiento.

—Seguro que estáis deseando quitaros los vestidos de viaje y refrescaros antes de bajar a cenar. La señora Farlow, nuestra ama de llaves, os acompañará a vuestras habitaciones. Confío en que las encontréis de vuestro agrado.

—Muchas gracias, *lady* Welbey.

Se despidieron de la condesa y, acompañadas por el ama de llaves, subieron a las habitaciones de invitados. Cuando Elle abrió la puerta de la estancia, recorrió con su mirada azul la habitación y lanzó un gemido de aprobación. Su doncella ya había preparado un vestido apropiado para bajar a cenar, y también un baño.

Al notar la temperatura del agua Elle sonrió; su doncella siempre sabía a la perfección cómo necesitaba las cosas. Con cuidado, hundió su cuerpo en la bañera y jugó unos instantes con la espuma del jabón, después respiró hondo y se relajó. Pensó en cómo debería comportarse esos días con Ian, barajó las distintas posibilidades que tenía en mente y se decantó por dejar que las cosas fluyeran a su manera. Se mostraría como siempre, no dejaría de ser ella misma y tampoco forzaría las cosas.

—Lo que tenga que ser, será —se dijo en voz alta, antes de decidir dar por finalizado el baño.

Al cabo de un rato, tanto Lizzie como Elle bajaban a la planta baja de la mansión para saludar al resto de invitados. No habían llegado las últimas, pero tampoco habían sido las primeras, y aunque más o menos sabían quiénes estaban invitados al evento de caza de los Welbey, querían cerciorarse de que estarían bien acompañadas cuando estuvieran en el monte.

El salón que habían preparado para reunir a los invitados antes de cenar era muy amplio y estaba decorado con elementos de caza. Era un salón de estilo rústico, muy apropiado para una finca que estaba dedicada a esas actividades.

Al entrar, los ojos de muchos de los caballeros se clavaron con demasiado interés en ellas. Durante los días anteriores, aquellos caballeros habían comentado que tanto *lady* Baxter como *lady* Reicks estaban invitadas, pero los condes de Welbey no habían querido confirmar la asistencia de las damas. Habían preferido dejar el misterio en el aire para así asegurarse de que todos los invitados respondieran afirmativamente a su invitación. Que dos de las jóvenes más reclamadas de la temporada estuvieran aquellos días en su finca, sin duda daría de qué hablar.

Lord Wickam, uno de los más antiguos amigos de los condes, quiso ser el primero en saludarlas.

—*Lady* Reicks, *lady* Baxter. Es un placer verlas aquí.

—Muchas gracias, lord Wickam —contestó Lizzie.

Las dos se inclinaron y saludaron según el protocolo al conde, que les besó la mano.

—Sin duda, serán unos días entretenidos. Tengo entendido que *lady* Baxter es muy buena en abatir buenos ejemplares —dijo lord Welbey uniéndose a la conversación.

—Espero estar a la altura de las expectativas, milord —respondió Elle saludando al conde.

—Entiendo entonces, que *lady* Baxter tendrá su propio equipo. Lizzie miró a lord Wickam y respondió:

—Sin duda, habrá días en que nuestro equipo de caza nos acompañará. Pero estoy segura de que habrá otro día en que ir de acompañante tampoco será mala idea.

—En ese caso, permítame, *lady* Reicks, que sea yo su compañero estos días.

—Es un honor, lord Wickam, me pensaré su petición.

El conde torció los labios unos instantes para después sonreír.

—Por supuesto, *milady*, esperaré ansioso su respuesta.

Cuando el conde se dio la vuelta y se unió a otro grupo de invitados, lord Welbey, que no se

había marchado, entregó a las damas una copa de vino.

—Estoy convencido de que serán unos días agradables. —El conde agachó la cabeza y se despidió de sus invitadas.

—Vaya cara se le ha puesto a lord Wickam —comentó Elle.

—Daba por hecho que lo acompañaría.

—¿Te disgusta el conde?

—No, para nada, es un caballero muy agradable. Pero hay muchos más caballeros en la sala y me gustaría tenerlos en cuenta a todos.

Elle soltó una pequeña carcajada y añadió:

—Estoy de acuerdo contigo, hay demasiados caballeros y las damas escasean, será interesante tomar una decisión.

—Creía que tenías la decisión tomada.

—Tengo la decisión tomada. Mi idea principal es que Ian sea mi compañero en las partidas, pero no puedo obligarle y tampoco pedírselo. Tiene que salir de él, pero no alcanzo a saber los planes que tiene. Por cierto, ¿dónde está?

Lizzie se encogió de hombros y recorrió el salón con la mirada.

—No tengo ni idea. Supongo que ya habrá llegado y que ahora bajará. Según tengo entendido, la mayoría de los invitados respondieron que sí. Aún falta gente por unirse al grupo.

Elle miró a Lizzie para añadir algo más, pero en ese instante la condesa de Welbey se unió a ellas acompañada por una dama.

La señorita que acompañaba a la anfitriona era su sobrina. Una joven de buena cuna, hija de un marqués, que vivía en Irlanda, y que había sido no solo invitada esos días sino también a la temporada en Londres, con el único fin de llamar la atención del marqués de St. Abbey. Su tía consideraba que el mejor partido para su sobrina era Ian, y se había unido a ellas con la intención de ganárselas, pues entendía que la prima del marqués y una amiga de toda la vida podían ser unas buenas aliadas en la empresa. Por supuesto, las dos damas asintieron y fingieron amistad cuando las intenciones de la condesa quedaron claras, pero sin duda las intenciones eran otras. Elle nunca ayudaría a que la artimaña de la condesa y su sobrina llegara a ser productiva. Mientras que Lizzie, que siempre estaría del lado de su amiga, tenía la certeza de que su primo se interesaría antes por Elle que por la otra dama.

Estaban hablando sobre lo que se había preparado para aquellos días, cuando el marqués de St. Abbey, acompañado de lord Trenton, entró en el salón. La condesa y su sobrina perdieron por completo el interés en ellas y dedicaron toda su atención al marqués.

—Sabía que la condesa de Welbey era una estratega muy buena. Pero nunca pensé que nos invitaría para que hiciésemos de celestinas —murmuró Elle para no ser escuchada.

—Yo tampoco habría pensado que sus intenciones eran tan rebuscadas. Pero ahora sabemos a lo que atenernos con ella. Y con su sobrina.

—¿Crees que la sobrina puede captar la atención de Ian?

—Es evidente que *lady* Annabel parece una joven muy bien educada que conoce a la perfección cómo funciona este mundo. Además, estoy segura de que su padre le ha proporcionado una más que sustanciosa dote. Pero sinceramente no creo que sea del interés de Ian.

—¿Lo dices de verdad, o es solo para consolarme?

Lizzie dejó de observar a su primo y clavó sus ojos en la pelirroja preocupada que tenía al lado.

—Lo digo de verdad, mi primo sabe manejarse perfectamente. Lo tenías que haber visto la temporada pasada. Se aleja de todas aquellas damas que van en su busca y captura.

—Lizzie, yo voy en su busca y captura.

—Porque te gusta, y te gusta de verdad. No porque quieras ser marquesa y pienses que es lo mejor que te puede pasar. A ti te gusta mi primo, no su título.

—Puede que él no entienda la diferencia.

—Si no entiende la diferencia es que es un completo idiota. Además, tú tienes tres amigas que te van a ayudar. *Lady* Annabel, aunque no lo sepa, está sola. Deja de pensar que eres igual que ella, no pienso consentir que te compares con esa insípida cazatítulos.

Elle se mordió el labio inferior y abrazó efusivamente a Lizzie.

—Gracias.

Observaron cómo los caballeros saludaban a los recién llegados, y a las escasas damas que los contemplaban con interés. La condesa y su sobrina esperaron el momento oportuno y cuando lo encontraron se acercaron a ellos.

—Lord St. Abbey, me alegro de que haya podido venir a nuestra reunión.

La condesa de Welbey se inclinó, sin olvidar que Ian tenía un título superior.

—Lord Trenton, siempre es un placer verlo. Permítanme que les presente a mi sobrina, *lady* Annabel. Es la hija de mi hermana, vive con ellos en Irlanda, pero va a pasar con nosotros esta temporada.

—Es un placer conocerla, *lady* Annabel.

Ian cogió la mano de la joven y se la besó con delicadeza justo en el instante en que sus ojos se desviaron hacia la pelirroja que estaba allí cerca.

—Si me disculpan, voy a saludar a mi prima.

—Por supuesto, lord St. Abbey.

Ian miró a Trenton, que entendió perfectamente, y se despidió de las damas.

—Lizzie.

—¡Ian! Me alegro de verte.

—¿Cómo estás?

—Relajada, unos días fuera de Londres nos vendrán bien. Ian se volvió hacia la otra joven.

—Elle, siempre es un placer verte.

Ian, al contrario que con su prima, tomó la mano de Elle y depositó un casto beso en ella.

—Puedo decir lo mismo, siempre me alegra verte.

—Me gustaría presentaros a un buen amigo. Lord Brandon Stanton, conde de Trenton.

—Es un placer.

El conde de Trenton saludó a las damas, pero resultaba obvio que su interés estaba puesto en Lizzie.

—Brandon estaba invitado, pero tuve que insistirle para que al final aceptara venir. Es un cazador excelente, pero carece de la paciencia necesaria. Espero que entre todos consigamos que no se arrepienta.

—Estoy segura, primo, que conseguiremos que lord Trenton se divierta.

—Claro que sí, esperamos pasar unos días agradables y haremos que se olvide de la

insistencia de Ian —añadió Elle.

—¿Lo ves, amigo? Te dije que tanto mi prima Lizzie como Elle serían una agradable compañía.

—No me cabe duda de que tanta insistencia tenía sus razones. Las dos damas prometen ser muy interesantes.

—No lo dudes. Te aseguro que son encantadoras. —Ian miró a Elle unos segundos y preguntó—: ¿Habéis prometido vuestra compañía durante las partidas, o llegamos a tiempo?

—Llegáis a tiempo —contestó Lizzie.

—En ese caso, sería un placer que fueras mi acompañante, Elle. Mi hermana Lia me ha comentado que tienes buen ojo a la hora de apretar el gatillo.

—Lia siempre exagera todas mis cualidades, pero prometo estar a la altura. Elle sonrió a Ian y este le guiñó un ojo, para sorpresa de la joven.

—*Lady* Reicks, ¿le gustaría acompañarme durante las partidas?

—Claro, lord Trenton, estoy segura de que su compañía lo merece.

—Parece que ya están pasando al comedor, ¿nos unimos a los demás?

Ian ofreció su brazo a Michelle y esta se apoyó en él mientras observaba cómo Lizzie hacia lo mismo con lord Trenton.

La partida de caza había empezado a las seis de la mañana. Después de un abundante desayuno y de la organización de los grupos, Ian y Elle habían salido detrás de un conde del que por más que ella intentaba recordar su nombre, nunca lo lograba.

Habían recorrido el monte mientras hablaban de todo. Ese acercamiento había hecho que Ian pensara que tal vez la pelirroja podía mostrar interés en él, sin embargo, Elle estaba casi convencida de que Ian sentía algo por ella, pero no había decidido cómo podía terminar de comprobarlo. Cuando la salida se dio por finalizada después de abatir veinte faisanes y un venado, volvieron a la casa. En la entrada los esperaba un refrigerio antes de subir a sus habitaciones a prepararse para la cena.

—¿Cómo ha ido?

Lizzie, que había pasado todo el día con lord Trenton, se había acercado a Elle para saber qué había ocurrido con su primo.

—Ha ido bien. Es decir, creo que siente algo, pero aún no sé cómo comprobarlo.

—No importa si no lo compruebas estos días, lo importante es que…

Lizzie no pudo terminar de hablar, pues la condesa de Welbey, acompañada de su sobrina, se acercó a ellas.

—¿Qué tal lo han pasado?

—Ha sido como esperábamos. —El tono de Lizzie sonó cordial y educado.

—*Lady* Baxter, ha tenido la suerte de pasar el día con el marqués de St. Abbey. ¡Qué gran oportunidad!

Elle, que entendía a lo que se refería Annabel, la sobrina de la condesa, sonrió amablemente y contestó:

—El marqués de St. Abbey es un amigo de toda la vida. Siempre es una gran suerte contar con su compañía. Pero no se preocupe, querida, estoy segura de que Ian buscará estos días otras

compañías además de la mía.

Annabel sonrió agradecida por las palabras de la que pensaba que era su amiga mientras la condesa le cogía las manos.

—Puedo entonces suponer que le ha hablado de mi sobrina.

—Puede dar por hecho que Ian recordará la presencia de *lady* Annabel en la temporada. Ni que decir tiene que el marqués es un excelente bailarín.

—Le agradecemos sus palabras, *lady* Michelle.

Cuando la condesa y su sobrina se marcharon, Lizzie soltó una pequeña risa.

—Desde luego eres lo peor, ¡mentir de esa manera!

—Oh, no, para nada, no he mentido. Le he comentado a Ian que la condesa y *lady* Annabel solicitaron nuestra ayuda para que la joven dama no pasara desapercibida en la temporada.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no le gustan las artimañas que utilizan *lady* Welbey y su sobrina para encontrar un buen marido. —Elle sonrió a Lizzie y se encogió de hombros antes de llevarse la copa a los labios—. Como verás, no tengo la culpa de la falta de interés de tu primo en *lady* Annabel, pero tampoco puedo decírselo.

Lizzie se rio divertida y las dos entraron en la casa para subir a sus habitaciones.

Durante su baño, Elle se percató de que le faltaba el collar de su madre. Un pequeño colgante con forma de lágrima que le regaló cuando cumplió dieciocho años y que había pertenecido anteriormente a su abuela. Para Elle, aquella joya era muy importante.

Angustiada, buscó por la habitación y entre la ropa de caza que acababa de quitarse, pero no apareció. Con el corazón en la garganta, preguntó a su doncella y trató de recordar dónde se le podría haber caído. Cuando quedó claro que no estaba allí, ya no le quedó otro remedio que bajar preocupada al salón.

Lizzie, al verla tan alterada, dejó de lado a lord Trenton y se acercó a ella.

—¿Qué te pasa?

—He perdido el collar de mi madre. El que llevo siempre. —Elle se tocó el cuello y miró a Lizzie con los ojos húmedos.

—No te preocupes, cielo, lo encontraremos.

—Estoy segura de que se me ha caído en el bosque, cerca de la entrada a la casa.

Cuando me he quitado el sombrero, he notado que los lazos se habían enganchado, pero no he pensado que fuera en el collar.

—Entonces, mañana a la luz del día saldremos a buscarlo. Elle iba a responder cuando Ian y Brandon se acercaron.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Brandon.

—Sí, Elle ha perdido un collar muy importante para ella. Le estaba diciendo que mañana a la luz del día iremos a buscarlo.

—¿Sabes dónde se te ha podido caer?

Elle se volvió hacia Ian y asintió antes de responder:

—Sí. Se me ha debido de caer cuando me he quitado el sombrero, he notado que los lazos estaban enredados y simplemente he tirado.

—El sombrero te lo has quitado en el bosque. Después de la cena, si quieres, vamos a buscarlo. Esa parte está iluminada, ya que es el sendero que conduce al lago.

—¿Me acompañarías a buscarlo? ¿De verdad? —La voz de Elle sonó esperanzada.

—Claro. Seguro que lo encontramos.

Ian cogió la mano de la pelirroja y se la besó con cuidado, entrelazó su brazo con el de ella y la condujo al salón.

A Elle, la cena se le hizo eterna. Los minutos pasaban muy lentos, y más cuando tenía que fingir la sonrisa. No quería preocupar a nadie con la historia del collar y tampoco quería que la condesa y su sobrina se enteraran de que Ian se había ofrecido a ayudarla. Por eso, cuando acabó la cena e Ian la acompañó fuera respiró algo más tranquila. Sabía que el collar tenía que estar ahí. Mientras caminaban en dirección al lago, Elle se prometió a sí misma que tendría más cuidado, sobre todo a la hora de quitarse el sombrero.

—Tiene que estar por aquí —dijo Ian al llegar al pequeño camino.

—Sí, menos mal que está iluminado. —Elle contempló los pequeños faroles que estaban repartidos por los árboles—. Creo que ha sido allí, al lado de esos arbustos.

Ian caminó con paso decidido hacia dónde indicaba Michelle y bajó la mirada al suelo. Paseó sus ojos azules por las hierbas y las ramas secas hasta que un pequeño brillo llamó su atención. Se agachó ante una expectante Michelle y sonrió al recoger el colgante.

—¡Lo has encontrado!

Elle se acercó a Ian y cogió la pequeña joya de su madre.

—Es muy bonito, no me extraña que quisieras recuperarlo.

—Es un collar familiar, perteneció a mi abuela.

Ian asintió y recuperó de sus manos la delicada cadena con la lágrima. Indicó a Elle que se diera la vuelta y se lo abrochó. Las manos de Ian rozaron el cuello de la joven, que enseguida reaccionó a la caricia. Ella contempló la delicada perla de nuevo en su sitio, y sonrió aliviada antes de girarse y abrazar a Ian.

—Gracias por encontrarlo.

Aquellas palabras murmuradas en su oído pusieron en alerta a Ian, que acogió entre sus brazos el cuerpo de la joven.

—No hay por qué darlas.

Ian clavó su mirada en la sonrisa de Michelle, levantó su mano derecha y con sus dedos dibujó el sendero de una suave caricia que recorrió la pequeña nariz y los carnosos labios de ella. Tomó un mechón de cabello rojo y jugó con él unos instantes antes de atrapar su delicada boca con la suya.

Al comprobar cómo los labios de Elle correspondían a su beso, Ian la abrazó más fuerte, la cogió suavemente hasta situarla contra la corteza de un árbol y aprisionó su cuerpo con el suyo. Las manos de Elle se enredaban en los cabellos rubios de Ian y exploraban la fuerte espalda cubierta por el traje. Hubieran seguido besándose con esa pasión si no hubieran oído ruidos.

—¿Qué…?

Ian puso un dedo en los labios de Michelle para que se mantuviera en silencio y pudieran escuchar sin ser vistos.

—Querida, ya sabe que puede disponer de mi compañía siempre que quiera —dijo una voz masculina.

—Bueno es saberlo, lord Wickam.

Ian miró con cuidado a través de las hojas y se dirigió a Elle:

—Lord Wickam y *lady*… Bueno, es igual, no me acuerdo de cómo se llama. Elle cogió de la mano a Ian y se adentraron por el sendero hasta llegar al lago.

—Este sitio es mucho más bonito que un camino lleno de hierbajos, ¿no crees? —Elle se dio la vuelta y esperó la contestación.

—Claro. Elle yo… No he podido evitarlo.

—Lo sé. Esperaba que no lo pudieras evitar.

—Por mí te habría besado esta mañana, pero pensé que delante de los criados que nos acompañaban no era buena idea.

—Era buena idea. Pero no el momento. Ian sonrió y se acercó más a la joven.

—Tendré en cuenta que compartimos ideas la próxima vez.

—Tal vez para la próxima vez no te dé tiempo a pensar si es una buena idea.

—Sin duda eso me gustará mucho más.

Elle se puso de puntillas y dio un rápido beso a Ian.

—¿Crees que lord Wickam arrastrará hasta aquí a su acompañante?

—Lo dudo, ella no tenía mucho interés esta noche.

Elle se encogió de hombros y se sentó en la orilla del lago, se quitó los zapatos que hacían juego con su vestido, retiró las medias y metió los pies en el agua.

—¿No está fría? —indagó Ian.

—No, está buena. Ya hace buen tiempo.

Ian observó cómo ella movía los dedos y jugaba con el agua.

—Creo que yo también voy a comprobar si está buena o no.

Se sentó al lado de la pelirroja, se quitó los zapatos y los calcetines y mojó los pies.

—¿Qué? ¿Está buena o fría?

—Está buena. ¿Sabes que lo que acabas de hacer se considera un escándalo?

—¿Qué de todo? —Elle miró a Ian y ladeó su cabeza divertida.

—En realidad todo. Pero sobre todo quitarte las medias.

—Ian, estás medias son muy delicadas. No se pueden mojar así como así. Mi doncella me mataría si las llego a empapar en esta agua.

—Claro, las medias son una prenda delicada. ¿Cómo no me he dado cuenta de eso? —Elle ignoró la ironía de su voz y simplemente contestó:

—Porque eres un hombre. Como ves, es una explicación muy simple.

—En realidad la simpleza radica en otras cosas, pelirroja. Pero aún es pronto para contártelo.

Ella clavó sus ojos en Ian y se mordió el labio con aire juguetón.

—No es pronto. La simpleza a la que te refieres no es otra que tu instinto. Si por ti fuera, me habrías metido en el agua con vestido y medias para manejarme a tu antojo. Aunque viendo cómo me miras, con el tronco del árbol como apoyo también te habría bastado.

Ian abrió la boca y la volvió a cerrar, impactado por sus palabras.

—No… no esperaba eso.

—Lo sé. Estás tan anonadado que ni tú mismo te lo crees. —Elle se encogió de hombros—. Sorpresa, no soy tan inocente como imaginas.

—Claro que lo eres, pero ahora no puedes echarte atrás. Era fácil de adivinar lo que me apetece hacer contigo. Lo que no es tan fácil es reconocer que tú también lo quieres.

Elle miró a Ian y abrió la boca para decir algo, pero solo pudo tragar con fuerza. Desvió su mirada al agua y, decidida, se volvió de nuevo hacia el marqués.

—Tienes razón. Es difícil de reconocer, pero, como has dicho, no puedo echarme atrás.

El marqués de St. Abbey sonrió al reconocer en las palabras de Michelle lo que le quería decir. Antes de que ella se arrepintiera y él dejara escapar la oportunidad de saborear el cuerpo que lo volvía loco, se levantó y ofreció su mano a la joven para que se levantara también.

—Vamos a quitarte el vestido. No quiero que tu doncella acabe conmigo.

—Entonces también habrá que quitarte el traje. Yo tampoco quiero que tu ayuda de cámara se enfade.

Ian acercó su boca a la de ella y la besó con ansia. Devoró sus labios y supo que le sería difícil olvidar los ardientes y provocativos besos de Elle. Con habilidad, se fue deshaciendo de las prendas que cubrían el cuerpo de la pelirroja y ella lo ayudó a quitarse la ropa que parecía quemar su piel. Cuando la tuvo desnuda solo para él, la cogió en brazos y entró con ella en el agua, y después le deshizo el moño que lucía aquella noche dejando que los cabellos rojos se mojaran. Ella pegó aún más su cuerpo al suyo y lo besó con pasión. Ian buscó el permiso para jugar con su lengua y, cuando Elle le dio acceso, saboreó el dulce néctar que ella le ofrecía. Empleando su fuerza de voluntad, despegó sus labios de ella y la levantó, haciendo que Elle enredara sus piernas alrededor de sus caderas. Despacio, succionó la hinchada y mojada cima rosada, mordisqueó con suavidad hasta que escuchó un pequeño gemido, repitió el proceso en el otro pecho y volvió a su boca. Bajando las manos por la femenina piel, paseó sus dedos por el centro del deseo y como respuesta, Elle se agarró más fuerte a él, arqueando la espalda, y dejando expuesto su cuello. Ian jugó con sus hábiles dedos hasta que ella estalló. Entonces, él buscó su boca para beberse aquellos gemidos de placer que lo estaban volviendo loco. Agarrada a su cuello, Elle consiguió que su respiración se volviera regular y abrió los ojos para mirar a Ian.

—Yo también quiero. ¿Puedo probar?

Las manos de Michelle fueron bajando por el cuerpo de Ian. Investigaron, tocaron y al principio se mostraron tímidas. Pero cuando sintió que Ian reaccionaba y soltaba un gemido gutural, ella le acarició con más fuerza.

—Pelirroja, eres altamente peligrosa.

Ian cogió la mano de Michelle y la volvió a colocar alrededor de su cuello, le acarició la espalda mojada y tiró levemente del cabello para volver a besarla. Esta vez con mimo, con cariño.

—Ian, por mucho que quiera continuar contigo en el agua, eso no hace que deje de tener frío.

Ian sonrió con dulzura y la sacó del agua. Le prestó su camisa para que se pudiera secar, la ayudó a vestirse y, como el caballero que dudaba ser después de lo que acababan de hacer, la acompañó hasta la puerta de su habitación.

—Buenas noches, Ian.

—Buenas noches, Peligro.

Capítulo 12

El carruaje se movía veloz por las calles de Londres mientras tomaba rumbo hacia Grosvenor Square. Las cuatro damas más solicitadas de la temporada habían quedado para pasear por el parque. Cuando el carruaje llegó a la entrada, un elegante cochero abrió la puerta y Lia y Verly bajaron acaparando todas las miradas. Los curiosos que se encontraban en la puerta del parque revoloteaban alrededor de las hermanas intentando hablar con ellas.

—¿Tú te acostumbras a que te miren tanto? —preguntó Verly a Lia.

—No. Además, no me gusta. Me hace sentir como si estuviera expuesta en un mercado de carne.

Verly asintió y fijó su vista en el carruaje que se acercaba. Cuando estuvo lo bastante cerca sonrió.

—Elle ya está aquí.

Lia se dio la vuelta y miró el coche con el escudo de armas de la familia Betland. Elle bajó del carruaje con la consabida ayuda y se acercó a ellas.

—¡Me alegro de veros! Cualquiera diría que llevamos una eternidad sin hablar.

—A mí se me ha hecho eterno.

Las tres chicas se giraron y sonrieron a Lizzie, que también acababa de llegar.

—¿Entramos y damos un paseo por el sol? —dijo Verly colocándose el sombrerito.

—Vamos.

Pasearon sin prisa mientras saludaban a unos y a otros, haciéndose las despistadas con aquellos a los que no querían saludar.

—¿Qué tal en los Cotswold? —Lia se situó al lado de Michelle y se enganchó a su brazo.

—Interesante, entretenido —contestó la pelirroja.

—Días en sociedad fuera de Londres —añadió Lizzie.

—¿Interesantes por…? —curioseó Verly. Elle sonrió y miró a sus amigas.

—¿Nos sentamos allí? —dijo señalando un precioso banco rodeado de flores. Se acomodó colocándose las faldas y continuó:

—Perdí el collar de mi madre.

—¿El que siempre llevas? —preguntó Lia mirándole el cuello.

—Sí. Al volver de caza, tiré de las cintas del sombrero y lo perdí. Pero al acabar la cena, Ian me acompañó a buscarlo. —Elle tiró de la delicada cadena y mostró la pequeña perla que decoraba su cuello.

—Menos mal que lo encontrasteis —murmuró Verly aliviada.

—Eso no es todo. Hay más —dijo Lizzie animando a la pelirroja.

—Nos besamos.

—¿Ian y tú os besasteis? —Verly abrió los ojos sorprendida.

Elle asintió y se mordió el labio, presa de la vergüenza. Lia cogió su mano y le sonrió con dulzura.

—¿Cómo fue?

—Muy bonito. Me encantó besarlo. —Lia asintió feliz y dio un beso a su amiga—.

Pero al día siguiente por la mañana se marchó. Sin ni siquiera despedirse, así que no sé lo que piensa él. No hemos hablado.

—Elle, cielo, desde ahora te digo que, si mi hermano no se despidió de ti, seguramente fue porque no pudo —aseguró Verly con tranquilidad.

—Eso espero. La verdad es que odiaría que fuera porque se arrepiente.

—Puedes estar segura de que no se arrepiente. —Lia apretó la mano que aún tenía cogida.

—Pero todo esto tiene fácil solución. Basta con que se lo preguntes. —Lizzie sonrió a la pelirroja y ladeó la cabeza divertida.

—No se lo voy a preguntar. Me da vergüenza.

—Entonces te quedarás con las ganas de saber no solo si se arrepiente, sino también por qué se marchó tan precipitadamente. Porque vosotras no sabéis nada, ¿no?

—Nada de nada. Primera noticia. Pero es normal, tampoco lo hemos visto. Puede que ni siquiera haya regresado. —Verly se encogió de hombros.

—Le preguntaremos a papá. Él seguro que sabe dónde está Ian. Sobre todo, si el asunto es importante —dijo Lia.

—¿Tú no nos cuentas nada del viaje? —Verly miró a Lizzie a la espera.

—¡Claro que cuenta! Lizzie también tiene noticias —exclamó Elle.

—Mis noticias no son nada interesantes comparadas con las tuyas.

—Lizzie, cuéntalas y deja que Verly y Lia digan si son o no interesantes.

—Conocimos a lord Brandon Stanton, conde de Trenton. Es amigo del primo Ian, fueron juntos a Eton.

—Sí, creo recordar que alguna vez lo ha mencionado —comentó Lia haciendo memoria.

—¿Congeniasteis?

—¡Verly, por Dios! ¡Qué pregunta! Claro que congeniaron. Estuvieron todo el rato juntos. —Elle sonrió y guiñó un ojo a Lizzie, que negaba con la cabeza divertida.

—Es un hombre muy interesante y pasamos mucho tiempo juntos. Pudimos hablar de todo un poco y bueno… puede que me guste. Pero no os pongáis como locas porque aparte de eso no creo que pase nada más.

—¿Por qué?

Lizzie miró a Lia y contestó:

—Porque se marcha a América. Ahora mismo es el mejor sitio para comprar madera.

Se marcha durante una temporada para comprar y venderla aquí. Debe de ser un buen negocio porque me comentó que Ian, Gabriel y James han invertido. Confían no solo en que es una buena inversión, sino que también están seguros de que Brandon sabrá negociar adecuadamente. Así que es mejor que olvidemos al conde de Trenton.

—Durante una temporada —añadió Elle—. ¿Y vosotras?

—Sin ninguna novedad, al menos de mi parte. No me ha pasado nada interesante, lo cual sin duda y sin remedio me parece de lo más triste. Pero todo es mirarlo con optimismo —dijo Verly mientras se colocaba los guantes.

—¡Ese es el espíritu, prima! ¿Y tú, Lia?

—Tampoco nada especial, salvo algún encuentro con Gabriel.

Lia sonrió, disimulando. Una cosa era contarles a sus amigas que Gabriel y ella estaban en proceso de conocerse para finalmente cerrar su compromiso, y otra muy diferente mencionar lo

ocurrido la última vez que estuvieron juntos.

—Pero ¿todo bien? —quiso saber Elle.

—Sí, todo está muy bien. Gabriel es cariñoso, atento. Se interesa y no fuerza las cosas.

—Nos alegramos. Para ser sincera, yo tengo ganas de boda —dijo Lizzie con ocurrencia.

—Eso le dije yo ayer. Pero por lo visto se lo van a tomar con más calma todavía —señaló Verly.

—No los agobies. Suficiente conflicto tienen con hacer las cosas a su manera y de forma muy poco convencional, mientras nos mantienen al día.

—Gracias Elle. Sin duda, al contrario que mi prima y mi hermana, tú me entiendes —sentenció Lia con picardía.

—Supongo que conoces a lord Trenton —sugirió Lia a Gabriel mientras paseaba a su lado.

Habían quedado aquella mañana para verse, aunque Lia no había tenido más remedio que salir acompañada de Anna, como era costumbre en el caso de las jóvenes solteras de buena posición. La doncella caminaba unos pasos por detrás, dándoles espacio para que pudieran hablar con libertad.

—¿Brandon? Sí, claro. Fuimos juntos a Eton. Él, junto con James, el hermano de Elle, formaban parte del grupo.

—¿Siempre estabais juntos?

—Por norma general. Los cuatro somos de la misma edad, así que no solo estábamos juntos en clase, también en las habitaciones. Yo compartía habitación con Ian y al principio James tenía otro compañero, pero solo durante el primer año. En segundo curso empezó compartiendo habitación con Brandon. ¿Por qué lo preguntas? ¿De pronto estás interesada en dejarme? —dijo Gabriel con picardía.

—Para nada, mi interés va por otro lado. Lizzie y Elle conocieron al conde en los Cotswold, y ayer mencionaron que Ian y tú vais a invertir en el negocio de la madera americana.

—Sí. Brandon se marcha allí una temporada para expandir el capital del condado. Ahora mismo América es el mejor sitio para el negocio de la compra de madera. Seguramente no sea la única inversión que hagamos. Te puedo asegurar que Trenton encontrará mucho más en donde gastar el dinero y nos avisará.

Lia sonrió y se colocó la hebilla del cinturón de su vestido.

—¿Te gustaría viajar a América?

—No sería mala idea. ¿Y a ti?

—Es verdad que siempre me ha atraído mucho más el Viejo Continente, pero no descartaría viajar allí. Eso sí, antes visitaría Italia.

—¿Por qué Italia?

—Me gusta la pintura del Renacimiento. No me conformo con ver a Miguel Ángel solamente en los libros de arte.

—Estoy seguro de que disfrutarías de Italia. Ian y yo estuvimos…

—En Venecia. En el carnaval. Fuisteis el año que acabasteis en Eton. Antes de ir a la universidad.

—Fue un gran viaje.

—No acierto a averiguar por qué. —El tono de Lia sonó con sarcasmo. Gabriel torció los labios en una mueca divertida.

—El sarcasmo no te sienta bien —dijo intentando burlarse.

Lia entornó los ojos aprovechando que él apenas se los podía ver.

—Estamos de acuerdo en que el sarcasmo es la expresión más baja de la inteligencia, no te lo voy a discutir. Pero es evidente que fue un gran viaje porque las máscaras son el detalle perfecto para ocultar la identidad y otorgar misterio.

Gabriel abrió aún más los ojos, sorprendido, pero no dispuesto a dejarse ganar.

—¿Qué sabes tú de misterio y de ocultación de identidad?

—Revelarte mis secretos sería como caer presa en una tela de araña y mis capacidades todavía pueden darte algún revés. Sin embargo, te diré que aquel viaje fue muy comentado por mi hermano. Él, al contrario que tú, no tuvo ningún reparo en admitir que es amigo de ese bonito complemento.

—Cómo no, Ian y su confianza eterna en su dulce hermana pequeña. ¿Qué más te comentó? —curioseó intrigado Gabriel.

—Que las italianas, al contrario que las inglesas, son muy… fogosas.

—Interesante palabra.

—Interesante observación. Hay que acercarse mucho a una mujer para poder describirla cómo alguien fogosa.

—No hay que acercarse mucho, solo observar, como tú has dicho —comentó el marqués cayendo en la trampa de su futura prometida.

—Bueno, supongo que tú sabrás mucho más acerca de eso. —Lia miró a Gabriel y ladeó la cabeza, comprobando que él sabía de qué estaba hablando—. Yo apenas tengo experiencia, salvo la adquirida contigo durante este tiempo. Y no me sirve como observación de nada, ya que eres un hombre y estamos debatiendo sobre la fogosidad femenina.

Gabriel soltó una pequeña risa y cuando fue a responder de manera que pudiera cambiar de tema o al menos darlo por zanjado, alguien apareció oportunamente para ayudarlo. Era la primera vez que se alegraba de ver a Cherton.

—Buenos días, *lady* Ofelia. Me alegro de verla.

—Muchas gracias, lord Cherton.

George sonrió y obvió el detalle de que a ella probablemente le diera igual verlo a él.

—Dexter. ¿Cómo estás? Hace tiempo que no nos vemos.

—Los asuntos del marquesado me tienen ocupado. Y los pocos ratos que tengo libres prefiero compartirlos a pasarlos en White’s.

—Es evidente. Yo también preferiría pasar el rato con *lady* Ofelia que jugando a las cartas.

—Es muy amable al decir eso, lord Cherton —intervino ella—. Pero debo añadir que la compañía de Gabriel siempre es un lujo. No me otorguéis todo el mérito a mí.

El marqués de Dexter sonrió y, cogiendo el brazo de Lia, lo enganchó al suyo en un gesto de posesión. Lord Cherton observó el gesto y se despidió.

—*Lady* Ofelia, siempre es un placer verla. Dexter.

—Cherton, ya nos veremos.

Lia inclinó suavemente la cabeza y sonrió al pasar al lado del conde.

—No me gusta —dijo cuando ya no podía oírla.

—A mí tampoco.

—Es un hombre atractivo y educado, eso no puedo negarlo. Pero la prepotencia y la arrogancia lo pierden.

—Estoy de acuerdo. Pero he de decirte que sin duda sabes cómo cabrearlo.

—Me divierte.

—No lo dudo. Me alegro de que cabrear a Cherton sea de tu agrado.

—¿Por qué te alegra tanto? ¿Es solo porque no te cae bien?

—No. No solo es por eso. También es porque Cherton tiene interés en ti y no va a parar hasta que no vea que no tiene nada que hacer.

—¿No lo tiene claro aún? Mejor. Odiaría ser previsible. Gabriel soltó una carcajada.

—No eres para nada previsible. Más bien todo lo contrario, logras sorprenderme. Consigues que recuerde cada momento y que todo sea especial.

—¿Entonces no te importa que como inglesa no sea tan fogosa como las italianas?

Gabriel paró en seco y clavó sus ojos azules en Lia. Olvidándose del protocolo y de donde estaban le dio un beso y le acarició la cara. No quería dejar escapar esa oportunidad, teniendo en cuenta que en ese momento solo Anna podía verlos.

—Mi amor, tú eres mucho mejor que cualquier mujer que pueda conocer.

Lia se mordió el labio que Gabriel acababa de besar y mirándolo con la misma intensidad, susurró:

—*Un bisou d'amour, promet une vie avec passion*.

Gabriel sonrió y contestó traduciendo:

—Un beso de amor, promete una vida con pasión.

Al llegar a casa después del paseo con Lia, Gabriel se encerró en su estudio. Su mayordomo le había dejado el correo sobre la mesa, y él había decidido ignorarlo hasta ese momento.

Observó las cartas y soltó el aire que había tomado. Lo último que le apetecía era ponerse a contestar la correspondencia. Sabía que no eran más que cartas tediosas sobre los asuntos del marquesado y de las inversiones que tenía entre manos. Cogió las cartas y las fue pasando una por una, comprobando que, en efecto, se trataba de esos asuntos, pero una de ellas le llamó la atención. Rasgó el sobre con el abrecartas de plata, se sentó en la silla de escritorio y comenzó a leer, nervioso y sintiendo la tensión en su cuerpo. A medida que la lectura iba avanzando, se fue relajando: el asunto estaba solucionado por completo. Estaba todo en orden, solo quedaba contárselo a Lia. Al pensar en ella, Gabriel dejó la carta sobre la mesa y se levantó. Fue hacia la ventana y contempló el jardín de su casa sin verlo en realidad.

¿Cómo reaccionaría Lia? ¿Qué haría cuando supiera la verdad? Si algo tenía claro era que quería compartir con ella todo lo que había pasado. Lo que había ocurrido en esos dos años. Sabía que la explicación sería larga, y puede que la reacción de Lia al principio no fuera del todo comprensiva. Pero si alguien podía llegar a entenderlo y aceptarlo era ella. Lia era única, era una mujer con una mentalidad avanzada para su época, y tenía la seguridad de que su futura mujer podía lidiar con todo.

Volvió la vista hacia la carta y la guardó en uno de los cajones junto con los demás documentos que trataban aquel delicado tema. Seguro que Lia querría leerlos cuando todo estuviera tranquilo y aclarado.

Gabriel volvió a sentarse en la silla y sonrió al recordar las últimas palabras de su

prometida. Hasta ese momento no la había escuchado hablar en francés, pero en sus labios sonaba de maravilla. Aquel beso que le había robado cuando nadie podía verlos sabía dulce y exquisito. En ese momento un pensamiento desagradable le cruzó por la mente y respiró fuerte: intuía que Cherton le traería más de un problema. Pero él haría cualquier cosa para asegurarse de que los besos de Lia siempre fueran suyos. Lucharía con todo lo que tuviera a su alcance para que ella fuera feliz a su lado.

—Callie me ha comentado que James ha comprado una propiedad en Hampshire —comentó Emilia durante la comida familiar en Blashword House.

—Sí, este otoño estuvo visitando algunas casas. Quería invertir en una propiedad y Hampshire le pareció una buena idea —respondió Ian, que aquel mediodía había decidido dejar sus actividades y honrar a sus padres con su presencia.

El duque dejó su copa de vino y cogió los cubiertos para continuar comiendo el asado.

—Hampshire es un buen lugar para tener una propiedad. Además, eso puede hacer que tanto Gabriel como tú lo veáis más a menudo.

Ian miró a su padre y asintió.

—La verdad es que siempre le gustó más Hampshire que Oxfordshire. Pero tienes razón, es un buen sitio para tener una propiedad y verlo más a menudo.

—Elle nos comentó que cuando James fue a Hampshire no vio a Gabriel, ¿estaba de viaje? —Verly cogió el cuchillo y cortó un trozo de carne.

—Sí, esos días Gabriel estaba visitando unas minas de hierro donde quería invertir.

—Hierro, una gran inversión. Mi abogado me sugirió que no era tirar el dinero —dijo Nick.

Emilia cogió un trozo de pan de un pequeño cesto y desvió la conversación.

—Se comenta que es difícil ver a Gabriel por Hampshire. Siempre está ocupado en diversos asuntos.

Lia miró a su madre y después a Ian que, divertido, negaba con la cabeza.

—Mamá, ¿por qué no preguntas directamente lo que quieres saber?

Emilia suspiró y decidió rendirse a su curiosidad, incluso aunque se tratara de un tema escabroso.

—Los rumores apuntan a que ha dejado embarazada a una viuda de allí y que quiere reconocer al niño.

Se hizo un incómodo silencio en el comedor hasta que Ian decidió romperlo preguntando con tono ligero:

—¿Crees que Gabriel ha podido hacer algo así?

—La verdad, me sorprendería tan poca responsabilidad por parte de Gabriel, siempre fue un chico con las ideas claras y muy responsable.

—Pues ya te has respondido a ti misma.

Lia se metió un trozo de carne en la boca en un intento de disimular el interés que le causaba la conversación. Que Gabriel siempre había sido responsable estaba claro. Era algo que se sabía. Pero Ian no había respondido a su madre directamente. ¿Tanto costaba decir a las claras si era verdad o no?

—Papá, ¿qué opinas de la última idea de la tía Cassandra? —preguntó de pronto Verly

cambiando de tema.

Nicholas miró a su hija mayor y dejó los cubiertos sobre el plato.

—Es una idea horrible. No sé de dónde ha podido sacar mi hermana las ganas de apuntarse al club de whist.

—El club de whist es la excusa que tienen las damas más cotillas de la sociedad para reunirse fuera de los salones de baile y chismorrear —apuntó Lia—. ¿No has pensado que tal vez por eso la tía Cassandra haya decidido ir?

Nick resopló. Sin duda era la única razón por la que su hermana haría algo así.

—Ya sé que en alguna ocasión habéis mencionado que la gente sabe que Lizzie no es como su madre. Pero me asusta que a pesar de ello le pase factura. No me gustaría que Lizzie se casara mal, no se casara o que el tío Robert tenga que darle una dote astronómica para que pueda hacerlo. —Verly dejó los cubiertos y cogió la copa para beber agua.

—Estoy segura de que Lizzie encontrará a alguien que entienda que Cassandra solo es un mero trámite por el que hay que pasar, que lo realmente importante es la vida con ella y no con su madre.

—Estoy de acuerdo con mamá —corroboró Ian terminando su plato—. Lizzie es mucho más inteligente que la tía, y cuando llegue el momento sabrá hacerse valer y demostrar que son como el día y la noche. Además, no creo que el tío Robert deje a su única hija a merced de la corriente que provoca su mujer.

Lia y Verly se miraron unos segundos, ni ellas ni Elle iban a dejar que Lizzie se perdiera. Pero en realidad ese no era el tema que más la preocupaba.

Las calles de Londres estaban tranquilas; eran las cinco y media y Lia se daba prisa por volver. Había salido a recoger un libro que hacía dos días que había pedido en la librería del señor Forkins. Durante el regreso a casa pensaba en cómo Gabriel la había besado aquella mañana sin importarle que estuvieran en Hyde Park, y en que al llegar a casa Anna le había asegurado que aquel gesto significaba todo lo bueno que podía pasar. Mientras caminaba miraba al suelo distraída y no le vio aparecer.

—*Lady* Ofelia. ¡Qué pronto nos volvemos a ver!

—Lord Cherton, discúlpeme. Iba distraída y no lo he visto.

—No se preocupe, no pasa nada. Me alegré de verla esta mañana.

—Gracias.

Lord Cherton se dio cuenta de que una vez más Lia no respondía a sus palabras con el mismo afecto, y decidió incitarla.

—Aunque la compañía que llevaba no era la más agradable para mi gusto…

—No entiendo por qué. Lord Dexter es una compañía muy entretenida y, sobre todo, agradable. No sé qué le puede llevar a pensar lo contrario.

—Años de experiencia y conocimiento. Conozco muy bien a Dexter.

—Yo también conozco muy bien a Gabriel.

—¿Ahora es Gabriel y no lord Dexter?

—Siempre ha sido Gabriel.

Cherton, al escuchar aquellas palabras, se enfureció más todavía.

—Entiendo. Pues siento decirle, *lady* Ofelia, que se está equivocando. Dexter solo busca divertirse. ¿O acaso no ha escuchado los rumores?

—Claro que he escuchado los rumores, pero solo son eso. Chismes de sociedad.

—No cuando todo Londres habla de ello. Tener un hijo bastardo con una viuda, al que para colmo quiere dar sus apellidos, no es para nada agradable.

—Ya le he dicho, lord Cherton, que eso son solo habladurías. A la gente le gusta crear historias de la nada, de eso precisamente se nutre la sociedad.

—Supongo que si está tan segura es porque Dexter se lo ha negado.

—No hace falta. Sé que Gabriel no haría algo así.

—¿El qué? ¿Liarse con una viuda y dejarla embarazada, o querer reconocer al fruto del placer carnal?

Lia tomó aire para no dejarse llevar por la rabia que provocaba en ella las palabras del conde.

—Lord Cherton, haga el favor de no utilizar ese vocabulario conmigo. Le recuerdo que soy una dama y que Gabriel es marqués; por lo menos tenga un mínimo de respeto.

—Una dama. Eso sí que tiene gracia, *lady* Ofelia. Usted puede decir todo lo dama que es, pero no se comporta como tal. No es más que una mujer rebelde y contestona. ¿Quién va a querer una esposa que le replica y que no está en sintonía con lo que las normas indican?

¿Dexter? Sinceramente lo dudo. Él quiere, como todo hombre, una mujer que no lo avergüence.

—Le puedo asegurar que Gabriel no se avergüenza de mí.

—*Lady* Ofelia, Dexter solo está fingiendo. Solo se quiere aprovechar de las circunstancias. Tal vez necesite una mujer con una buena presencia y una buena categoría para que el escándalo del bastardo que va a heredar el título no resuene con tanta intensidad. Desde luego, casarse con usted acallará los rumores de un hijo ilegitimo.

—Lord Cherton…

—Pero claro, todo depende de lo que haga usted. Si desde luego consiente esa situación, estará dándole la razón a todos los que dicen que esos dos años en París han hecho que usted tenga una perspectiva más… liberal a la moralidad inglesa.

—No pienso seguir tolerando esto —zanjó ella con tono firme—. Es un ser despreciable que no merece ni una pizca de afecto.

Lia se marchó sin despedirse del conde y siguió caminando sin mirar atrás. Tenía claro que Cherton era un hombre horrible cuyo engreimiento había sobrepasado el límite. Pero no podía dejar de pensar en que quizás tuviera razón. Lo que había dicho era verdad. Ella no era como el resto de damas que acudían a los bailes. Ella daba su opinión, ella contestaba, no pensaba de la misma manera. Era una mujer con una personalidad y un carácter marcado que no se dejaba dirigir por una sociedad que lo único que esperaba es que fuera un simple objeto de decoración y reproducción.

Al levantar la mirada llena de furia y ver dónde se encontraba, se preguntó por qué había tomado esa dirección. Pero enseguida admitió ante si misma que necesitaba hablar con Gabriel para aclarar aquellos inquietantes rumores, y simplemente llamó a la puerta de su casa.

—*Milady* —la saludó el mayordomo cuando abrió.

—Buenas tardes. ¿Está lord Dexter en casa?

—Sí, *milady*. Pase, lo avisaré de su llegada.

—Gracias.

Lia entró en el recibidor de Dexter House y esperó a que Gabriel apareciera.

—Lia, ¿qué haces aquí? —Se volvió hacia el mayordomo—. Gracias, Clarkson. —El hombre hizo una reverencia y se retiró.

—He tenido un encuentro con el conde Cherton cuando volvía a casa de recoger un libro, y no sé por qué he tomado la dirección de tu casa.

—¿Te has encontrado con Cherton? —Gabriel contempló a Lia y la vio alterada—. ¿Qué te ha dicho ese desgraciado?

—Él… Lo único que ha dicho ha sido decir la verdad.

—¿Y cuál es su supuesta verdad?

—Que nadie quiere a una mujer que le replique, que no se adapte a la sociedad, que sea completamente diferente a lo que se espera de ella.

—¿Ese imbécil te ha hecho dudar de ti misma?

—Gabriel…

—No, Lia. No pienso permitir que ese malnacido te haga sentirte de esa manera. Gabriel se acercó a ella y la abrazó.

—También ha dicho que solo buscas casarte conmigo porque necesitas a una mujer con categoría que acalle el escándalo y los rumores de que tienes un hijo con una viuda de Hampshire al que quieres reconocer.

Gabriel contempló el rostro lloroso de Lia y se le partió el corazón.

—Lia, no tengo ningún hijo con ninguna viuda de Hampshire, todos esos rumores no son más que chismes. La verdad es que…

No pudo seguir hablando. Lia se acercó más a él y lo besó. Al sentir sus labios contra su boca, a Gabriel se le borraron las palabras de la mente.

Cogió a Lia en brazos y subió las escaleras hasta su habitación, abrió la puerta sin soltar el cuerpo de su prometida y cerró con su espalda una vez dentro del cuarto.

—Gabriel… —empezó a decir Lia.

Pero los labios de él, le impidieron seguir hablando. La boca de Gabriel se movía sobre la de ella con un ritmo exquisito que la torturaba despacio. Cuando sus pies tocaron el suelo, se agarró al fuerte cuerpo de él para evitar la separación.

Las manos de Gabriel recorrían el cuerpo de Lia, tocaban por encima de las capas de ropa y los dedos investigaban los lazos traseros del vestido. Cuando tiró de unas de las cintas y empezó a abrir el vestido, ella se dio la vuelta y Gabriel le quitó la prenda con facilidad.

Bajó la camisola hasta dejar el hombro desnudo y le mordió suavemente aquel trozo de piel. Le fue quitando las horquillas que aprisionaban su pelo cobrizo en un moño alto y este se fue deshaciendo. Hundió la nariz en el cuello de Lia y aspiró el aroma del jazmín. Siempre recordaría su olor, lo acompañaría durante toda su vida, aunque ella no estuviera cerca.

Continuó desnudándola despacio, acariciando, tocando. Consiguiendo que la suave piel femenina se erizara ante su contacto. Dejó que Lia le quitara las prendas que cubrían su cuerpo y cuando ambos sintieron la piel del otro. Gabriel volvió a cogerla en brazos para tumbarla en la cama.

La besó con premura, con deleite. Recorrió su cuerpo saboreando las reacciones y buscó su boca para beberse los gemidos de placer que se escaparon de sus labios cuando su cuerpo estalló temblando al sentir las oleadas que la invadían.

Lia correspondió a Gabriel con las mismas caricias, con el mismo deseo de que él también sucumbiera al placer.

—Mi amor, ¿estás segura?

—Gabriel, no me des tiempo para pensar y arrepentirme de no ser tuya esta noche.

Gabriel sonrió y la tumbó de nuevo en la cama, paseó sus dedos por el centro del deseo que ocultaban las largas piernas de Lia y de nuevo el cuerpo de ella, correspondió a sus caricias.

—No tengas miedo, cariño —le susurró al oído—. Prometo que solo es al principio.

Gabriel retiró los dedos de su interior dejándola una sensación de vacío y preparada. Lia se mordió los labios y sintió cómo la punta de su dura erección se colocaba en la entrada de su cuerpo y, se mordió más fuerte cuando poco a poco la fue llenando notando la fuerte presión. Gabriel la besó cuando el cuerpo de Lia se retorció al sentir como el dolor la dilató.

—Tranquila, mi amor. —Gabriel se quedó quieto, esperando a que el cuerpo de ella se acostumbrara.

Al empezar a moverse despacio, Lia se sorprendió al comprobar cómo el dolor disminuía y una creciente oleada de placer empezaba a nacer en su interior. Gabriel emitió un sonido ronco y pensó que la sensación era maravillosa, era como descubrirlo todo por primera vez. Sentir cómo su cuerpo y el de Lia encajaban a la perfección hizo que se dejara llevar por el estremecimiento que amenazaba a su cuerpo con estallar.

—Nunca… —se interrumpió cuando se hundió una última vez en ella y su cuerpo comenzó a temblar.

Lia lo abrazó con fuerza y recogió en sus labios los temblores del cuerpo de Gabriel.

Cuando se relajó, se derrumbó cansado y se apartó a un lado para abrazarla. Ella sonrió despacio mientras lo acariciaba.

—Gracias por ser siempre tan dulce conmigo.

Gabriel se incorporó y la besó, mientras se prometía a sí mismo que Lia nunca se arrepentiría de ser su mujer.

El cuerpo de Lia reposaba relajado sobre la cama de Gabriel. Sus piernas estaban enredadas con las de él y su cabeza recostada en el pecho. Gabriel la abrazaba mientras le acariciaba la espalda de arriba abajo consiguiendo erizarle la piel. Las largas pestañas negras de los ojos de Lia hacían cosquillas a Gabriel, que sonreía cada vez que notaba el parpadeo lento y tranquilo de su futura prometida.

—Creo que debería irme. Si llego más tarde a casa, Anna no va a poder cubrirme.

—¿Qué crees que opinará tu doncella cuando le digas de dónde vienes?

—Le gustará saber que he estado contigo. Le agradas. Dice que eres un caballero de verdad.

—¿A pesar de que tenga que mentir para que su excelencia no sepa lo que has hecho?

—A pesar de eso. Y de los rumores horribles que corren sobre ti.

Gabriel cerró los ojos, consciente de que a pesar de que esos rumores no eran ciertos en absoluto, aún le tenía que contar a Lia la verdad. Por qué no había acudido a la temporada pasada y dónde estaba cuando no se encontraba en Hampshire. Contuvo la respiración unos instantes y se armó de valor. Lia tenía que saber la realidad.

—Mi amor, aunque esos rumores son falsos, hay algo que debes saber. —Lia se incorporó y

miró a Gabriel.

—Qué serio te has puesto en un momento…

—Lo que te tengo que contar es serio. —Gabriel sostuvo su mirada y volvió a cerrar los ojos.

—Gabriel, cariño, ¿qué pasa?

—Lia… Estos dos años no he estado en Hampshire. Verás, el año que te fuiste a París acepté la petición del Gobierno y de la Compañía de las Indias de trabajar para ellos.

—¿Cómo que la petición del Gobierno y de las Indias?

—Durante los años que estuve en Eton y Oxford destaqué en disciplinas que me hacían un candidato perfecto para trabajar como espía para el Gobierno.

—¿A eso te has dedicado estos dos años? ¿A espiar para tu país?

—Más o menos. Acababa de volver de mi primer viaje a la India, cuando me llamaron para decirme que tenía que volver. Tenían indicios de que el general Suchet, un comisionado del Imperio enviado a Madrás, al sur de la India, estaba enriqueciéndose con el dinero y los envíos de la Compañía. Fui allí para averiguar qué era lo que estaba haciendo exactamente Suchet. —Hizo una pequeña pausa, dando a Lia la oportunidad de decir algo, pero ella permanecía en silencio mirándolo con fijeza. Gabriel continuó—. No llevaba ni dos semanas, cuando uno de los trabajadores de su residencia me contó que tenía socios que recogían la mercancía enviada a través del nuevo ferrocarril y la llevaban a Kerala, un estado que limita al este y que también estaba bajo su comisionado. En Kerala vendían la mercancía a precio de oro y ni siquiera la mitad de esas ganancias eran declaradas dinero del Imperio, sino que iban destinadas a las arcas privadas del general.

Lia se subió un poco más la sábana y, absorta en la historia, quiso saber más.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Cuando pude cerciorarme de que aquello era cierto, fue tarde. Suchet había descubierto que la Compañía me había enviado para investigarlo y que yo lo había descubierto. En su huida hirió de muerte a Nanak, el sirviente que lo había delatado, y a uno de sus socios. La Compañía y el Gobierno lo declararon como traidor y desertor. Tardé un mes en localizarlo, estaba refugiado en un poblado indio cerca de Odisha. Cuando llegué… bueno, era su vida o la mía.

La joven abrió los ojos desmesuradamente por las palabras de Gabriel y esperó a que continuara. Gabriel desvió la mirada unos segundos, consciente de que lo que venía a continuación podría cambiar los sentimientos de ella. Pero no tenía más remedio que contarle todo en ese momento.

—Antes de morir, conseguí que Suchet me diera los nombres de los socios y la ubicación del dinero. Volví a Londres escoltando a los socios y el dinero robado. Con la declaración de los hombres, el caso estaba casi resuelto, por eso la Compañía quería que volviera a la India para poner fin a los envíos fraudulentos en el ferrocarril. Pero después de lo ocurrido no podía. Al Gobierno no le gustó demasiado tener que aceptar mi renuncia. Pero poco podían hacer. Por suerte, la Compañía se ha disuelto este año, así que nunca volveré a estar atado a ellos.

Lia estaba estupefacta. No podía creer que Gabriel hubiera matado a un hombre. Fue un alivio para ella saber que los rumores acerca de la viuda y el niño eran mentira. Pero esto era peor. Le había ocultado su trabajo, le había mentido, había jugado con ella.

—¿Mataste a un hombre solamente porque tu país te lo dijo?

—Era su vida o la mía. No tuve otra opción.

—¡Siempre hay opción, Gabriel!

—Lia…

—¡No! Da igual que creas que no había opción. Lo importante de todo esto no es lo que pasara en la India. Eso ya está hecho y no se puede remediar. Lo que me duele en el alma es que no me contaras nada de esto. Has dejado que me enamore de ti, que me prometa contigo en secreto y no has confiado en mí. ¿Tenías en mente contármelo o ibas a dejar que me casara contigo sin saberlo? ¿Sabes qué? No importa. El daño ya está hecho. No has confiado en mí. He tenido que venir a tu casa destrozada porque un sinvergüenza ha puesto en duda todo en lo que creo y todo lo que soy, para que no tuvieras más remedio que hablarme de todo esto. De otra forma no me lo habrías contado.

—Quería hacerlo, solo que no encontraba el momento. —Gabriel se levantó con brusquedad de la cama sin molestarse en cubrirse, e intentó explicarse—. Lia, en la India las cosas no funcionan como aquí. Todo es mucho más complicado, y aunque sea nuestra colonia es fácil que tu vida corra peligro. Mientras estuve allí tuve que tomar decisiones difíciles, y esa fue la peor…

—Gabriel, me da igual lo que pasara en la India —interrumpió ella sin querer escucharlo más—. Lo más grave de todo es que no has confiado en mí. Si no encontrabas el momento es porque sencillamente en el fondo no querías que lo supiera. Y eso es lo que me duele. Lo que me destroza. La confianza es esencial para que un matrimonio funcione, y la idea de conocernos antes de llegar a eso fue tuya. Sinceramente, es sorprendente lo poco que sé de ti.

—Lia. Sabes todo de mí.

—Menos a qué te dedicas.

Lia agachó la cabeza sin poder evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Gabriel no confiaba en ella. Todo se había acabado en un segundo.

—Cariño, por favor… —Gabriel levantó la cabeza a Lia suavemente y contempló su rostro bañado en lágrimas y dolor por su culpa.

—Lo siento. Pero no veo cómo podemos solucionar esto. Si conociéndonos no te abres y no me cuentas las cosas que te atormentan, no sé qué va a pasar si seguimos adelante. Es mejor dejarlo ahora que no es tarde.

—¡No! Lia, no puedes hacer eso. Además, sí que es tarde.

Lia comprendió a que se refería Gabriel. Aún se encontraba desnuda en su cama después de haberse entregado a él.

Despacio, se levantó y comenzó a vestirse. Se negó a que Gabriel la ayudara. No quería que la tocara. Una vez estuvo vestida observó al hombre destrozado que tenía frente a ella y se secó las lágrimas con dificultad.

—Adiós, Gabriel.

—Lia… —empezó a decir acercándose a ella.

—No, por favor. No te acerques. Deja que me marche.

—Pero…

—Gabriel, necesito recuperarme del daño que me has hecho. Lo último que quiero es seguir viendo cómo esta confesión tardía de la verdad ha destrozado todo lo bonito que teníamos. Deja que me marche, por favor.

Lia se dio la vuelta y salió de la habitación, dejando a Gabriel vacío, sabiendo que la había

perdido por no haber contado las cosas a tiempo. Esta vez la culpa era de él.

Capítulo 13

Tras alejarse de la casa de Gabriel, Lia reparó en que ya era noche cerrada y pensó en marcharse a la suya, pero la necesidad de hablar con su hermano y contarle lo que había pasado era mayor que las ganas de encerrarse en su habitación. Torció a la derecha, entrando en Hill Street, y caminó intentando que la soledad de la calle no la inquietara. Cuando llamó a la puerta y vio a Lars, sonrió. El ayuda de cámara de su hermano siempre la miraba con cariño y cordialidad.

—Supongo que ni mamá ni papá saben que estás aquí —dijo Ian entrando en el estudio segundos después.

—Supones bien. La idea era que Anna me cubriera, pero dado que estoy aquí puedes mandar una nota a casa.

Ian se acercó al escritorio, y con su pluma escribió una nota que en pocos minutos estaría en Blashword House.

—Si la idea era que Anna te ayudara, ¿por qué no has querido seguir ese plan?

Lia miró a su hermano y negó con la cabeza pensando que no era nada justo que la conociera tan bien.

—Porque no iba a venir aquí. La idea era volver a casa después de ver a Gabriel.

—Entiendo. ¿Y a qué se debe tu visita?

Lia suspiró y miró hacia la pequeña mesa donde estaba el *whisky*. Se levantó, sirvió una copa para ella y otra para su hermano, y se dejó caer en el mullido sofá.

—Gabriel y yo… bueno, ya no tenemos nada.

Ian se acercó hasta ella, cogió el vaso y se sentó al lado de su hermana.

—¿Qué ha pasado?

—Ha trabajado como espía para la Compañía británica de las Indias y ha tenido que matar a un hombre. Pero eso no es lo peor. —Lia levantó la vista y comprobó que su hermano iba a dejar que siguiera hablando—. Lo peor es que si yo no llego a aparecer en ese estado en su casa, él no me hubiera contado nada. No ha confiado en mí, Ian.

Ian frunció el ceño con gesto preocupado.

—¿En qué estado?

—Volvía a casa cuando me he encontrado con lord Cherton. Hemos tenido una discusión horrible. Él no paraba de decir que Gabriel solo se quería casar conmigo para tapar el escándalo y los rumores de la viuda y el niño, y que nadie quiere a una mujer como yo. Me ha hecho dudar de mí misma. Necesitaba hablar con Gabriel y he ido a su casa.

—Voy a matar a Cherton. Es un indeseable hijo de…

—Déjalo. Cherton no es el problema, Ian.

El marqués asintió y miró con dulzura a su hermana pequeña.

—Entiendo que la revelación de Gabriel te haya dolido y confundido. Pero no por eso tienes que tirar por la borda todo lo que tenéis.

Lia miró perpleja a su hermano y se dio cuenta de que en él no había rastro de sorpresa.

—¿Tú sabías lo que había estado haciendo? ¿Sabías la verdad?

—Claro que lo sabía. Es mi mejor amigo —respondió con tranquilidad.

La pequeña de los Hemsley parpadeó incrédula y se levantó del sofá dejando el vaso en la mesa.

—No quiero hablar más contigo. Tú también me has mentido. Has dejado que me enamorara de Gabriel y me comprometiera con él mientras sabías que no estaba siendo sincero conmigo. Sabías la verdad desde el principio y aun así me aconsejaste que me dejara llevar. No sé quién es peor de los dos. Supongo que tú, porque no dejas de ser mi hermano.

—Lia, Gabriel tenía claro que te quería decir lo de su trabajo, pero encontrar el momento era difícil. Solo lo ha hecho para protegerte, hay ciertos detalles que por muy fuerte y valiente que seas no es necesario que conozcas, y aun así él te los ha contado. Desde el principio Gabriel me prometió que hablaría de todo esto contigo, por eso dejé que las cosas siguieran su curso, solo él podía decírtelo.

—No, Ian, las cosas no funcionan así. Tenía que haber sido sincero siempre, no buscar el momento en el que ya me tenía.

Ian abrió los ojos desmesuradamente al comprender lo que su hermana le estaba diciendo y en cierto modo se tranquilizó.

—Entiendes entonces que, por mucho que quieras, no puedes romper el compromiso, aunque no sea oficial, ¿no?

—Claro que puedo. Porque solo Gabriel, tú y yo sabemos que estoy metida hasta el cuello. Gabriel no va a decir nada y tú tampoco. Así que asunto arreglado.

—El asunto no está arreglado…

—El asunto está como yo quiera que esté. Y ni tú ni Gabriel podéis hacer nada por mucho título que tengáis. Y me marcho, porque no quiero seguir hablando contigo por la simple y sencilla razón de que me has decepcionado. Gracias por escribir a casa y por el *whisky*.

Ian suspiró y vio cómo su hermana se marchaba. Sabía que intentar dialogar con ella en este momento no servía para nada. Se levantó del sofá y la siguió hasta la entrada, dejó que Lars le abriera la puerta y ella salió sin mirar atrás.

Pasados unos segundos, Ian también salió y contempló la figura de su hermana alejándose en dirección a Blashword House. Se disponía a seguirla cuando una sombra llamó su atención.

—No te preocupes. Ya la sigo yo.

Ian asintió y sonrió a su mejor amigo.

—Lo arreglareis. Estoy seguro.

—Eso espero.

Gabriel esperó a que Lia se alejara un poco más y se despidió de Ian con la mano antes de empezar a andar tras ella. Tenía que asegurarse de que llegaba bien a su casa.

Cuando llegó a casa, Emilia le preguntó si había cenado. Lia sonrió y dándole un beso le dijo que sí, que había cenado con Ian. Se disculpó y subió a su habitación, estaba cansada y le dolía la cabeza. Dejó que Anna le ayudara a ponerse el camisón y a pesar de ser temprano se metió en la cama. Intentó continuar con la lectura, pero le fue imposible. Solo era capaz de recordar las palabras de Gabriel. Y cuando las rememoraba se sentía cada vez más dolida. No había confiado en ella, había esperado el momento justo para contarle la verdad. Se sentía

engañada y traicionada, y no solo por Gabriel. Ian había hecho lo mismo, no hubiera esperado jamás que su hermano actuara de esa manera. Dejando que ella se enamorara de Gabriel sin saber la verdad. Y lo peor y lo más injusto era que ambos estaban de acuerdo en que lo había hecho para protegerla. ¿Protegerla de qué? ¿Acaso era un secreto el tema del espionaje? Lia no había pensado en esa posibilidad hasta ese momento. Tal vez Gabriel no podía contar nada a cerca de su trabajo. Pero desechó la idea al volver a recordar que su hermano también lo sabía.

Estaba claro que los dos habían jugado con ella y eso le dolía mucho más que el hecho de que no le hubieran contado la verdad. Aunque sentía cierto alivio al saber que Gabriel no tenía un hijo con una mujer viuda y que no se quería casar con ella para tapar el escándalo… Pero eso no importaba. Ya no se iba a casar. Todo se había acabado y había pasado en un momento, casi sin darse cuenta. Cerrando los ojos, Lia recordó cómo Gabriel la había hecho suya, cómo le había susurrado palabras de amor mientras su cuerpo se unía al de él pensando que era para siempre. Al sentir que su piel, a pesar de todo, aún reaccionaba al recuerdo de los besos, las caricias y los momentos vividos con Gabriel, Lia comenzó a llorar. Eran lágrimas de desconsuelo, de pena, de dolor. Lágrimas que jamás pensaba que iba a derramar. Sintiendo todavía el peso del cuerpo de Gabriel sobre ella, Lia consiguió dormirse al abrigo del olor masculino que se había impregnado en su piel.

El aire frío y seco de aquella mañana casi podía cortar. El purasangre andaluz de color negro azabache corría veloz por Hyde Park, mientras su amazona lo animaba a continuar. Al llegar a una arboleda, el caballo, por orden de su dueña, fue reduciendo la velocidad hasta quedar a un ligero y suave paso. Los ojos color chocolate de Lia se cerraron y sus pulmones se llenaron de aquel aire frío, notó que su mente se despejaba y sonrió al sentirse libre.

—Este es mi chico —dijo acariciando la crin del caballo, y este relinchó a modo de agradecimiento—. Ha sido una buena carrera, te echaba de menos.

—Su caballo es espectacular, *lady* Ofelia.

Lia se dio la vuelta sobresaltada y miró fríamente al recién llegado.

—Gracias —contestó con dureza.

—Tenía la esperanza de verla hoy.

—Yo tenía la esperanza de no verlo nunca más.

—Lo entiendo. —El conde de Cherton espoleó suavemente a su alazán y se acercó a ella—. ¿Puedo hablar con usted?

—Sinceramente, milord, no sé de qué podemos hablar usted y yo.

—Quería pedirle perdón. Ayer mis palabras fueron injustas.

—Sus palabras no fueron otra cosa que una continua sarta de mentiras. Cherton asintió y su rostro pareció apenado.

—Tiene razón, *milady*, pero no quiero rememorar las palabras que sin duda le causaron una mala impresión de mi persona. Me gustaría tratar el tema de por qué me comporté así y buscar su perdón, si usted me deja.

Lia entornó los ojos sin fiarse de él y asintió. Sin duda sería divertido escuchar el resto de mentiras que aún le quedaban por decir.

—Lo escucho, milord.

—Verá, *lady* Ofelia, como sabrá por las múltiples formas en que se lo he demostrado, mi interés hacia usted es grande. Desde que la vi el día de su presentación supe que era una mujer

especial. Y aunque ayer le dije todo lo contrario, fue porque estaba molesto. Que su atención en el parque estuviera del lado de lord Dexter no me gustó. Como todo hombre, soy celoso de lo que me gusta y me interesa. Y créame, entiendo perfectamente su enfado, y ante todo lo respeto. Pero quiero que comprenda que es muy difícil para mí verla pasear del brazo de otro hombre, cuando quiero ser yo el que le ofrezca el mío. Por eso quiero pedirle perdón, no merecía el agravio que le causé con mis palabras y mi penoso comportamiento. Y tampoco lord Dexter merecía el desprecio que le atribuí, tenga por seguro que los celos me cegaron.

Lia sonrió sabiendo que todo lo que estaba diciendo era mentira, y pensó que lo más fácil para que se pudiera marchar era seguirle el juego.

—Comprendo lo que dice, lord Cherton. Puede estar seguro de que está perdonado. Todo queda en el pasado y no hace falta recordarlo.

Cherton sonrió ladeando la cabeza, siendo consciente de que con su sonrisa ganaba mayor atractivo y contestó:

—Muchas gracias, *lady* Ofelia. —El conde miró de nuevo al caballo y acarició levemente al suyo—. Su caballo es muy hermoso. Un purasangre andaluz, ¿verdad?

—Sí, fue un regalo de mi padre.

—Su excelencia tiene un gusto exquisito. Sin duda es un ejemplar muy valioso.

—Le costó meses encontrarlo, pero mereció la pena. Dantès es maravilloso.

—¿Dantès?

—El conde de Montecristo.

—Claro, un gran héroe de la literatura.

Ofelia, cansada ya de la conversación, volvió a tomar las riendas del caballo.

—Si me perdona, Dantès y yo queremos perseguir un poco más el viento.

—Por supuesto, *lady* Ofelia.

—Que tenga buen día, milord.

Lia espoleó a su caballo y esté cabalgó alejándose de la arboleda. Cherton vio cómo Ofelia se hacía más pequeña y pensó erróneamente que su objetivo ya estaba cumplido.

Cuando Elle llegó a casa de Lia y Verly, fue directamente a la habitación de costura. Lizzie acababa de llegar y se estaba quitando el sombrerito que conjuntaba con su vestido de tarde.

—¿Nos puede traer el té? —pidió Verly al ama de llaves.

—Enseguida, *milady*.

El ama de llaves se marchó de la habitación, dejando solas a las cuatro jóvenes.

—¿Qué pasa? —preguntó Lizzie preocupada mirando a Lia—. Tu nota era inquietante.

—La situación lo es —respondió ella—. Ha ocurrido algo muy serio entre Gabriel y yo.

Las otras tres jóvenes se inclinaron hacia adelante, expectantes.

—¿De qué se trata? —quiso saber Elle.

Lia juntó las manos sobre su regazo y comenzó a hablar.

—Gabriel se ha pasado estos dos años espiando para el Gobierno y la Compañía de las Indias. Ha matado a un tal general no sé qué, porque no tenía otra opción, ya que era un traidor. Ian lo sabía y Gabriel ha esperado a dejarme sin apenas opción para contármelo.

Las tres miraron a Lia sorprendidas por lo que acababa de contarles y luego se miraron entre

ellas decidiendo qué decir.

—¿Espía? —murmuró Verly.

—Sí

—Está bien, vayamos por partes.

En ese momento el ama de llaves entró, dejó la bandeja de té con pastas y se retiró.

—Sí, vayamos por partes —corroboró Lizzie cogiendo la tetera—. ¿Qué es eso de que apenas te ha dejado opción?

—Bueno…

—¡Ay, por Dios! —exclamó Elle al comprender—. Vale, esto… no creo que haya esperado justo a ese momento, quiero decir, a lo mejor no ha encontrado cómo decírtelo antes.

—Eso es lo que él dice. Que no encontraba el momento. Veréis, fui a su casa después de un encontronazo con lord Cherton. El conde consiguió hacerme sentir muy mal y recordarme todo lo que se dice de Gabriel, así que fui a su casa para hablar con él. —Lia hizo una pausa y tomó aire antes de continuar—. La cuestión es que Gabriel me dijo que esos rumores eran falsos, nada de viuda ni de hijo, y todo desembocó en… bueno, en que Gabriel y yo hicimos el amor y después me contó todo.

—Pero eso no significa que esperara a que fueras suya, por así decirlo, para contarte la verdad, solo que encontró el momento —apostilló Verly.

—¡Claro que significa eso! ¿Cómo no lo puedes ver? —dijo Lizzie enfadada—. La ha dejado sin opción. Se tiene que casar con él.

—Bueno, eso no es del todo así. No me pienso casar con él, por mucho que me haya puesto en esta situación. Vosotras no vais a contar nada, Ian tampoco, y Gabriel, por la cuenta que le trae, se callará.

—Pero, Lia, ¿cómo puedes decir eso? Tienes que casarte con él, no solo por lo que habéis hecho, sino porque os queréis. Y estoy segura de que tu hermano te ha dicho algo parecido. —Elle miró a Lia esperando a que contestara.

—De mi hermano no quiero hablar. Ian me ha mentido igual que lo ha hecho Gabriel. Él sabía la verdad y ha dejado que me enamore de Gabriel hasta el punto de entregarme a él.

—Lia —dijo Verly con calma—. ¿Qué te ha dicho Ian de todo esto?

—Que Gabriel le prometió que me lo iba a contar. Que solo me quería proteger, y que él no me dijo nada porque tenía que ser Gabriel quien lo hiciera.

—¿Y eso no te aclara el por qué no te lo dijo antes? —Elle dejó sobre el plato la taza de té y continuó hablando—: Lia, tu hermano y Gabriel no te han mentido, solo han tardado en contarte y reconocer la verdad, pero eso no significa que hayan jugado contigo y que Gabriel haya esperado a que no tuvieras más remedio que casarte con él.

—Para nada, le han mentido los dos. —Lizzie no daba tregua a las supuestas motivaciones de los dos caballeros—. El primo Ian ha dejado que las cosas siguieran un curso peligroso que ha desembocado en que Gabriel ha esperado a que Lia tenga que casarse con él para contarle la verdad sobre su vida.

Verly cogió aire y miró a Lizzie negando con la cabeza.

—Gabriel te dijo que si no te lo había contado antes era porque no había encontrado el momento, ¿no?

—Sí. Pero está claro que si no encontraba el momento era porque en el fondo no quería

contármelo. No ha confiado en mí.

Verly sonrió y fue a hablar, pero Elle se le adelantó.

—Lia, cariño, Gabriel confía en ti. Estoy segura de que no te ha mentido, y si esto no te lo ha contado es porque no ha podido, por la razón que sea. Al igual que estoy segura de que Ian sabía desde el principio que Gabriel era lo mejor para ti. ¿De verdad crees que tu hermano hubiera dejado que pasara todo esto si no confiara plenamente en su mejor amigo? Tu hermano siempre te va a proteger.

—Pero… —comenzó diciendo Lia, que se calló al ver el gesto de su hermana.

—Quiero que me contestes a algo. ¿Por qué no le contaste a Gabriel que te ibas a París?

—Porque no encontré el momento.

—¿Y qué te dijo él cuando hablasteis?

—Que pensó que no se lo había contado por falta de confianza.

—¿Y qué le respondiste tú?

Lia, que comprendía por dónde iba su hermana, sonrió.

—Que no fue por falta de confianza, que no encontraba el momento, que me era muy difícil decirle que me iba dos años. Me dijo que se sintió mal porque no se enteró por mí, sino por Ian.

—Entonces… —susurró Elle acariciándole el pelo.

—Estamos en la misma situación. Ninguno de los dos encontramos el momento, pensamos que fue por falta de confianza, cuando no era así. Pero eso no excusa que me lo contara después de dejarme sin opciones. Además, no es lo mismo un viaje a París que dos años de espionaje. Al igual que no es lo mismo antes que ahora. Aquel verano éramos unos niños, ahora estaba prometida con él.

—Lia… —Lizzie, que había entendido la situación, empezó a hablar, pero no pudo seguir.

—No, lo siento, pero no es igual. No puedo, necesito… necesito pensar. No puedo perdonarlo, yo…

Lia, al sentir que las lágrimas volvían, se levantó y salió de la habitación.

—Tenemos que hacer algo —dijo Lizzie.

—Dejádmelo a mí. Tengo una idea.

Verly y Lizzie miraron a la pelirroja, que se levantó enseguida y desde la puerta les sonrió.

Capítulo 14

Cuando Elle llegó a casa después de haber estado con Lia, se sentía preocupada.

Entendía los motivos por los que su amiga se había enfadado, pero estaba siendo injusta con los sentimientos de Gabriel, y también con los de Ian. Michelle estaba convencida de que Gabriel pensaba de verdad que no contándole nada a Lia la protegía, y estaba completamente segura de que Ian había insistido varias veces a Gabriel para que le dijera la verdad. Pero la realidad era que Lia estaba enfadada con los dos y no tenía muchas ganas de pensar en los detalles de por qué su hermano y Gabriel se habían comportado así y, aunque tenía una idea de lo que hacer, Elle se sentía indecisa. Sabía que las cosas entre Gabriel y Lia se podían solucionar si ellos intercedían, pero ver de nuevo a Ian después de lo que había ocurrido en los Cotswold la ponía nerviosa. No sabía cómo reaccionaría al encontrarse otra vez; al fin y al cabo, después de aquella noche, Ian tuvo que viajar precipitadamente a Hampshire para solucionar un problema en la finca.

Elle se tumbó en la cama, observó el techo y decidió que la cobardía y los nervios no la llevarían a ningún sitio. Se levantó deprisa y sin perder tiempo escribió una nota a Ian, llamó a su doncella y le pidió que mandaran la misiva con urgencia a St. Abbey House.

En el salón que Callie y Michelle tenían para ellas solas en Betland House había un pequeño sillón en uno de los rincones. Estaba tapizado en un azul cielo que a Elle le encantaba, solía decir que hacía juego con sus ojos. En ese sillón fue donde la encontró su madre cuando entró en la habitación.

—¿Qué estás leyendo?

—Poesía italiana. Verly me ha dicho que merecía mucho la pena.

—¿Y…?

—Que la poesía italiana no es lo mío —resopló Elle cerrando el libro.

Callie sonrió a su hija y vio cómo cambiaba de postura y se sentaba en sentido contrario, apoyando las piernas y la espalda en los brazos del sillón mientras reposaba la cabeza en el respaldo.

—Lo que ocurre es que no tienes paciencia para leer poesía.

—Sinceramente, mamá, no creo que sea cuestión de paciencia.

—¿Te apetece que tomemos el té?

—Sí, me apetece un bollito de crema.

Callie fue a levantarse para avisar cuando el ama de llaves llamó a la puerta.

—Disculpe señora, pero el marqués de St. Abbey ha venido, dice que viene a hablar con la señorita. —El ama de llaves miró a Michelle y después a su señora esperando respuesta.

—Hazlo pasar, Dorothea —dijo Callie incorporándose un poco. A los pocos segundos Ian entraba al salón privado.

—Ian, me alegro de verte.

—Siempre es un placer, excelencia. —Ian cogió la mano de Callie y le besó los nudillos agachando la cabeza.

—Ian, me alegra volver a verte —dijo Michelle, esforzándose porque su tono sonara relajado.

—Puedo decir lo mismo, Elle.

La joven volvió a ocupar su asiento mientras se preguntaba cuáles serían los pensamientos de Ian al volver a verla. La voz de su madre la sacó de sus cavilaciones.

—Elle y yo estábamos comentando que nos apetecían unos bollitos de crema.

¿Quieres tomar con nosotras el té?

—Por supuesto.

La duquesa de Betland llamó a Dorothea y le pidió que preparan el té. Ian intentaba mirar a Michelle con indiferencia para que la duquesa no notara nada, pero cada vez le resultaba más difícil disimular. Por su parte, Elle necesitaba que su madre se marchara, era la única forma de solucionar el problema de Lia. Pero cada vez que pensaba que se tenía que quedar a solas con Ian se ponía más nerviosa.

La duquesa se puso en pie alisándose el vestido.

—Si me disculpáis, voy a hablar con Dorothea para la cena de esta noche.

Elle miró a su madre agradecida. Cuando esta hubo salido de la habitación, notó en los ojos de Ian una mayor intensidad.

—He venido en cuanto he recibido tu nota.

—Gracias. La verdad es que tenemos que hacer algo por Lia y Gabriel.

—Estoy de acuerdo.

—¿Está muy enfadada contigo?

—Mucho. Es la primera vez que la veo así, pero sé que a mí me va a perdonar. Lo que no tengo tan claro es que perdone a Gabriel sin nuestra ayuda.

—¿Tienes algún plan?

—La única forma de que mi hermana perdone a Gabriel es que vea lo afectado que está. Hay que conseguir que hablen.

—Eso es fácil. Yo puedo ir a casa de Lia con la excusa de saber cómo se encuentra, y después apareces tú con Gabriel. Estoy segura de que él quiere hablar con Lia, así que no se opondrá.

—Es una buena idea, pero mejor lo hacemos en terreno neutral. ¿Qué tal si los traemos aquí?

—Sí crees que en terreno neutral es mejor, por mí perfecto. Traeré a Lia a casa.

—Estupendo, cuando estéis aquí, me mandas un aviso y yo vengo con Gabriel.

—Bien.

El silencio incómodo se apoderó de ellos hasta que él decidió romperlo.

—Me llegó un aviso del hombre que cuida la casa de Hampshire mientras yo no estoy. Una de las tuberías del baño principal decidió hacer de las suyas. Necesitaban mi permiso para empezar las obras.

—Podías haberte despedido.

—No me dio tiempo. —Ian suspiró recordando aquel trayecto hacia Hampshire en el que no había dejado de pensar en ella—. Salí por la mañana temprano, ni siquiera te habías despertado.

—Pensé… —Elle bajó la mirada al suelo.

—Pensaste que me había arrepentido y que marcharme sin despedirme me parecía la mejor idea.

—Sí.

Ian se levantó del sofá, fue hacia ella y se sentó a su lado. Le cogió la cara con ambas manos y le dio un beso en los labios.

—No me arrepiento de nada de lo que pasó.

Elle sonrió y esta vez fue ella quien lo besó. No fue un beso apasionado, sino un beso tierno que se convirtió en fuego cuando sus labios empezaron a moverse con ímpetu reclamando más. La lengua de Ian saboreó la suave mezcla del té y la crema, y pensó que aquella combinación era su sabor preferido. Sus manos se perdieron por debajo del vestido de tarde de Michelle, buscando la suavidad de su inmaculada piel. Se aventuraron a ir subiendo despacio a lo largo de su pierna, apartando las enaguas, mientras la besaba con adoración.

Los dedos de Elle aprisionaban el pelo de Ian a la vez que se deshacía con sus caricias.

Cuando sintió los hábiles dedos de él en el centro de su deseo, fue consciente de dónde estaban y haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad consiguió parar aquella tortura exquisita y apartarse unos centímetros.

—No podemos. Mi madre… puede entrar en cualquier momento.

—Tienes razón. Perdona, me he dejado llevar yo… Michelle le dio un beso rápido y sonrió.

—Lo sé, a mí también me cuesta decirte que no.

Ian sonrió con ternura a la pelirroja y le colocó detrás de la oreja un mechón que se había escapado.

—Sigo pensando que eres un peligro para mi persona, pero parece que eso no me detiene.

—La verdad, me alegro.

—Soy consciente, por eso creo que lo mejor es que me vaya, antes de que decida llevarte a otro sitio donde tu madre no pueda entrar.

Elle tragó como pudo sintiendo el corazón en la boca y asintió.

—Sí, creo que deberías irte antes de que esto se convierta en algo mucho más lascivo.

Ya junto a la puerta de la calle, Ian se detuvo. Se acercó a Michelle, le dio un beso en la mejilla y le susurró al oído:

—Nos vemos pronto, pelirroja. Pero que sepas que lo peligroso y lo lascivo me gusta.

La mesa de escritorio estaba llena de papeles. Aquella mañana, Nick había recibido más correspondencia de la habitual, y llevaba hora y media contestando cartas y arreglando algunos asuntos. Se disponía a abrir un sobre cuando el mayordomo llamó a la puerta.

—Disculpe, milord, tiene visita.

—¿Visita? ¿Quién es?

—El conde de Cherton, milord.

Nick arrugó la nariz con desagrado y, temiéndose lo peor, dijo:

—Hazlo pasar.

El mayordomo cerró la puerta y segundos después la volvió abrir para dejar entrar al conde.

—Cherton, buenos días. ¿Qué lo trae por aquí?

—Buenos días, excelencia. —George inclinó la cabeza ante el duque—. Me gustaría hablar con usted acerca de su hija pequeña, *lady* Ofelia.

Nick mantuvo el talante al escuchar el nombre de su hija y asintió.

—Por supuesto. —Nick estiró el brazo ofreciéndole asiento al conde—. ¿Qué ocurre con

Ofelia?

—Verá, excelencia, me gustaría contar con su permiso para cortejarla de manera oficial.

El duque movió la cabeza y miró a Cherton sorprendido.

—¿Quiere cortejar a Ofelia? ¿A mi hija pequeña?

—Sí, excelencia.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Desde luego. En los últimos tiempos, hemos tenido la oportunidad de hablar e incluso de llegar a conocernos, y no me atrevería a hacerle semejante petición si su hija no hubiera alimentado mis esperanzas para con ella.

—Dice que ella… que Ofelia le ha dado… ¿esperanzas?

—Sí, excelencia.

—¿Esperanzas de qué?

—De un posible futuro juntos, por supuesto.

Nick se rascó la barbilla mientras miraba a Cherton e intentó no reírse.

—O sea, que mi hija, *lady* Ofelia, ha conversado en cantidad con usted dando alas a la idea sobre un compromiso con ella, y por eso usted ha venido a mi casa, a pedirme permiso para llevar el cortejo de manera oficial.

—Exacto, excelencia.

—Disculpe que sea tan franco, lord Cherton, pero me sorprende lo que me cuenta. Ofelia no ha hablado de usted en ningún momento, no lo ha mencionado ni de pasada. Así que comprenderá que esto para mí sea del todo nuevo.

—No faltaría más, lord Blashword, pero entienda que, para una joven dama, es difícil expresar sus sentimientos a un padre y mucho más cuando esos sentimientos recaen en un caballero.

Nick contempló cómo el semblante del conde se erguía orgulloso ante sus suposiciones e intentó mantenerse firme y no echar de malas maneras a Cherton.

—Esa afirmación no se corresponde con Ofelia, ella no tiene problema a la hora de expresar sus sentimientos.

Cherton, que empezaba a verse acorralado, vislumbró la contestación.

—Puede que estos dos años en el continente la hayan cambiado, excelencia.

El duque de Blashword soltó una risa y asintió.

—Puede que tenga razón, lord Cherton. En tal caso, no puedo darle mi permiso sin antes hablar con Ofelia, la decisión es de ella.

—Lo comprendo perfectamente, milord —dijo George, intentando no mostrarse contrariado.

—Hablaré con Ofelia lo antes posible y le daré una contestación a su petición.

—Esperaré ansioso su respuesta.

Ambos se levantaron y, ya en la puerta, Cherton se despidió del duque. Cuando este escuchó cerrarse la puerta principal, llamó al mayordomo, que se presentó al instante.

—Milord.

—Dile a Ofelia que necesito hablar con ella.

—Enseguida, milord.

Nick entró en su despacho y esperó a su hija pequeña.

Lia llamó brevemente a la puerta del despacho del duque y, como siempre, la abrió sin esperar contestación.

—Hola papá, ¿querías verme?

—¿Has alimentado las esperanzas de Cherton?

—¿Alimentar las…? —Se interrumpió, tratando de entender la pregunta de su padre—. No tengo idea de lo que me estás hablando.

—El conde de Cherton acaba de irse. Ha venido a pedirme permiso para cortejarte, dice que has alimentado sus esperanzas acerca de vuestro compromiso.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y de dónde se ha sacado semejante tontería?

Nick se echó hacia atrás en la silla y respiró aliviado al comprender que las suposiciones del conde no se correspondían con los sentimientos de su hija.

—No lo sé, Lia. Eso es lo que ha dicho.

—Papá, lo he visto esta mañana en Hyde Park mientras montaba a caballo, hemos hablado durante un minuto, hasta que he podido marcharme y seguir montando sin su compañía. Por lo demás, no he hablado más con él —explicó sin querer mencionar lo sucedido la tarde anterior.

—Estaba seguro de que se lo estaba inventando. Pero tenía que preguntártelo.

—Papá, ese hombre es arrogante, orgulloso y muy desagradable. Sería el último hombre con el que me casaría.

—No sabes cuánto me alegra oír eso.

—¿Ha dicho algo más?

—No, solo quería mi permiso. —Lia soltó una carcajada.

—Lo siento, papá. Pero me resulta divertido que ese hombre haya tenido el valor de venir a casa con semejante petición.

Nick sonrió al ver lágrimas de risa en los ojos de su hija, se levantó y se acercó a ella.

—He de decir que ha sido divertido. Pero cuando me han avisado de su llegada, sabía que sería para algo parecido.

—Es lo único que le puede traer a casa, papá. Pero no esperaba que tuviera tan poca vergüenza para hacerlo. Sinceramente, no sé de dónde se ha sacado eso de… alimentar las esperanzas, pero puedes estar seguro de que no he hecho tal cosa.

—Te creo, sé que es imposible que le hayas dado alas. —Lia abrazó a su padre.

—Te puedo asegurar que hombres como lord George no entran en mis planes.

—¿Y cómo Gabriel?

Lia suspiró y su expresión se volvió afligida.

—Sí, papá. Gabriel sí entra en mis planes.

—Entonces ¿por qué estás triste?

Lia se sentó en su sofá favorito y su padre la imitó.

—Gabriel y yo hemos discutido.

—Discutido. Entiendo. ¿Tengo que acabar con su vida o solamente darle una reprimenda?

—Tanto como para acabar con su vida, no, pero una reprimenda no sería suficiente.

—¿Qué ha pasado? Creía que os entendíais.

—Hemos discutido, solo eso.

—Está bien, no insisto más. Si en algún momento me lo quieres contar, estaré aquí.

—Lo sé, papá —susurró ella.

—Pero procura solucionar las cosas. Gabriel me gusta. —Lia ladeó la cabeza e hizo un gesto gracioso con la boca.

—Tiene buen gusto, excelencia. Lord Dexter es un espécimen impresionante. —Nick soltó una carcajada.

—Solo tú podrías llamar espécimen a Gabriel.

—Él también se reiría —añadió con tristeza.

—Lia, pequeña, no tengo ni idea de lo que ha pasado, pero seguro que se puede solucionar.

—No es tan fácil. Pero por ti, lo pensaré.

—Que me guste a mí no implica que a ti te tenga que gustar.

—Ese es el problema, papá, que sí me gusta, y las cosas… Bueno, ahora están en el aire.

—Habla con tu hermano, seguro que Ian puede ayudar.

Lia sonrió, sin querer decirle a su padre que con Ian también estaba enfadada. ¿Y si todo esto era una tontería? Tal vez Verly tenía razón.

—Hablaré con él.

—De acuerdo. Y por el personaje de Cherton no te preocupes, es un canalla con ganas de buscar dote.

—Lo sé. Solo un caradura podría venir aquí a plantearte la situación. Nick abrazó a su hija y le dio un beso en la cabeza.

Michelle había salido aquella tarde a recoger el regalo de cumpleaños de su hermano, una pluma que había encargado y que había llevado a grabar. Cuando salió de la tienda y emprendió el regreso a casa, a lo lejos vio a Ian. Pensó en cambiar de dirección antes de que él se diera cuenta, pero decidió enfrentarse a sus nervios.

—Hola, Elle —saludó Ian cuando llegó hasta ella.

—Hola, Ian. ¿Cómo estás?

—Bastante emocionado, he estado en el banco. Las inversiones que hicimos han dado resultado.

—Me alegro.

—¿Ibas a tu casa?

—Sí. He recogido el regalo de James.

—Cierto, es su cumpleaños. Nosotros lo celebraremos en White’s.

—Me lo imaginaba. Siempre me ha llamado la atención los clubs de caballeros. Me encantaría visitar uno, pero creo que llamaría demasiado la atención. —Elle agachó la cabeza mordiéndose el labio.

—Sí, es evidente que resaltarías bastante entre tantos hombres.

—Podría disfrazarme —sugirió divertida Elle.

—Claro, puede que un disfraz sea la solución. —Ian alzó la cabeza y se rascó la barbilla—. Pero no sé cómo vas a ocultar el pelo, por no hablar de las formas de tu cuerpo. Siento decirte, Peligro, que un disfraz de hombre no es suficiente.

Elle sonrió y frunció los labios en un gesto provocativo.

—Entonces… ¿Qué sugieres?

—Sugiero que la curiosidad que sientes la busques en otra parte. No me gustaría que tuvieras problemas por haberte colado en White's.

—Buscaré un sitio mejor donde satisfacer mi curiosidad. —Elle miró la calle y después a Ian—. ¿Me acompañas a casa?

—Claro. ¿Has tenido la oportunidad de hablar con Lia?

—No. He estado ocupada ayudando a mi madre con la cena para James. Toda la familia va a venir. El cumpleaños es mañana, así que pasado deberíamos hacerlo.

—Me parece bien.

Cuando llegaron a casa de Michelle, Ian se quedó parado contemplando la fachada de la señorial vivienda y recordó lo que había pasado la última vez que había estado allí. Su deseo por la pelirroja lo invadió de nuevo y tuvo que controlarse para no besarla en plena calle.

—¿Qué piensas?

—Estoy recordando lo que pasó el otro día.

—Yo también he estado pensando en ello.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—Hace tiempo que llegué a la conclusión. No puedo evitar sentir lo que siento cuando estás cerca.

—Yo tampoco puedo evitarlo. Pero tengo la solución.

—¿Cuál?

—Que te vengas a casa conmigo.

Michelle abrió la boca en un gesto de sorpresa y lo miró perpleja.

—No… no puedo hacer eso. Estoy intentando ser racional y me lo estás poniendo difícil.

—Lo sé. Pero nunca te dije que fuera a jugar limpio.

—Jamás pensé que jugarías tan sucio. Me estás poniendo entre la espada y la pared.

—No te estoy poniendo en esa tesitura. Solo estoy intentando buscar una solución a todo esto, y creo que el que te vengas a casa conmigo soluciona las cosas.

—¿Qué soluciona, Ian? ¿Qué va a pasar después si al final decidido ir contigo? —Ian acarició la cara de Michelle.

—Pasará lo que tú quieras que pase.

Capítulo 15

Desde que en 1693 el italiano Francesco Bianco fundara el club de caballeros White's, este había sido una balsa de tranquilidad para todos aquellos caballeros que querían huir de la realidad. Aunque el club consideraba importante ciertas reglas, al margen de estas todo estaba permitido. Desde apuestas triviales, hasta apuestas que podían dejar en la miseria al perdedor.

White's era el club más exclusivo de Londres. Estaba situado en la zona superior de la calle St. James, al lado del palacio y de Westminster. Solo los más afortunados llegaban a ser socios, por supuesto, después de pasar por la votación de todos los miembros. Cada uno de los miembros masculinos de la familia Bucker había pertenecido al club. Gabriel aún recordaba cuando su padre le informó de que, en la caja de votaciones abierta para su

admisión, ningún miembro había introducido la peligrosa bola negra. Aquella noticia había alegrado tanto a Gabriel que aquella noche había invitado a todos sus amigos.

Desde que lord Dexter ingresó en White's siempre se había comportado como un caballero, nunca había organizado ningún escándalo y, siguiendo los estandartes de su padre, había apostado con moderación y cabeza. Y aunque las apuestas habían resultado fructíferas, apareciendo como ganador en el libro de apuestas del White's, nunca había alardeado ni se había reído del perdedor.

Consideraba las apuestas como un entretenimiento y un juego banal, en vez de como algo serio que le pudiera cambiar o costar la vida. Este era el motivo por el que los caballeros siempre lo pensaban dos veces antes de apostar con él, y de sobra era conocida la buena maña que el marqués de Dexter destilaba siempre en esos asuntos.

Gabriel, siendo más joven, solía acudir al club a primera hora de la noche; cuando el entretenimiento empezaba a rozar lo pecaminoso. Y siempre acompañado de Ian, James y Brandon. Cuando su madurez alcanzó un grado elevado solía acudir por las tardes y siempre para machacar a sus amigos al billar. Ahora, tanto él como sus amigos acudían a la hora del aperitivo, después de haber estado en el club deportivo, y si se encontraban a gusto se quedaban a comer, hacían una sobremesa y se marchaban.

Aquella tarde, para sorpresa de algunos camaradas, Gabriel había acudido al club, y sin compañía. Había intentado localizar a Ian o a James, pero no lo había conseguido. Por eso, y siguiendo sus instintos de que necesitaba una copa en un lugar donde no oliera a jazmín, había acudido a White's. Había pasado de largo por las mesas de apuestas y por las habitaciones para reuniones privadas, había subido a la segunda planta y tampoco se había decantado por las mesas de billar. En lugar de eso, siguió subiendo hasta la planta superior donde se encontraba el bar, considerado la zona más tranquila de White's, y donde los caballeros que eran ajenos a las apuestas y a las largas partidas de Whist se reunían para conversar y, en ocasiones, conseguir buenos negocios.

Al llegar a su zona preferida había pedido un vaso de *whisky* y se había sentado en los sillones de cuero negro, situados a la derecha de la amplia estancia donde se sentaban siempre. Mientras saboreaba el licor, reflexionaba en cómo había echado a perder su compromiso de la manera más tonta. Había intentado decirle la verdad a Lia, pero aquella mujer había conseguido

con un beso que perdiera el hilo de su valentía y se dejara llevar hasta el punto de olvidarse de la cordura. Aún sentía en sus labios el sabor de Lia, y sabía que podía beber todo el *whisky* del White's y acabar con sus reservas, que aquel sabor permanecería como una huella imborrable. Sentía en sus dedos el tacto de la piel cremosa de la mujer que lo volvía loco y sería incapaz de olvidar cómo sus cuerpos habían encajado de manera perfecta hacía apenas un día.

No podía creer que, por haber ocultado la verdad, por no haber hecho caso a su mejor amigo, ahora se encontrara destrozado y perdido, incapaz de encontrar la forma de que Lia lo pudiera perdonar. Un último trago al licor ambarino le había bastado para darse cuenta de que no la merecía, de que Lia, a pesar de que siempre sería suya, jamás le pertenecería. Ese amor con el que había soñado cada noche desde que la volvió a ver se había esfumado por su cobardía y por creer que de ese modo la estaba protegiendo.

Estaba asintiendo ante ese último pensamiento cuando de soslayo vio al conde de Cherton, que se sentaba a una de las mesas cercanas a la suya.

—Cherton, ¿qué te trae a la zona más tranquila del club? Te hacía desplumando a algún pobre diablo —le dijo uno de los caballeros que estaban en esa mesa.

—La verdad, Mosley, a eso había venido hoy. Pero en las mesas no hay carne buena; sería una victoria fácil y eso no me gusta. Parece que las grandes apuestas hoy se hacen en privado. —Cherton miró a su derecha y sonrió al ver a Gabriel—. Hoy estoy teniendo mucha suerte y quería acabar el día con una suma considerable.

—¿Y a qué se debe esa buena fortuna que te acompaña hoy? Cherton soltó una risa muda y se hinchó como un pavo.

—Estáis sentados con el futuro prometido de *lady* Ofelia Hemsley.

Gabriel se irguió ligeramente al escuchar el nombre de la que consideraba su mujer y prestó atención a las palabras del conde.

—¿*Lady* Ofelia Hemsley? ¿La hija de Blashword? —preguntó el amigo de Cherton.

—La misma, Mosley. No creo que haya otra.

—¡Eso no te lo crees ni tú, Cherton! Blashword no aceptaría que te casaras con su hija pequeña ni en un millón de años.

—Mosley, amigo, esta mañana, después de tener un encuentro más que entretenido con la pequeña Hemsley, he acudido a Blashword House para hablar con Nicholas, y la respuesta de mi futuro suegro no ha sido otra que la de asegurarme que hablaría con su hija. ¿Creéis que después del encuentro de esta mañana Ofelia me va a rechazar?

—¿No?

—No, claro que no. Me he asegurado de llegar hasta su corazoncito y encandilarla tanto que sea incapaz de decir que no. Así que, amigos, levanten sus copas y brindemos por mi futuro compromiso con *lady* Ofelia.

Los caballeros levantaron sus copas y brindaron por la buena suerte de Cherton. Gabriel, al contrario, estaba fuera de sus casillas. La sangre le bullía. Estaba a punto de estallar. No podía ser; Lia jamás aceptaría a casarse con ese imbécil solo porque él la hubiera jodido. Lia no soportaba a Cherton, siempre había dicho que era un conde venido a menos… Era imposible que de un día para otro fuera a casarse con él.

Cherton sonreía al ver cómo Gabriel se tocaba el pelo de manera desesperada; sabía lo que estaba pasando por la cabeza del marqués. Él, que siempre perdía ante la habilidad de Dexter, le

había ganado la batalla más importante y, en unos pocos meses, la guerra. Ofelia sería suya y Dexter poco podría hacer entonces. Con ese pensamiento, Cherton tragó el licor que tenía en la boca y sonrió.

—Muchas gracias, amigos, por compartir conmigo esta buena noticia.

—Sin duda lo es, George. No todos los días uno se casa con el mejor partido de la temporada, la hija de un duque, nada menos.

—Sí, aunque eso es lo de menos. El título lo va a heredar St. Abbey, una pena, estoy seguro de que como duque duplicaría mi buena fortuna. El logro reside en mi futura mujer.

—Cherton miró de reojo a Gabriel y soltó lo que sabía que terminaría de provocarle—. Caballeros, estáis ante el hombre que va a saborear las maravillas del delicioso y dulce Eclair de Londres.

Al escuchar aquella frase, Gabriel se levantó de golpe, haciendo que la mesa y el sofá se tambalearan. Tenía los puños cerrados por la rabia, y la furia de todo su cuerpo era palpable. En dos pasos se acercó a Cherton, y con agilidad lo levantó del sofá, lo cogió del nudo de la corbata y apretó con la mano cerrada hacía arriba.

—Retíralo, desgraciado. Retíralo ahora mismo o te juro que acabo contigo.

La risa socarrona del conde, que apenas podía respirar, lo enfureció todavía más.

—¿Qué pasa, Dexter? ¿Pensabas que la fierecilla solo tenía ojos para ti? Tenías que haber visto cómo brillaban sus ojos al escuchar mis palabras.

—¡Es mentira! ¡Lia no te puede ni ver!

—¡*Lady* Hemsley será mía! Poco puedes hacer ya, convéncete, Dexter. Nunca sabrás lo que es tenerla.

Gabriel, a pesar de saber que aquellas palabras eran mentira, no pudo evitar el golpe que le propinó al conde. Su puño aterrizó al lado de la mandíbula haciendo que la sangre manara, para después tirarlo al suelo.

—¡Has faltado al honor de lo que debe ser un caballero! Siempre serás el perdedor de esta guerra, Dexter.

—¿Por qué no lo hablamos mañana al amanecer, Cherton? Tú, yo y nuestros padrinos. ¿O acaso crees que mañana se te habrá acabado la suerte?

—Mañana seguiré teniendo la misma suerte, Dexter. Y cuando estés agonizando en el suelo te recordaré que ni siquiera vas a vivir para ver cómo Ofelia se casa conmigo.

—Mañana al amanecer, Cherton. Esta noche sabrás el lugar exacto.

Gabriel se dio la vuelta y, sin mirar a nadie de los que allí se habían reunido para ver qué pasaba, salió del club en dirección de la casa de Ian. Él sería su padrino.

La habitación de Ian en St. Abbey House era amplia y estaba ubicada en la zona sur de la casa, lo que significaba que la luz entraba a raudales. Cuando Elle entró en la estancia y contempló el estilo masculino con el que estaba decorada, sonrió. Le gustaban los muebles oscuros y los sillones tapizados en aquel azul noche. Al inspirar, el olor de Ian la llenó, cerró los ojos un instante y sonrió.

—Me gusta. —Se dio la vuelta y miró directamente a Ian.

—A mí también. Es mi refugio.

—¿Tu refugio es este y no tu despacho?

—Aquí suelo estar mucho más tranquilo que en el despacho.

Michelle asistió y se mordió el labio. Estaba nerviosa, pero sabía que no tenía que temer nada. Dejó de morderse el labio y se armó de valor.

—Ahora que me tienes aquí, ¿qué vas a hacer?

Ian achinó los ojos y le dedicó a la pelirroja una sonrisa pícara.

—Besarte. Me apetece besarte.

El marqués se acercó a ella, la atrajo hacia su cuerpo y la besó con pasión. Michelle, al sentir los ardientes labios de Ian, abrió la boca para dejar que su lengua jugara con ella. Se besaban con adoración, siendo conscientes de que aquel momento era para ellos.

Ian, que en aquel momento ya no era dueño de sí mismo, empezó a desnudar a la pelirroja, y se dijo que tenía que hacerlo despacio, sin prisas. Sabía a ciencia cierta que ella se merecía lo mejor. Y en ese instante, un pensamiento rondó por su cabeza. Tenía claro que Michelle era importante para él y que después de aquella noche sería suya todos los días.

Pero no podía dejar de pensar en si tenerla en su casa era de verdad buena idea. Sin embargo, ahora, viendo de nuevo el cuerpo de Elle, sentía que tenía que hacer las cosas de otra manera, ateniéndose a las convenciones.

Despegó sus labios de los de ella, y retiró las manos de su cintura, pero cuando fue a apartarse de ella, Michelle lo atrajo de nuevo inundándolo con su calor, con su olor. Ian fue incapaz de alejarse y continuó desnudándola con el mismo mimo.

La tumbó sobre la cama y dejó que sus manos se pasearan por su cuerpo. Quería que ella disfrutara de sus caricias mientras él grababa en su memoria las curvas de su cuerpo.

Quería guardar aquel instante para siempre, para que, cuando ella no estuviera, pudiera recordarlo y sentir que estaban cerca.

La respiración de Michelle estaba entrecortada y parecía reclamar más.

—Ian…

—Aún no, cariño.

Los hábiles dedos de Ian la estaban volviendo loca.

—Ian, por favor.

Ian sonrió y volvió a besarla con la misma pasión, mientras sus dedos buscaban la carne rosada que ocultaba su placer. Al sentir sus caricias, Elle arqueó la espalda y mordió los labios de Ian. Cuando su cuerpo no pudo más y estalló alrededor del cuerpo de Ian, sintió cómo el deseo la consumía.

—¿Estás segura?

Él murmuró aquellas palabras en su oído y ella sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

—Ian, no he estado tan segura de algo en mucho tiempo. Sé que es ahora y es contigo. Ian la besó con cariño y le acarició la cara.

—Te prometo, mi amor, que este momento será siempre nuestro.

Un estruendo sonó en la habitación y Gabriel entró. Michelle se incorporó de golpe en la cama y arrastró las sábanas hacia arriba para tapar su desnudez.

—Ian, ¡joder! He retado a un duelo a Cherton. No paraba de decir que iba a casarse con tu hermana, que había pedido permiso a tu padre. Me he vuelto loco. Es un duelo a pistolas mañana al amanecer, he pensado que sea fuera de Londres. Hay que mandarle una nota diciéndole el

lugar exacto, la hora y el nombre de mi padrino, por supuesto vas a ser tú. Tienes que acompañarme en esto, joder, yo…

Gabriel, mientras explicaba a Ian lo que había pasado, había estado dando vueltas por la habitación, sin percatarse de la presencia de Michelle. Pero cuando detuvo sus frenéticos pasos, su mirada se clavó en la joven que intentaba ocultarse detrás de Ian.

—Lo siento. Por eso Lars no quería que subiera, he tenido que empujarlo… ¡Joder, Ian! ¿Qué vamos a hacer? —Gabriel miró a Michelle, que seguía tapada con la sábana y muerta de vergüenza—. Elle, de verdad que lo siento, pero tranquila, no contaré nada.

Ian, convencido de que Gabriel guardaría su pequeño secreto, intentó manejar la situación.

—Gabriel, ¿qué te parece si me esperas en el despacho?

—Sí, sí, claro.

Gabriel salió de la habitación y Elle, alterada, salió de la cama y empezó a vestirse.

—¡Un duelo! ¡Ian, Gabriel se va a retar a duelo! ¡Está loco!

—Elle, cariño, deja que hable con él… —le pidió mientras se situaba detrás de la joven para ayudarla con el corsé.

—Claro que vas a hablar con él. Y yo voy a hablar con Lia. Ella tiene que saberlo.

—No, no se lo cuentes a Lia. Hazme caso; es mejor.

—¿Cómo que no se lo cuente? Ian, tu hermana merece saberlo.

—¡Cariño, por favor! Deja que arregle yo las cosas.

Elle suspiró y asintió. Cuando ambos estuvieron vestidos, bajaron de nuevo. Gabriel salió del despacho al oír sus pasos.

—Elle, puedes estar segura de que no contaré lo que ha ocurrido entre Ian y tú —dijo con tono más calmado.

—Gracias, Gabriel —respondió ella—. Yo tampoco diré nada sobre el duelo. Pero en cuanto salió a la calle, tomó la dirección de Blashword House.

El cielo de aquella mañana de mayo era de un color gris intenso y parecía que en cualquier momento iba a llover. Los relojes marcaban las siete y en aquel lugar tan alejado de Londres solo se escuchaba el silencio. La tranquilidad de esa hora posterior al amanecer quedó rota cuando un carruaje irrumpió en el silencio.

—Te lo repito una vez más: esto no es buena idea —dijo Ian bajándose del carruaje.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

El malhumor de Gabriel parecía un cuchillo recién afilado.

—¡Joder, Gabriel! ¡Lo que tenías que haber hecho era contenerte!

—Si hubieras estado ahí habrías reaccionado igual.

—Se supone que eres un hombre cabal y con principios, y, sin embargo, aquí estás, a las afueras de Londres dispuesto a que te maten.

—No tengo la intención de morir hoy. —Ian suspiró y cerró los ojos.

—Probablemente tengas razón. El insensato de Cherton no tiene ni idea de cómo disparas.

—Sin embargo, yo sí sé cómo dispara él. Y los dos sabemos que es nefasto, tiene la puntería perdida, el arma siempre le tambalea a la izquierda.

—¿No te parece que juegas con ventaja?

—Fue él quien eligió que fuera a pistolas. No tengo la culpa de que el muy imbécil piense que se le da bien.

—No, está claro que solo tienes la culpa de que estemos aquí perdiendo el tiempo. Dime, ¿vas a acabar con él o solo le vas a hacer un rasguño?

Gabriel levantó la vista y miró a su mejor amigo, a su padrino.

—No lo sé. Una gran parte de mí me pide que acabe con él. Pero mi lado racional preferiría dejarlo con vida.

—Estamos seguros de que Cherton respetará la norma de a un solo disparo, ¿verdad?

—Mi intención es que acabe en el suelo, así que no creo que pueda volver a disparar.

—Esperemos que el que no acabe en el suelo seas tú.

Gabriel cogió aire y bajó de nuevo la vista, se ajustó el abrigo y murmuro:

—Anoche…

—Si no hubieras irrumpido como un loco probablemente sonarían campanas de bodas.

A Gabriel le pareció que el tono de Ian al decir eso sonaba resignado, y le extrañó. Había estado convencido hasta ese momento de que su amigo amaba a la pelirroja.

—¿Tan malo sería casarte con Michelle?

—Para nada. Si anoche no nos hubieras interrumpido, esta mañana de buen grado estaría hablando con Richard Baxter.

—Pero…

—Pero te agradezco la intrusión. No quiero hacer las cosas así. Elle se merece que la trate como la dama que es y no quiero que mis hermanas me despellejen.

En ese momento, el ruido de otro carruaje acercándose los alertó. Lord Cherton y su padrino, lord Vemport, descendieron y se acercaron a Ian y Gabriel.

El tono de voz del conde sonó ufano y orgulloso.

—Supongo que conocen a lord Vemport. Michael ha aceptado ser mi padrino.

—Buenos días, caballeros —saludó este—. La verdad es que me hubiera gustado verlos en otra circunstancia, pero George no quería a otra persona por padrino.

—En eso estamos de acuerdo. —Ian extendió la mano enguantada, y estrechó la del barón —. Las circunstancias podrían ser mejores.

—Creo que deberíamos acabar cuanto antes, tengo un asunto en la ciudad que no se puede demorar.

Los tres hombres miraron al conde y asintieron. Todos menos él sabían de la destreza de Gabriel.

Lord Michael movió lentamente la cabeza en actitud pesimista, pero enseguida recuperó el control.

—Bien, si les parece, los padrinos procederemos a dar el visto bueno a las armas.

—Por mí está bien —dijo Gabriel.

Tanto lord Vemport como Ian cogieron las armas contrarias y se alejaron unos pasos para asegurarse de que todo estaba correcto. Ian sacó del bolsillo de su abrigo un silbato y se lo pasó a Michael, que lo cogió sin ímpetu.

—Tú tampoco estás de acuerdo con esto, ¿no es cierto?

Ian miró al barón y respondió:

—No, creo que no son formas de resolver las cosas, pero entiendo por qué Gabriel ha

reaccionado así. Estamos hablando de mi hermana, puede que yo hubiera hecho lo mismo.

—¿Tiene intención de matarlo?

—No, prefiere dejarlo herido. Supongo que no hace falte que me asegure, pero confío en que Cherton respetará lo acordado y disparará solo una vez.

—Puedo prometer que George disparará solo una vez. Su intención es matar a lord Dexter, el único problema es que no es consciente de que es un tirador horrible.

—¿Por qué te has prestado a ser su padrino?

—Pensé que podía disuadirlo de acudir esta mañana, pero en el transcurso de la noche solo he podido comprobar el odio que siente por Gabriel. Si estoy aquí es porque ya era tarde para decirle que se buscara a otro.

Ian asintió.

—¿Treinta pasos?

—Treinta pasos está bien. Zanjemos rápido este asunto.

Ian se acercó de nuevo hasta Gabriel y Cherton, que se habían quitado los abrigos y remangado las camisas, y les ofreció las armas.

—Las pistolas están correctas. Como acordamos anoche al elegir el lugar, el duelo se efectuará a un solo disparo, con la distancia acordada de treinta pasos. Apretaréis el gatillo al oír el silbato que hará sonar lord Vemport.

—Que tengas suerte, Dexter, estás a un solo disparo de cerrar los ojos.

—No lo veo tan claro, Cherton.

Los dos se alejaron con sus respectivos padrinos.

—Quiero asegurarme de que solo lo vas a asustar —murmuró Ian mientras Gabriel cargaba el arma.

—Te lo prometo, un poco de sangre y ya está.

—También quiero que sepas que esta es lo última vez que me presto a ser tu padrino en un maldito duelo, así que para la próxima haz el favor de pensar las cosas.

—Estaba hablando de Lia.

—Gabriel, quería provocarte y lo ha conseguido.

Gabriel giró la cabeza mirando a Cherton y respiró profundamente.

—Quiero que me hagas un favor.

—Tú dirás.

—Si por casualidad el disparo de Cherton es certero…

—¡Qué va a ser certero! ¡No sabe disparar!

Gabriel levantó la mano pidiendo a Ian que lo dejara hablar.

—Si Cherton acierta con su tiro, quiero que te asegures de que Lia no se casa con él. Me revolveré en la tumba sabiendo que la mujer que amo comparte su vida con ese miserable porque yo fallé el disparo. También tienes que prometerme que le dirás a Lia que lo siento, que me volví loco y que mi último pensamiento fue para ella. Que me fui amándola y sabiendo que la culpa era mía.

Ian abrazó a Gabriel y le prometió que Lia lo sabría. La voz impaciente del conde resonó a sus espaldas.

—Deberíamos empezar.

Ian y Gabriel se giraron hacia los otros dos hombres, y se acercaron a ellos.

Cherton se dio la vuelta y esperó unos segundos hasta sentir la espalda de Gabriel pegada a la suya.

—Treinta pasos, caballeros —indicó Ian—. ¿Nos alternamos para la cuenta, lord Michael?

Este asintió y empezó a contar.

—¡Uno! —La voz de Vemport sonó fuerte, casi cortando el viento.

—¡Dos!

—¡Tres!

A cada paso que daba, Gabriel pensaba en Lia, en cómo había llegado a esa situación.

La culpa de poder arrastrar a Lia al sufrimiento lo mataba por dentro sin necesidad de exponerse a ningún disparo. Ian tenía razón, tenía que haberlo pensado antes; Cherton solo quería provocarlo y él había entrado en su juego como un tonto. Mientras iba avanzando paso a paso, se prometió que si salía de aquella estupidez ileso haría todo lo posible por recuperarla. Se dejaría la piel y el alma en el perdón de Lia.

—¡Diez!

—¡Once!

Sabía que Cherton se regodearía si aquello le salía bien. Era consciente de que no podía fallar, de que tenía que acertar el disparo y dejarlo en el suelo. Pensó que se tenía que girar hacia la derecha, ya que Cherton efectuaría el disparo hacia la izquierda. Aquella era su ventaja, no iba a dejar escapar la oportunidad.

—¡Dieciocho!

—¡Diecinueve!

Tal vez podía apuntar a la pierna o el brazo, un poco de sangre, un susto para el desgraciado y una vuelta rápida a Londres para hablar con Lia. Tenía que conseguir que ella lo perdonara, aunque después de esta segunda estupidez lo dudaba.

No contarle la verdad sobre los viajes a las Indias y el espionaje para la Compañía había resultado el error más grande de su vida. Y estaba en un estúpido duelo pensando en cómo arreglar el entuerto…

—¡Veintisiete!

—¡Veintiocho!

—¡Veintinueve!

En ese momento, un disparo sonó en el aire. Gabriel se dio la vuelta, se tocó, comprobó que no estaba herido. Miró a Cherton y vio que hacía lo mismo. Con el arma todavía en la mano miró a Ian y vio que estaba de espaldas oteando a lo lejos. Otro disparo sonó en el aire cortando el silencio y entonces entendió lo que estaba ocurriendo.

A lo lejos, Lia se acercaba corriendo, disparando al aire para interrumpir el duelo. Al llegar al lado de su hermano casi sin respiración, le entregó el arma que Ian pareció reconocer enseguida.

—¡Estás loco! ¿Cómo se te ocurre dejar que este idiota se enfrente a un duelo?

—Lia… Lia… —intentó articular Ian mientras se recuperaba de la sorpresa. Lia ignoró a su hermano y se encaró directamente con Gabriel.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? ¿Qué diablos se te pasó por la cabeza para dejar que las provocaciones de este miserable llegaran a buen puerto?

Gabriel trató de contestar, pero apenas le salían las palabras. No podía creer que Lia

estuviera allí. Apartó la mirada de ella y trató de mantener la compostura.

—Consideré que eso era lo que debía hacer, y yo…

—¡Tú, tú! ¡Tú eres un idiota! ¡Ahora sí que no pienso casarme contigo! ¡Estás loco, Gabriel!

Gabriel clavó su mirada en ella y soltó el arma de golpe. Se sentía a punto de estallar por la adrenalina.

—Maldita sea —gruñó acercándose a ella—, claro que te vas a casar conmigo. Lia retrocedió dos pasos, impidiendo que la tocara.

—¿Quién te crees que eres para obligarme?

—Soy el jodido amor de tu vida. Soy el hombre que está enamorado de ti y que va a hacer todo por no perderte.

Gabriel salvó la distancia que los separaba y cogió con fuerza a Lia apretándola contra su cuerpo. Al sentir su calor, ella abandonó la lucha y buscó sus labios para besarlo con pasión. Gabriel la correspondió con el mismo ardor, sintiendo cómo todos sus sentidos reaccionaban con tanta intensidad que se vio obligado a soltarla para calmarse.

Respiró hondo y la miró tratando de ocultar su turbación.

—Me volví loco, Lia, Cherton dijo que te ibas a casar con él, que le había pedido la mano a tu padre.

—Y le ha pedido la mano a mi padre, ayer se presentó en casa para hablar con él. Gabriel, pensaba que eras inteligente, al menos lo suficiente para no creerte que yo le diría que sí.

—¡Y no me lo podía creer! Pero estabas tan enfadada conmigo, pensaba que te había perdido y…

—¡Se supone que tienes que confiar en mí, Gabriel! Y no me refiero solamente al duelo. Pero está claro que no lo haces, a la primera provocación te bates a muerte.

—Lia, por favor, lo siento de verdad, tienes que perdonarme, se me fue la cabeza, solo podía pensar que te había perdido.

Gabriel no podía apartar sus ojos de ella, con el corazón a punto de salirle por la boca. Era consciente que aquella era su oportunidad y no podía desperdiciarla. Era ahora o nunca.

Lia tenía la respiración agitada, seguía enfadada y quería odiar a Gabriel con todas sus fuerzas. Lo que había estado dispuesto a hacer era un riesgo innecesario. Tenía la sensación de que no confiaba en ella, y para Lia eso era casi lo peor. Sin embargo, no podía evitar sus reacciones ante sus besos y su mera presencia, y al verlo de aquella manera, tan perdido, suplicando su perdón con la mano en el pecho, fue incapaz de odiarlo.

—Y me habías perdido, Gabriel. Estaba muy enfadada contigo por mentirme, pero cuando Elle apareció en casa para decirme que te ibas a batir en duelo con Cherton por lo que él había dicho, pensé que quizá nunca te volvería a ver. Se me olvidó que estaba enfadada, solo podía pensar en averiguar dónde iba a ser el duelo para intentar impedirlo.

—¿Cómo has averiguado el lugar?

—Me he pasado al menos una hora en casa de mi hermano intentando sonsacarle la información a Lars, su ayuda de cámara. Al final se decidió a decirme la hora y el lugar.

Gabriel abrazó de nuevo a Lia y la besó. Esta vez fue un beso tierno y suave que para ellos lo significaba todo.

—¡Qué enternecedor! —exclamó Cherton a sus espaldas—. ¡Un espectáculo maravilloso!

Pero hemos venido para batirnos en duelo y aún no hemos podido ni disparar. Un trato es un trato, Dexter.

—George, creo que esto se ha terminado, está claro cuál es el resultado de esto —intervino lord Vemport.

—¡No puedo permitirlo, Michael! Dexter me retó a un duelo y, como hombres de palabra que somos, duelo vamos a tener.

Dándose cuenta de que Cherton no iba a dejar pasar la oportunidad de intentar matar a Gabriel, Ian exclamó:

—¡Cherton, déjalo! Ya has visto que no tienes nada que hacer, mi hermana…

—¡Tu hermana no sabe lo que quiere, St. Abbey! ¡Ayer iba a casarse conmigo y hoy detiene el duelo para salvar la vida a tu mejor amigo!

—Gabriel, por favor, no le hagas caso, no lo hagas —suplicó Lia.

—No quiero hacerlo, Lia, pero que estemos en esta situación es culpa mía, yo le reté.

—Y yo he parado el duelo, no hay necesidad de volver a empezar. Está enfadado porque ha visto que ha perdido. Gabriel, por favor, déjalo, hazlo por mí.

Gabriel cerró los ojos, consciente de que ella tenía razón, pero Cherton no se marcharía de allí sin ejecutar el disparo con el que pensaba mandarlo a la otra vida. Al abrir los ojos buscó la mirada de Ian y este le entendió.

—Lia, tienes que dejar que Cherton dispare.

—¡Ian, no!

—Escúchame. Cherton es un tirador pésimo, la pistola siempre se le balancea a la izquierda. Gabriel es un tirador excelente, deja que le haga un rasguño y marchémonos a casa.

Ian escuchó unos pasos a su espalda. Se dio la vuelta y se quedó perplejo al encontrarse con la pelirroja, que había llegado detrás de Lia en el carruaje y que había permanecido en un segundo plano presenciando todo lo que ocurría. Michelle, al ver como él la miraba, comprendió que Ian necesitaba su ayuda.

Al ser consciente de la situación y observar que Gabriel se agachaba para coger el arma, Elle desvió su mirada hacia Cherton para ver cómo sonreía orgulloso. Frunció los labios y tuvo la mejor idea. Se acercó a Lia y la apartó del grupo.

—Tienes que dejar que el duelo se lleve a cabo.

—¡Elle!

La pelirroja levantó la mano y puso un dedo en los labios de Lia haciéndola callar.

—Cherton no va a parar hasta que no dispare, pero no tiene por qué pasar según lo que él quiere y lo que él espera.

Lia la miró sin comprender hasta que vio que Elle desviaba la mirada, y entonces entendió lo que su amiga quería decir. Lia sonrió y asintió sabiendo que era lo mejor.

—Está bien, que dispare.

Ian soltó el aire que había inspirado y dio las gracias a Michelle, que se encogió de hombros.

Gabriel se colocó en posición y miró a Cherton.

—¡Acabemos con esto, Cherton!

—¡Un solo disparo, Dexter! A la cuenta de diez en esta posición.

Lia vio cómo Cherton empuñaba el arma y comprobó que, en efecto, el disparo se desviaría

a la izquierda. El barón de Vemport empezó la cuenta y ella cogió el arma de su padre, la pistola con la que había detenido el duelo inicial, comprobó que Elle se ponía en medio para impedir el paso a Ian y sonrió.

—¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez!

Un disparo rápido sonó en el aire y Gabriel solo pudo ver que Cherton caía todavía de espaldas, sin que ninguno de los dos hubiera disparado.

Lia, con el arma del duque aún en la mano, se acercó a Cherton y comprobó que su puntería seguía intacta: la bala había rozado el brazo derecho y estaba sangrando.

Se agachó para quedar a su altura y poder mirarlo a la cara, clavó sus ojos llenos de ira en él y masculló:

—Solo quiero que sepas que eres un miserable, un don nadie que se cree alguien. Quiero que tengas la certeza total y absoluta de que soy yo la que te ha disparado, de que soy yo la que te ha herido, soy yo la que ha provocado que tu sangre se esté derramando. Y que, por consiguiente, he sido yo la que hoy te ha perdonado la vida. Y si lo he hecho es porque quiero que veas cómo Gabriel se casa conmigo, quiero que veas que a su lado voy a ser feliz el resto de mis días, y que vivas cada día revolviéndote en tu odio sabiendo que esa desgracia te la he provocado yo.

Se levantó con su mirada todavía puesta en los ojos del conde y, orgullosa, se dio la vuelta, caminó hacia donde estaba Gabriel con su hermano y Michelle, y le entregó de nuevo el arma a Ian.

—Ya podemos volver a casa.

—No, no podemos —se opuso Gabriel acercándose a ella.

—Joder, Gabriel —gruñó Ian—, ¿qué más quieres hacer aquí? —Se volvió hacia Lia y la miró a los ojos.

—Necesito saber si está todo bien entre nosotros. Si podrás olvidar todo lo que he hecho.

—Gabriel, he venido a detener el duelo porque me importa más poder seguir estando contigo que lo que hicieras en el pasado.

Gabriel suspiró aliviado y sonrió. Clavó la rodilla en el suelo y cogió la mano de Lia.

—*Lady* Ofelia Hemsley, necesito que te cases conmigo. Estoy perdidamente enamorado de ti, te quiero más que a mi vida y prometo hacer cualquier cosa para que seas feliz.

Lia sonrió y apretó su mano.

—Sí, Gabriel, me casaré contigo.

Capítulo 16

El carruaje recorría las calles de Londres a una velocidad elevada. Pero al entrar en el barrio de Mayfair, esa velocidad disminuyó considerablemente. La gente paseaba por las calles aprovechando las últimas horas de la mañana, antes de ir a sus casas para preparar las veladas de la noche. Cuando el carruaje giró cerca de Grosvenor Square, Lia miró por la ventana y colocó las manos en su regazo. Estaba tranquila, sabía a ciencia cierta lo que iba a pasar y no le preocupaba en absoluto. Al parar el coche del todo, miró de frente y sonrió a la pelirroja.

—Nos vemos esta noche.

—Más te vale aparecer en el baile prometida.

—Eso espero.

Michelle, antes de salir del carruaje, le dio un beso a Lia.

—Buena suerte. Me alegro mucho por ti.

Elle subió las escaleras de su casa y el coche volvió a moverse por las calles. Pasados unos minutos, volvió a pararse frente a la entrada de Blashword House. Simon, el cochero de la familia, ayudó a bajar a Lia mientras Michael la esperaba en la entrada de la casa.

—Buenos días, *milady* —saludó el mayordomo.

—Buenos días, Michael. Necesito que Anna vaya a mi habitación enseguida. ¿Puede avisarla?

—Por supuesto, *milady*.

Lia subió las elegantes escaleras de mármol y una vez arriba se encontró con la cálida sonrisa de su madre.

—Has salido de casa muy pronto. ¿Dónde has ido?

—Luego te lo cuento. Necesito cambiarme, y tú también. Emilia miró extrañada a su hija pequeña y preguntó:

—¿Por qué mi vestido no está bien?

—Porque estoy segura de que querrás recibir a Gabriel con un vestido más adecuado, teniendo en cuenta lo que viene a pedir.

Emilia abrió aún más los ojos, presa de la emoción, y abrazó con todo el cariño del mundo a su hija.

—Tienes razón. Hay que cambiarse. Iré a avisar a Verly.

—Perfecto. Anna seguramente ya me está esperando en la habitación.

En ese momento, llamaron la puerta. Michael fue hacia la entrada y dio paso al marqués de Dexter. Gabriel esperó unos segundos hasta que el mayordomo volvió para acompañarlo al despacho de Nick.

—Buenos días, excelencia.

—Buenos días, Gabriel. ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien.

—Espero que lo que te traiga a mi casa sea bueno. —Nick miró directamente a Gabriel y sonrió cuando comprobó con alivio que, en efecto, era bueno.

—Sí, es bueno. Vengo a pedirte permiso para casarme con Lia.

—Creo que antes se tiene que pedir permiso para cortejarla oficialmente.

—Los dos sabemos que eso hace tiempo que lo llevo haciendo. —El duque soltó una risa y asintió.

—Es cierto, pero… ¿No crees que has sobrestimado mi confianza al no pedir permiso para hacerlo?

Gabriel sonrió con malicia y negó con la cabeza.

—Dado que la decisión y la última palabra es de Lia, no creo que el permiso para cortejar a tu hija tuviera que venir de ti, sino más bien de ella y de su agrado hacía mí. Habría sobrestimado tu confianza si no hubiera venido a pedirte permiso para casarme con ella, aunque ella ya me haya dicho que sí.

—Está claro que sabes lo que te haces. Siempre supe que serías tú. Y no sabes cuánto me alegro.

—Supongo que después de Cherton soy la mejor opción. —El tono irónico de su voz hizo reír al duque.

Nick se levantó de la silla de escritorio y dio la vuelta a la mesa hasta situarse al lado de Gabriel.

—Lia te ha contado que estuvo ayer aquí.

—No. Escuché cómo se lo contaba a sus colegas en White’s, mientras alardeaba y daba por hecho que le darías tu permiso.

—¿Estaba Ian?

—No. Normalmente no vamos a esas horas. Estaba yo solo, tomando una copa y pensando que era un imbécil.

—Supongo que pensabas que eras un imbécil por el enfado que tuviste con mi hija. —Gabriel miró a Nick sorprendido y el duque le aclaró—: No me ha contado por qué os enfadasteis, solo mencionó que lo estabais. Pero me alegro de que solo fuera una riña de enamorados.

Gabriel agachó la cabeza y pensó que era mejor ser sincero.

—Nick, vengo de las afueras de Londres. En White’s… Bueno, perdí el control un poco y reté a Cherton a un duelo.

La sonrisa del duque se borró de su cara.

—Será una broma, ¿no?

—No, qué más quisiera. Lo reté y hemos acudido esta mañana. Ian estaba conmigo. Pero la cosa se complicó cuando Lia detuvo el duelo y disparó a Cherton…

—¿Que mi hija qué? —interrumpió Nick, atónito.

—Ha disparado a Cherton. Y menuda puntería, un tiro limpio en su brazo derecho.

—¡Joder!

—Ha sido impresionante, Nick. —El orgullo que sentía hacia Lia superó a la vergüenza y al miedo por la reacción del que esperaba que fuera su suegro—. Lo reté en un arrebato, sin pensar en nada más. Y Lia me ha demostrado otra vez la suerte que tengo.

—Desde luego que tienes suerte. Mi hija no es como las demás, aunque eso está claro que lo sabes. Y Cherton…

—Su padrino, el barón de Vemport, lo ha metido en el carruaje y lo ha traído de regreso a Londres. No creo que moleste más, que tu hija le haya disparado es una contestación más que

evidente.

El duque asintió mostrando su acuerdo. Lia nunca dejaría de sorprenderlo.

—Pues bravo por ella. Nos ha quitado de un plumazo a ese personaje. Y supongo que gracias a ti también; por muy estúpido que fuera ese impulso de retarlo, has colaborado a que esto pase.

Gabriel asintió agradecido.

—Espero que eso signifique que me das tu permiso.

—Claro que tienes mi permiso, pero tengo que ver a Lia. —Fue hacia la puerta y llamó a Michael, que apareció enseguida—. Dile a *lady* Ofelia que baje cuando pueda.

Cuando Lia abrió la puerta del despacho, lucía un vestido verde y un nuevo peinado.

—Michael me ha dicho que querías verme.

—Aunque tengo claro que te quieres casar con él, necesito que me lo confirmes. Lia sonrió a su padre, caminó hasta él y lo abrazó con fuerza.

—Quiero casarme con él.

—No hay nadie mejor para casarse contigo. Gabriel, bienvenido a la familia.

—Gracias.

—Vamos a avisar a Emilia y a Verly, querrán saberlo cuanto antes.

Lia asintió y vio cómo su padre salía de su estudio, miró a Gabriel y, acercándose a él, le dio un beso en los labios.

—Prometo quererte toda mi vida, Lia.

Aquella mañana de junio, el jardín de Blashword House estaba más bonito que nunca.

Emilia llevaba semanas esmerándose en dejarlo perfecto para la boda de su hija, y había ordenado plantar nuevos rosales que perfumaban el aire con su fragancia. Los invitados bebían champán y se acercaban a felicitar a los recién casados, que habían llegado los últimos a casa de los duques después de la ceremonia.

Lia cogió una copa y se sentó en uno de los bancos del jardín. Miró a su alrededor sin apenas creerse lo rápido que había sucedido todo, y no pudo evitar sonreír cuando divisó a Gabriel hablando con unos parientes unos metros más allá. Ahora era su marido.

Una tía lejana se acercó a ella y la contempló con admiración.

—Lia, estás preciosa.

Ella le dio las gracias con una sonrisa, y recordó los problemas que había causado su decisión en torno al estilo del vestido. Había decidido que iba a ser acorde a la moda francesa en vez de a la inglesa. Emilia ya había visto que todos los vestidos de sus hijas tenían influencia parisina, pero no le gustó la idea de que el vestido de novia de Lia no respetara en absoluto la moda británica. Intentó convencer a su hija, pero ella no dio su brazo a torcer, pues consideraba que los vestidos franceses del momento eran más bonitos para un traje de novia, y la duquesa, al verlo terminado, le dio la razón. Helen había hecho un trabajo impecable y el diseño resultó espectacular. Tenía vuelo y una larga cola adornada con pequeños y finos bordados. Los bonitos pliegues que hacía la tela al caer la falda quedaban de maravilla con el escote barco por el que Lia y Helen se habían decantado. Al contrario de lo tradicional, el modelo iba elaborado con manga corta en lugar de manga tres cuartos o larga. Aunque, sin duda, lo que iba a resultar un

escándalo era el hecho de que las cintas con las que se ajustaba el vestido a la espalda eran de color negro y acababan en la parte baja de las caderas formando un lazo que caía con gracia. Aquel sábado de junio, el novedoso a la par que elegante traje brillaba bajo la luz de sol, mientras que el velo dejaba ver los pequeños jazmines que decoraban el peinado: un sutil moño ladeado con pequeñas trenzas y horquillas engarzadas con pequeños brillantes.

Toda la nobleza de Londres se había congregado en la iglesia de St. James, cerca de Westminster, donde se casaban todos los miembros de la familia Hemsley desde hacía generaciones. Gabriel había esperado nervioso la llegada de Lia y no se tranquilizó hasta que salieron de la iglesia convertidos en marido y mujer.

Ian, padrino de Gabriel, se carcajeó cuando encontró en la parte de atrás de la iglesia a su mejor amigo buscando a alguien que tuviera una petaca de *whisky*; desde luego sería una anécdota que el marqués de St. Abbey le recordaría siempre. Pero ahora, en aquel espectacular jardín, cuando miraba a su mujer, sentía que todo estaba bien. Era consciente de que Lia era lo mejor que tenía en la vida y que luchar por ella era lo mejor que había hecho.

Durante el banquete, Lia había confesado a Elle que había decidido eliminar parte de la ropa que llevaba normalmente bajo el vestido y que, en vez de los calzones, llevaba unas

braguitas atadas con cintas de tafetán que se ponían las bailarinas francesas, y medias con liga. Michelle había abierto mucho los ojos y le había dicho en tono muy bajito que después de que pasara el jaleo de la boda, tenían que hablar de eso.

La pelirroja se dejó caer a su lado en el banco, la miró de arriba abajo y, refiriéndose a lo que habían estado hablando, susurró:

—Quiero que me lo enseñes todo. —Lia se rio.

—Te prometo que es mucho más cómodo.

—No lo dudo.

—¿Qué no dudas? —preguntó Lizzie acercándose a ellas.

—Estábamos hablando de lo complicado que resulta mantener el tipo cuando lo único que quiero es quitarme este vestido.

—¿Por qué? Es precioso. —Verly, que había llegado con Lizzie, se puso al lado de su hermana y le dio un beso en la cabeza.

—Me encanta el vestido, pero pesa mucho.

—Bueno, es normal. Lleva el doble de tela que los vestidos de noche. —Lia asintió y sonrió cuando Elle le guiñó un ojo cómplice.

—Pelirroja, ¿qué piensas de lo guapo que está el padrino del novio?

Elle miró hacia donde estaba Ian y contestó a Lizzie.

—Pienso que hay demasiada víbora suelta y que tu primo va a estar ocupado. Sin embargo, hay caballeros que también están muy atractivos y que merecen mucho más una mirada.

—¿Como… tu hermano? —Lia señaló con la cabeza y todas miraron a James.

—Estoy de acuerdo, James merece que hablemos de él. —Verly observó cómo el marqués de Keswick le devolvía la mirada y le sonrió educadamente.

—La tía Petunia intenta acercarse, disimulad y fingid que algo tiene mucha gracia para que nos vea ocupadas.

Las cuatro fingieron divertirse con algo y consiguieron librarse de una charla poco entretenida, pero no de las risas que después les provocó la cara de decepción de la mujer.

Gabriel apareció ante ellas. Por fin parecía estar de verdad relajado y disfrutando de la fiesta.

—Señoritas, lamento interrumpir vuestra animada charla, pero me gustaría abrir el baile con mi mujer.

—Por supuesto, *lady* Dexter está encantada de poder lucirse en el vals. —Elle sonrió a Lia mientras Gabriel le tendía la mano.

Lia se levantó mientras los primeros acordes del vals empezaban a sonar, y mandó un beso al aire a sus amigas. Se puso en posición y comenzaron a bailar.

Enseguida, los invitados detuvieron sus conversaciones para contemplar el primer baile de los recién casados y esperaron unas cuantas notas más para unirse. El jardín se llenó de parejas que giraban al compás de la música alrededor de los novios; sin embargo, Gabriel y Lia estaban tan absortos el uno en el otro que ni siquiera se percataron de ello.

Habían pasado tres días desde la boda y Gabriel y Lia todavía no se habían marchado de luna de miel. Habían decidido que Italia podía esperar hasta septiembre; de ese modo tendrían la oportunidad de pasar el verano en Brighton. Para ambos, ese lugar significaba el principio de todo.

Aquella mañana, cuando Gabriel abrió los ojos, se había encontrado con la sonrisa de Lia, que despacio le había ido despertando acariciándole la cara con los dedos.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó Gabriel rodeando con sus brazos el cuerpo de su mujer—. ¿Has dormido bien?

—Siempre que duermo contigo, duermo bien.

Gabriel sonrió y comenzó a besar a Lia, que se dejó llevar por la seductora boca de su marido.

—Por mucho que me guste besarte y por mucho que me guste estar en la cama contigo, tengo que levantarme. Ayer tu hermano, James y yo quedamos en ir a ver al abogado a primera hora.

Lia frunció los labios, había recordado que Gabriel se lo había mencionado antes de dormirse.

—¿Para qué tenéis que ver a Clayton?

—Para que nos informe sobre unos terrenos que queremos comprar. Ella asintió y en su mirada se pudo ver un destello de picardía.

—Sabes que puedo convencerte de que te quedes.

Gabriel respiró fuerte y ladeó la cabeza.

—Convénceme entonces.

Al bajar por las escaleras de Dexter House, Lia se había fijado en las orquídeas que decoraban la entrada. Recordó que le había dicho al ama de llaves que aquellas flores le gustaban. Lia sonrió y se sintió más que nunca como en casa. Entró en el comedor y se sentó a desayunar. Estaba comiendo un dulce con mermelada mientras leía atenta el periódico cuando una noticia llamó su atención.

—Cariño, ¿has leído el periódico? —preguntó levantando la vista.

—Solo la sección de economía. ¿Por?

—El conde de Cherton y *lady* Tremaine anuncian su compromiso.

—Cherton se casa con… ¿Quién es *lady* Tremaine? Lia negó divertida con la cabeza.

—*Lady* Sophia Tremaine es la hija de los condes de Bridgerton.

—¿De la cacatúa? No sabía que habían tenido una hija. —Gabriel soltó una risa y cogió el periódico para leer la noticia.

—¿Cacatúa? ¿Puedo preguntar por qué la llamas así?

—La llamamos así. La bautizó con ese nombre James. Estábamos en Eton cuando su hijo gastó una broma a uno de primero que acababa de llegar y lo pillaron. Sus padres fueron para evitar que lo expulsasen. No recuerdo qué pasó, pero James volvió a la habitación diciendo que aquella mujer era igual que una cacatúa. —Gabriel se encogió de hombros.

—Pues su hija no es mucho mejor.

—No lo pongo en duda. Si se casa con Cherton, es porque no puede conseguir nada mejor.

—Ni él tampoco. Creo que Cherton ha utilizado su último recurso —añadió Lia antes de beber un poco de té.

—Lo que está claro es que no nos invitarán.

—Claro que lo harán. Cherton nos odia, pero Sophia y su madre saben cómo funciona la sociedad y para ellas es todo un honor que vayamos a la boda.

—No vamos a ir, ¿verdad?

—Que sea un honor para ellas no hace que lo sea para nosotros. Mandaremos una nota disculpándonos y alegando que ese día no estaremos en la ciudad.

El marqués asintió y continuó leyendo el periódico. Cuando terminaron de desayunar, Gabriel se marchó y Lia esperó paciente unos minutos a que Michelle llegara.

—¡Elle!

—Buenos días, cielo. —Elle dio un beso a su amiga y entraron en la sala de la planta baja que Lia había elegido para que fuera su salón privado.

—¿Cómo estás?

—Bien, tengo que hablarte de una novedad, pero, antes, cuéntame. ¿Cómo te sientes siendo la marquesa de Dexter?

—Feliz. —Lia sonrió y miró a su mejor amiga.

—Me alegro. Te mereces ser feliz.

—Cuéntame. ¿Cuál es esa novedad?

—Mis padres han decidido viajar a América. Quieren comprar una antigua plantación de algodón. Mi padre dice que en América hay muchos nuevos negocios y quiere viajar para expandir el ducado.

—¿Te marchas?

—Vamos a coger un barco en una semana con destino a Nueva Orleans.

—¿Cuánto tiempo vas a estar?

—No lo sé. Supongo que hasta que mi padre vea que los asuntos están encauzados. —Tras decir eso, Michelle vio en los ojos de Lia algo que la preocupaba—. ¡Oh, Lia! Alégrate. Va a ser toda una experiencia.

—Lo sé. Pero no quiero que te vayas. América está al otro lado del mundo.

—Pero el tiempo pasa muy rápido.

—El tiempo pasará rápido para ti, que vas a estar viviendo la experiencia de tu vida. Pero para los que nos quedamos, el tiempo será como una eternidad. Te lo digo por experiencia —dijo Lia, jugando unos segundos con el pelo de su amiga.

—Sé que cuando vuelva vas a estar aquí. Esperando que te cuente todo lo que he vivido.

—Igual que esperaste tú cuando yo me fui. —Michelle sonrió y abrazó a Lia.

—Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti. —Lia torció los labios y después se los mordió para finalmente preguntar—: ¿Qué va a pasar con Ian?

—No lo sé. Lo único que tengo claro es que después de lo ocurrido, no hemos vuelto a hablar de ello. No hemos vuelto a vernos a solas y tampoco bailamos en tu boda. —Elle se encogió de hombros—. Es como si nada hubiera pasado.

—Me da pena que, después de todo lo que habéis vivido, las cosas se hayan estancado.

—Tal vez no era nuestro destino.

—No, Elle. No era vuestro momento.

La pelirroja suspiró y después se levantó colocándose la falda del vestido.

—Me tengo que ir. Tengo que organizar el viaje. Te prometo que vendré a despedirme como Dios manda.

—Más te vale.

Lia abrazó a su mejor amiga y cuando la vio desaparecer por la puerta principal se secó las lágrimas. Definitivamente, la pelirroja se hacía querer.

Lia entró de nuevo en la habitación y continuó con la lectura del libro, pero era incapaz de concentrarse. Las últimas novedades que Elle le había dado, la mantenían inquieta. Así fue como la encontró Gabriel al volver a casa.

—¿Qué te pasa? —preguntó al verla tan alicaída.

—Michelle se marcha en una semana a América.

—¿Mucho tiempo?

—No lo sabe.

Gabriel comprendió cómo se sentía su mujer ante la marcha de su mejor amiga y se sentó con ella en el sofá. Al sentirse arropada por los brazos de Gabriel, Lia suspiró y apoyó su cabeza en el hombro de él.

—Ian no lo sabe, ¿verdad?

—No me ha dicho nada, supongo que no tiene ni idea de los planes. ¿Crees que Elle se despedirá de él?

Lia levantó la cabeza para mirar a su marido y negó.

—No me ha dado la sensación de que vaya a hacerlo.

Gabriel asintió y desvió su mirada hacia la pequeña mesa para después volver a mirar a Lia.

—Sé que la vas a echar de menos. Y te aseguro que ella te va a echar de menos a ti.

—Lo sé. —Lia sonrió débilmente y acarició la mejilla de Gabriel.

—¿Te cuento un secreto?

—Claro.

Gabriel cogió a Lia y la subió en su regazo, echó la espalda hacia atrás acomodándose en el sofá.

—Te voy a contar el secreto de qué hacer cuando echas de menos a alguien y sabes que no vas a ver a esa persona en mucho tiempo. Simplemente tienes que buscar algo que hacer mientras piensas en ella todos los días. De esa manera, cuando vuelva, tendrás un millón de cosas que contarle. Además, la espera siempre merece la pena.

—Buscar algo que hacer —repitió Lia pensativa—. ¿Y cómo sabes que funciona?

—Porque a mí me funcionó cuando tú te fuiste.

—¿Por eso decidiste aceptar el trabajo de la Compañía? ¿Para no pensar demasiado?

—Para mantenerme alejado de todos los recuerdos que tenía de ese verano. Lia ladeó la cabeza divertida.

—Creo que no funcionó demasiado. Te has casado conmigo.

—Me he casado contigo porque la distancia me ayudó a comprender que uno no se puede alejar de lo que le importa de verdad, pero sobre todo porque ese tiempo no cambió el hecho de que te quiero.

Lia acercó sus labios a los de Gabriel y lo besó con pasión. Cuando él separó su boca de la de ella, Lia pudo sentir su pulso en los labios todavía hinchados. Buscó con su mirada los ojos azules de su marido y sonrió. Gabriel siempre sería su perdición y sus besos la mejor condena. Pensó que si era culpable, asumiría la pena.

Epílogo

Brighton, enero de 1876

Un grito de dolor se escuchó por toda la casa. Gabriel, que estaba en el salón de su casa en Brighton, se sentó desplomándose en el sillón y apoyó la cabeza en sus manos, enredó los dedos con su pelo, y tiró de ellos. En ese instante, otro nuevo grito se escuchó desde el piso de arriba.

—¡Dios! Está sufriendo.

—No te preocupes, el doctor sabe lo que hace.

—Nick, no me jodas, ¿quieres? Ya sé que el doctor sabe lo que hace, pero Lia está sufriendo. ¡Joder, se supone que tiene que dar a luz, no que muera de dolor en el intento!

Nick levantó la vista y miró a Gabriel. Su yerno estaba nervioso, preocupado, le sudaban las palmas, y no sabía qué hacer. Recordó cómo él, tantos años atrás, se enfurecía por la tranquilidad que rezumaba su padre en esos momentos. Nick se levantó, sonrió de espaldas a Gabriel y le sirvió un vaso de *whisky*.

—Toma, bébetelo, te templará aunque sea un poco.

—Necesitaría tres botellas para templarme. Voy a subir.

—Claro que no vas a subir. —La voz de Emilia se escuchó clara desde la puerta—. Lia está dando a luz. Y créeme, las contracciones duelen una barbaridad, es normal que grite y que le duela. Haz el favor de beberte eso y respirar, todo va a salir perfectamente.

—Muchacho, es normal que estés así, vas a ser padre, pero hazme caso cuando te digo que, dentro de unos días, se te olvidarán los nervios que tienes ahora.

Gabriel cogió de mala gana el *whisky* y se lo bebió de un trago. La quemazón no existía, el sabor le fue indiferente, parecía que más que un licor fuerte había bebido agua. En ese instante, un nuevo grito acompañado de un llanto se escuchó con claridad.

—Enhorabuena, ahora sí que puedes subir.

Gabriel se levantó de un salto y corrió escaleras arriba. Cuando llegó a la puerta de la habitación, la doncella y la enfermera del doctor salían de la habitación.

—Enhorabuena, milord.

—Muchas gracias, Anna.

La doncella personal de Lia se alejó por el pasillo sonriendo.

Cuando Gabriel entró, lo primero que vio fue al doctor recogiendo sus utensilios.

—Milord, enhorabuena, ha sido padre de una niña hermosa y sana.

—Gracias, doctor Folks.

Gabriel fue hacia la cama y se sentó al lado de su mujer, contempló la carita sonrojada de su hija y sonrió.

—Mi amor, es preciosa.

—Es perfecta, ¿verdad?

—Sí, no sé cómo hemos podido hacer algo tan bonito y maravilloso. —Lia miró a Gabriel.

—¿Cómo te gustaría llamarla?

—¿Y a ti?

—No lo sé, sabes que he pensado mucho en los nombres, pero no me decido…

—Lo sé, pero ha llegado el momento de decidirse, no podemos dejarla sin nombre y llamarla bebé. —Gabriel dio un beso a su mujer en la cabeza y miró a su hija.

Contemplándolas a las dos juntas, recordó la noche de su primer beso, cuando ella lo había guiado a la cala sin darse cuenta, como la Sibila que guio a Eneas en la *Eneida*. Sintió que su corazón estallaba de felicidad—. ¿Qué te parece Sybil?

Lia reflexionó durante unos segundos.

—Sybil… Suena bien. Me gusta.

—Entonces…

—Sí. *Lady* Sybil Bucker. Es perfecto.

Agradecimientos

Antes que nada, quiero decir que para mí es increíble poder publicar esta novela, es mucho más de lo que esperaba. Soñar es muy fácil, pero ver que tus sueños se hacen realidad, es una sensación maravillosa. Por eso quiero dar las gracias, porque esta realidad no sería lo misma sin las personas que han compartido el sueño conmigo.

Quiero dar las gracias a Alex, por ser una amiga maravillosa y una lectora insaciable.

Gracias por los consejos, pero sobretodo por estos casi diez años y los que nos quedan. Espero que tu opinión nunca me falte.

Gracias a papá y mamá, por enseñarme, por estar a mi lado, por darme todo lo que tengo y guiarme para ser quien soy. Sois los responsables de que a día de hoy yo esté aquí.

Y por último aunque no por ello menos importante, quiero dar las gracias a Bel, mi sister. Gracias por tu trabajo, tu dedicación, tu paciencia, tus grandes ideas. Gracias por aguantarme, por escucharme, porque sé que siempre vas a estar ahí. Sabes que sin ti esto no habría salido adelante, La pequeña de los Hemsley es tanto tuya como mía. Gracias por la compañía y las confidencias, por ser una amiga tan necesaria en mi vida, en definitiva, gracias por ser la mejor sister que podía tener.